

# LA PATRIA DEL TICO

## INTERPRETACIÓN DEL SER COSTARRICENSE

Jaime González Dobles

LOGOS  
EDICIONES ELECTRÓNICAS  
2007

Esta es una recuperación del texto impreso en 1995 en México por Editores Mexicanos Unidos S.A en una coedición de las editoriales Logos y Antares de Costa Rica.

Este libro trata de interpretar el ser del costarricense. El interlocutor más fundamental es Luis Barahona a quien ya había dedicado una obra anterior: *El sentido patriótico*. El enfoque parte de aclarar el enfoque dialéctico. Este término no tiene el enfoque clásico. Denota más bien la existencia de polos contrapuestos que se condicionan mutuamente. La patria se ve como acción. Para enfocar su praxis se analizan algunos aspectos señalados por Rodrigo Carazo: la tierra, la gente, la historia, la cultura. En el análisis del carácter costarricense se toman las pautas de Luis Barahona: la tolerancia, el conformismo, el legalismo, el individualismo y el quijotismo. Luego se hace una interpretación histórica desde el concho y el pachuco. En el talante patriótico, el autor recurre a su interés en los asuntos morales. Desde ellos hace una interpretación de la convivencia social. En el capítulo sobre el sentido patriótico, se contraponen el estado y la patria. Esta es vista como un desafío cultural y existencial. Por eso, el patriotismo es un profundo compromiso social.

COSTA RICA PATRIA ÉTICA CULTURA DIALÉCTICA CULTURA

# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>4</b>
<b>1. HACIA UN ENFOQUE DIALÉCTICO .....</b>	<b>6</b>
<b>2. LA PRAXIS PATRIÓTICA .....</b>	<b>12</b>
<b>a. La tierra .....</b>	<b>12</b>
<b>b. La gente.....</b>	<b>15</b>
<b>c. La historia .....</b>	<b>16</b>
<b>d. El espíritu.....</b>	<b>18</b>
<b>e. Los valores.....</b>	<b>20</b>
<b>f. La procreación .....</b>	<b>22</b>
<b>3. EL CARÁCTER PATRIÓTICO .....</b>	<b>23</b>
<b>a. El costarricense de siempre .....</b>	<b>24</b>
<b>b. El conformismo .....</b>	<b>26</b>
<b>c. La tolerancia .....</b>	<b>27</b>
<b>d. El individualismo .....</b>	<b>29</b>
<b>e. El quijotismo .....</b>	<b>31</b>
<b>f. El legalismo.....</b>	<b>32</b>
<b>g. Del concho al pachuco.....</b>	<b>35</b>
<b>4. EL TALANTE PATRIÓTICO.....</b>	<b>40</b>
<b>a. El humanismo .....</b>	<b>41</b>
<b>b. La moral.....</b>	<b>42</b>
<b>c. El valor del tiempo .....</b>	<b>44</b>

<b>d. La autenticidad.....</b>	<b>45</b>
<b>e. El desarrollo.....</b>	<b>47</b>
<b>f. La solidaridad.....</b>	<b>49</b>
<b>g. La paz .....</b>	<b>50</b>
<b>h. La democracia .....</b>	<b>53</b>
<b>i. La educación.....</b>	<b>56</b>
<b>5. EL SENTIDO PATRIÓTICO.....</b>	<b>60</b>
<b>a. Patria y estado .....</b>	<b>62</b>
<b>b. La patria como desafío existencial.....</b>	<b>66</b>
<b>c. La patria como integración cultural.....</b>	<b>68</b>
<b>d. Dimensiones del patriotismo .....</b>	<b>72</b>
<b>6. ADVERTENCIA FINAL.....</b>	<b>78</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA CITADA .....</b>	<b>81</b>

# INTRODUCCIÓN

En el ocaso del siglo XX, Costa Rica afronta un serio problema cultural: "patria" se convierte cada vez más en un simple ornato del habla costarricense. Las menciones patrióticas aderezan -de acuerdo con las circunstancias- las peroratas políticas y los discursos educativos. Sin embargo, no se integran en la conducta de los ciudadanos más allá de ciertas manifestaciones folclóricas (poner banderas o cantar el himno nacional en las celebraciones). En nuestro medio, patria es un esplendoroso término sonoro que alimenta, con sagaz sutileza, la demagogia política. Sus llamados decoran, con honesta ingenuidad, las labores de muchos educadores sin explicar ni comprender su significado. Como sucede con otras realidades humanas fundamentales, ¿no se habla acaso de la patria sin reflexionar porque se cree cándidamente entender su significación más profunda?

Según su significado abstracto, el concepto de patria comporta un elemento sustancial: la identificación con un sustrato social. Esto determina su importancia humana: constituye parte del acervo de valores humanos utilizados para justificar o calificar nuestras acciones. Salvo raras excepciones, su enunciado reviste de significación las realidades y actuaciones más disímiles de los seres humanos. Por el peso de la tradición ancestral, la patria permanece en la mentalidad del costarricense como una palabra que se expresa con reverencia y veneración. No obstante, a pesar de su profundo apego afectivo a los más altos valores de la convivencia humana, la patria engendra también -en la vida cotidiana- una gran mentira social: un mito manipulado para justificar, con astucia e intencionalidad bastante tergiversada, los más variados intereses creados. Su presencia en la dinámica social es conflictiva. Por consiguiente, la reflexión sobre su significación más auténtica es una necesidad esencial del quehacer humano: la patria que no se piensa y rehace constantemente se envejece y muere progresivamente en la genuina realidad cultural de un pueblo.

Al explicar el significado de un término específico, la tradición académica tiene por costumbre recurrir a la etimología. Patria refiere al pater: varón o ser humano que engendra hijos y que, por ello, se constituye en el principio o la cabeza de una descendencia, familia o pueblo. El padre es percibido como un sujeto venerable que tiene a su cargo el cuidado y gobierno de su stirpe. De esta manera, la patria atañe a un tipo de paternidad social que se liga con una tradición histórica.

En su sentido más profundo, la patria -como la paternidad, el nacimiento o la filiación humana- no es un simple acto natural o biológico. Por el contrario, implica un acercamiento a la realidad multifacética de la construcción espiritual y material de lo social. Su significación plenaria solamente se alcanza por la vivencia integral de la dinámica existencial: el drama y la conquista permanente de la propia identidad como seres humanos. La patria no es una cosa que se tiene, sino una herencia que enfrenta la comunidad humana de cada país como un desafío: los fundamentos del pasado compartido ponen las bases para su construcción futura, en tanto que las circunstancias concretas del diario vivir modulan la búsqueda de la propia identidad como pueblo con plena conciencia de su originalidad, de su destino y de su responsabilidad.

En concordancia con estas suposiciones, los diccionarios de la lengua española describen la patria como la "nación propia nuestra, con la suma de cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras que cautivan la amorosa adhesión de los patriotas". Extienden además su significado al "lugar, ciudad o país donde se ha nacido". No obstante, la mayoría de las personas restringe con frecuencia su significación al país de nacimiento. Pero la problemática de fondo - su trasfondo filosófico más esencial - estriba en la definición y elaboración relativas al primer aspecto enunciado.

Buscar el sentido de la realidad compartida contribuye, a su manera, a la identificación específica de la propia patria. La reflexión sería -suscitada en los mejores pensadores por las circunstancias históricas- es un flujo y reflujo del espíritu patriótico. La esencia de la propia patria se manifiesta en una dialéctica versátil entre el peso del pasado y las aventuras del porvenir, entre la imaginación creadora y las exigencias pragmáticas del momento histórico. A pesar de su difícil titileo conceptual, cada nueva interpretación de la realidad nacional alimenta internamente la acción patriótica: su sentido se gesta en un delicado proceso de intercambio, enfrentamiento y apertura. Esto requiere, a la vez, aporte y recepción, acción y pasión entre los participantes.

El pensamiento patriótico se enriquece con la discusión de sus asuntos medulares por la vía del diálogo. Para despejar responsablemente la significación social de la patria, la seriedad intelectual demanda dialogar con los pensadores que mejor enfrentan su problemática en el contexto histórico, determinante del hábitat cultural de cada pueblo. La patria requiere un intercambio de ideas no solo con los creadores de las letras, sino, también y sobre todo, con los seres humanos que asumen los retos fundamentales de la acción social: su labor creadora se expresa en nuevos compromisos de acción histórica.

El profundo compromiso existencial de lo patriótico genera una dramática y sutil tensión en cada pensador: imponer demasiado la propia concepción ¿no rompe lazos con la estructura social de la realidad patriótica? El pensamiento dinámico suscita siempre relaciones mutuas de implicación y oposición. Su tensión vital provoca una difícil fluctuación entre el retorno a los orígenes y la ruptura legítima con las deficiencias observadas. Evitando el decepcionante monólogo interior, el pensamiento debe consolidarse en el diálogo con otros pensadores. Cada actor social debe poner su esfuerzo intelectual en la construcción de esa esfinge cultural denominada patria. No me olvido del lector: ¡él también tiene su parte...!

El aporte de los escritores nacionales es rico en matices acerca de la realidad patriótica. Nadie puede negar las hermosas pinceladas de realismo con que Magón, Aquileo Echeverría, Mario Sancho, Abelardo Bonilla, Manuel de Jesús Jiménez, Fabián Dobles, Carlos Luis Fallas, José Marín Cañas, Joaquín García Monge, Max Jiménez, Arturo Agüero, Abel Pacheco, Joaquín Gutiérrez Mangel y muchos otros escritores han plasmado bellos atisbos sobre el alma de nuestra patria. No obstante, su elaboración filosófica propiamente dicha ha sido con frecuencia circunstancial y, por ende, no muy formal con respecto a los cánones tradicionales de uso en la academia.

La Patria del tico es solo un acercamiento inicial a la importante temática de nuestra realidad patriótica. En este ensayo, selecciono como interlocutores privilegiados a algunos escritores nacionales que se han preocupado por reflexionar filosóficamente sobre la autenticidad de nuestra realidad patriótica. Con algunos de ellos mantuve un prolongado contacto personal: tal es el caso de Constantino Láscaris, cuyo libro *El costarricense* expresa su inveterada actitud dialogal. Con ella me debatí durante muchos años: ¿quién no recuerda su actitud socrática y su profundo sentido del humor? No obstante, por la temática escogida en este escrito, le doy un importante papel a Luis Barahona Jiménez. Su escogencia como interlocutor destacado no es gratuita. Por el contrario, su vida y obra justifican plenamente el beneficio asignado. En uno de sus primeros escritos, *El gran incógnito*, este pensador cartaginés penetra en el alma del campesino costarricense, sustento de la patria del tico. Al abordar con seriedad intelectual *El ser hispanoamericano*, su tesis de doctorado enfoca los fundamentos de lo nuestro. Pero lo que pone más en evidencia la preocupación sustancial del autor con respecto a la problemática, es la presencia misma del concepto de patria en los títulos de dos de sus obras: la insinuante *Anatomía patriótica* y su creación de quizá mayor madurez filosófica, *La Patria esencial*.

Para consolidar un enfoque integral de la realidad costarricense, el tema de la patria requiere necesariamente la aportación de muchos escritos diversos y complementarios. Esta situación no desvirtúa estas consideraciones personales con pretensiones de acercarse de alguna manera al análisis filosófico. Por el

contrario, las justifican: los enunciados científicos y las descripciones históricas se deben combinar con las reflexiones filosóficas y las creaciones literarias.

Al sostener el quehacer filosófico, no defiendo en forma prejuiciada mi formación intelectual básica. Dada su trascendencia, la auténtica filosofía no es asunto de especialistas. Tampoco está en un prestigiado título universitario, sino en la responsabilidad del pensamiento que enfrenta los problemas sustanciales de la realidad humana. La mejor tradición de la reflexión filosófica costarricense no está necesariamente en académicos que tratan de entender a los clásicos de la filosofía. Se expresa en pensadores -como Joaquín García Monge, Mario Sancho, Omar Dengo, Rómulo Tovar, Rodrigo Facio o el mismo Moisés Vincenzi- que han tratado de comprender las exigencias humanas del momento histórico que vivían.

En la constitución del sentido patriótico, los diversos intentos de creación mental de los seres humanos se fundamentan en aportes del pasado. Y adquieren su más exquisita autenticidad en la creatividad e imaginación con que promueven la superación permanente y el enriquecimiento constante de lo establecido. La verdadera reflexión filosófica también es producción, creación e intercambio sociales. En tal sentido, mi mayor satisfacción sería que esta obra suscitase debate y engendrara su enriquecimiento por el diálogo y el enfrentamiento, honestos y responsables, de los mejores talentos de nuestra patria.

Esta obra espera ofrecer un pequeño apoyo a la educación cívica del costarricense. Su gran desafío consiste en establecer el pleno sentido de nuestra patria sobre bases sólidas y realistas: responder efectivamente ante los reales problemas políticos, económicos, sociales y culturales de la nación. A pesar de sus limitaciones, esta obra espera estimular la conciencia patriótica en las dinámicas y enriquecedoras fuerzas de la juventud, sobre cuyos hombros se asienta el futuro de la patria.

## 1. HACIA UN ENFOQUE DIALÉCTICO

*"La idea de patria está siempre llena de problemas,  
se sustrae a toda definición formal,  
cambia de contenido  
con el mudar de las situaciones históricas,  
presenta significaciones diversas  
según los puntos de vista de las clases sociales,  
y nada hay más demagógico y simplista  
que atribuirle un contenido universal y permanente."*

SEVERO MARTÍNEZ PELÁEZ,  
*La Patria del criollo.*<sup>1</sup>

Por costumbre, la tradición académica inicia los escritos con una descripción del enfoque asumido. Esta práctica resulta con frecuencia molesta para el profano: las consideraciones teóricas relativas al quehacer disciplinario son fastidiosas. No obstante, dichas lucubraciones conceptuales son importantes cuando los procedimientos del autor difieren de las modalidades en uso frecuente de sus lectores. Dadas sus particularidades propias, parece sensato explicar el concepto de *dialéctica* asumido en esta obra. Este enfoque no es acostumbrado entre los analistas latinoamericanos de la realidad patriótica: ¿en cuántas ocasiones han

---

<sup>1</sup> MARTÍNEZ PELÁEZ, Severo, *La Patria del criollo*, San José, Educa, 4ª ed., 1976, p.43.

utilizado el término con un adecuado conocimiento de sus implicaciones existenciales? Creo que en muy pocas.

La búsqueda permanente de la propia identidad engendra el auténtico significado de la realidad patriótica para cada pueblo. El constante movimiento de esta busca y rebusca significativas determina las características de su estudio. La interpretación dialéctica permite abordar la esencia de lo patriótico en el devenir concreto de los problemas sociales, políticos y culturales de cada grupo humano. Los procesos y actuaciones sociales son, al mismo tiempo, causas y efectos en mutua relación. La patria no es un conjunto de objetos poseídos por los habitantes de un territorio. Establecer su significado es el reto espiritual de cada comunidad. Pero, ante este propósito, el discurso humano resulta siempre problemático: sus palabras tratan de dar sentido a la realidad mientras fluyen desorientadas entre los sonoros subterfugios de sus fantasías.

Nuestra opción pretende entender el sentido implícito del quehacer patriótico. Un enfoque dialéctico no se satisface al delimitar los fenómenos con precisión y cuidado, sino al comprender el sentido profundo y plenario de las realidades. A diferencia de una tradición generalizada en ciertos ambientes académicos (confundir la interpretación con recetarios de propuestas estereotipadas), la dialéctica no es una solución automática de cualquier problema científico o filosófico. Por el contrario, es una versátil y complicada pauta metodológica que señala un camino particular al conocimiento humano: su destino no es describir, sino comprender la realidad.

Lo patriótico se desarrolla siempre entre valores en conflicto. Su espiritualidad se encarna en realidades particulares sin encerrarse dentro de los marcos rígidos de las circunstancias. Lo material adquiere significado en relación con aspectos inmateriales que lo expresan y humanizan mientras descubren el flujo integral de su dinámica interna. El pasado condiciona lo presente y adquiere sentido en función de su apertura hacia las perspectivas inciertas del futuro.

Al enfocar las razones de la realidad patriótica, la dialéctica es un camino sin fin. Implica siempre una comprensión global de las cosas a partir de la contraposición con lo que no son. Su versátil y complicada dinámica pone al descubierto enlaces internos y conexiones con otros procesos. Ante los diferentes factores y procesos interconectados en cada asunto específico, la dialéctica busca determinar sus condiciones necesarias y suficientes: ¿nos sucede esto al tratar de entender sinceramente lo propio?

El pensamiento dialéctico es siempre abierto, dinámico, cuestionador y crítico. No absolutiza nunca el papel circunstancial de los acontecimientos o datos empíricos: ¡tampoco repite, cual lorito, el pensamiento ajeno! Su actitud abierta y comprensiva solo permite coincidencias parciales con autores particulares y cierta oposición con algunas de las proposiciones ajenas: su contacto con otros pensadores es siempre un auténtico diálogo.

Dialéctica tiene el mismo origen etimológico que la palabra *diálogo*: un proceso de intercambio dinámico, cuyo resultado final se concreta y define por la interacción de diversos personajes participantes. Todo diálogo implica enfrentamiento y apertura, aporte y recepción, acción y pasión... La dialéctica establece así un pensamiento dinámico: su existencia presupone polos interactuantes, opuestos y permanentes. Según su concepción, la realidad o el pensamiento son procesos en los que las oposiciones actuantes se resuelven progresivamente en etapas generadoras, a su vez, de nuevas contradicciones.

Para una mejor comprensión del enfoque asumido, puede resultar de utilidad leer *Dialéctica y Sociedad*, de Georges Gurvitch. Con el fin de superar actitudes consoladoras o apologéticas, dogmatismos, momificaciones y el fetichismo de las antinomias, Gurvitch propone que toda dialéctica desemboque en la experiencia. La conexión con lo humano rompe continuamente sus marcos de referencia: "En tanto que movimiento real, la dialéctica es el camino (*dia*) adoptado por las totalidades humanas en vías de hacerse y deshacerse, en el engendramiento recíproco de sus conjuntos y de sus partes, de sus actos y de sus obras, así

como en la lucha que estas totalidades desarrollan contra los obstáculos internos y externos con que tropiezan en su camino." <sup>2</sup>

Un adecuado análisis dialéctico exige enfrentar el contexto personal y social de la patria, donde esta se convierte en una manifestación de la convivencia humana. Como todo ensayo, *La Patria del Tico* no es propiamente reflejo de alguna entidad objetiva, sino una manera particular de ver la realidad de los costarricenses: la orientación epistemológica asumida determina cómo entender sus características fundamentales. (Necesariamente, entrará en contradicción con otras interpretaciones: ¡bienvenido sea el debate!) Dialéctica es una manera de comprender la realidad, que capta simultáneamente los conjuntos y sus partes. Este método somete las totalidades concretas a etapas de recorrido, histórico o conceptual, sin imponerles simplificaciones, cristalizaciones, inmovilizaciones, sublimaciones o rígidas visiones de conjunto: "El método dialéctico es un llamamiento a la perpetua destrucción de los 'sistemas' en favor de la profundización siempre renovada de los problemas." <sup>3</sup>

Toda realidad -incluida la patriótica- implica ciertas dicotomías fundamentales, implícitas en el imprevisible devenir de su acción concreta: sustrato ontológico de la realidad. Sobre estos fundamentos, se determinan las condiciones de la existencia, personal o social, y se establecen el flujo y reflujo fenomenales de la praxis humana. El análisis de estas estructuras es un asunto profundamente filosófico. En este momento no parece conveniente divagar al respecto. Basta con indicar su presencia en los efectos o reflejos sociales: toda realidad patriótica implica una contraposición dialéctica entre la exterioridad y la interioridad, entre la objetividad y la subjetividad, entre el determinismo y la creación humana. Sus formas particulares son variadas: parcialmente previsibles y renovadamente innovadoras.

De la misma manera, el pensamiento comporta también una constitución dialéctica sustancial. Pero esta dimensión no es solamente una cualidad interna al análisis de la realidad personal o social: una modalidad del intercambio de significaciones entre los seres humanos. Por el contrario, es un elemento intrínseco de su mismo objeto de estudio: una condición estructural del fenómeno analizado.

Uno de los más graves errores del pensamiento académico consiste en establecer algunas contraposiciones históricas como si fuesen dimensiones estructurales de la realidad humana. De esta manera, las interpretaciones filosóficas, ideológicas o científicas aparecen como esencia de los acontecimientos. Pero su realidad ¿no supera acaso sus propias condiciones conceptuales? La historia muestra que su parte de verdad está siempre en lo que dicen más allá de sus esquemas rígidos...

Por la riqueza de aspectos implicados, la patria constituye una entidad intrínsecamente dinámica, con una intensa relación temporal. Su adecuada comprensión requiere una interpretación también dinámica: sus conflictos internos condicionan el análisis de las contraposiciones y contradicciones de los seres humanos intervinientes. La controversia de intereses entre sus diversas manifestaciones, materiales y espirituales, determina el flujo permanente del quehacer patriótico.

En el trasfondo de toda concepción dialéctica subyace una idea del ser humano: significado dinámico de su acción histórica. El sentido y la problemática de lo patriótico requieren una visión integral del universo como pauta de interpretación de sus actuaciones. Lo humano no se comprende sin lazos sustanciales con su entorno. Por eso, la significación plenaria de lo patriótico es incomprensible sin análisis de la sutil presencia de elementos dinámicos en su constitución: el flujo social integral que penetra las entrañas de la patria y determina las condiciones significativas de su quehacer. La perspectiva dialéctica demanda enfocar la realidad patriótica como un quehacer humano. Su explicación requiere comprensión dinámica de fenómenos diversos en función de polos contrapuestos y complementarios: su análisis supone un conflicto permanente. La dialéctica es una orientación explicativa que no enfoca cosas, sino procesos.

---

<sup>2</sup> GURVITCH Georges, *Dialéctica y sociedad*, Madrid, Alianza Ed., 2ª ed., 1971, p.245.

<sup>3</sup> GURVITCH Georges, *Op. cit.*, p.249.



Luis Barahona nos ofrece bases para un acercamiento dialéctico -dentro de la visión nacional de la realidad patriótica- cuando enfoca el concepto de patria como "un modo de ser que se integra y desintegra con el tiempo o, mejor, un ser dotado de permanencia relativa, ya que desde el punto de vista material conserva los elementos extrínsecos, su corporeidad física, pero desde el punto de vista inmaterial se constituye con el nacer y morir de los individuos y, aún más, se trasciende a sí misma en las ideas, en las acciones de todos y cada uno de los hombres que la integran."<sup>4</sup> El ser de la patria es un constante hacer: lo único permanente es la capacidad de hacerse según las posibilidades de la propia naturaleza. Para comprender la realidad patriótica, es menester restablecer los nexos determinantes de sus experiencias y aspiraciones concretas. La esencia de lo patriótico precisa el drama de la continua transformación de sus propios contenidos en función de las circunstancias y de la capacidad de acción creativa de sus elementos integrantes.

La visión dialéctica implica así el dramático conflicto entre la necesidad de permanencia y la variabilidad temporal. Denota también el drama interno de la tensión entre el peso de lo acontecido, las necesidades actuales y las llamadas del porvenir. Para Luis Barahona, las obras verdaderamente patrióticas están marcadas con sello de perennidad: trascienden las limitaciones del tiempo. No obstante, la relatividad dialéctica -en la dinámica intrínseca de la realidad patriótica- solo permite una permanencia relativa, nunca la posesión de lo perenne: ¿No es acaso la eternidad el desafío con el que se debate la conciencia humana mientras entierra sus restos en el cementerio? El deseo de perennidad es una aspiración profunda del sentimiento patriótico: ¡Pero las patrias también mueren!

La naturaleza del quehacer patriótico se comprende gracias a una tarea reflexiva sobre las características de la convivencia humana. El significado de la patria es así una tarea esencialmente filosófica: ¿no pertenece a la filosofía vincular los asuntos abordados con las estructuras fundamentales de la realidad existencial de los seres humanos? En el inestable devenir de su propia vida, cada patria engendra su sentido íntimo desde su dramático, fugaz e ineludible intento por realizar sus aspiraciones más profundas. Una interpretación dinámica de la problemática patriótica debe penetrar el meollo del enlace de su praxis con la realidad. Los seres humanos se enfrentan continuamente por fines, medios e intereses creados correlacionados. Por tal razón, sin una visión global de la dinámica social, la realidad patriótica es incomprensible: su expresión más dramática se efectúa en la vorágine de las relaciones políticas, militares y económicas.

Las contraposiciones dialécticas son interesantes: cada posición tiene su parte de verdad. Esto se refleja en las tesis sobre el papel de la historia en la génesis de la realidad patriótica. Rafael Cardona sostiene una afirmación parcialmente válida (y también parcialmente errónea): "Los sistemas patrióticos que tienden a producir exaltaciones por el pasado, no sirven para nada: lo único que prueban es que el hijo llora la grandeza del padre por incapacidad absoluta de igualarlo."<sup>5</sup> Por el contrario, los defensores del papel positivo de la historia ligan el deterioro patriótico con el desconocimiento de la realidad y atribuyen los errores cometidos a la ignorancia de los hechos ocurridos. Para Luis Barahona, el quehacer de cada persona se explica por los hechos históricos: "Ignoramos lo que somos porque no sabemos lo que fuimos y menos nos preocupamos por lo que seremos. Triste realidad la de un pueblo que no puede enorgullecerse de sus glorias pasadas, porque las ignora, porque no vive los ideales, las ansias de la comunidad, porque su individualismo lo ciega; que no sueña con un futuro de dignidad y grandeza porque las proyecciones de su personalidad no alcanzan a superar la satisfacción sanchesca del aquí y del ahora."<sup>6</sup> Sin embargo, Luis Barahona nos recuerda, con la sensatez

---

<sup>4</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El ser hispanoamericano*, San José, EUNED, 2ª ed. ampliada, 1985, p.144.

<sup>5</sup> CARDONA Rafael, *Iberoamericanismo positivo*, en FERRERO Luis, *Ensayistas costarricenses*, San José, Lehmann, 2ª ed., 1972, p.171.

<sup>6</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El gran incógnito*, San José, Ed. Costa Rica, 1975, p.11.

del filósofo, que "de la historia debemos recoger los hechos más significativos y esenciales y no perdernos en minucias superficiales. Sólo así lograremos reconstruir el rostro mutilado de nuestra patria." <sup>7</sup>

Por sus relaciones y vinculaciones con el presente y el futuro de los seres humanos, la perspectiva histórica no se limita a un relato de hechos pasados. El sentido de la patria se crea desde la manera como trascendemos el pasado: buscando nuevos horizontes en el porvenir. En este sentido se perfila la siguiente observación de Omar Dengo: "Triunfan solamente los pueblos que adquieren la conciencia de su evolución; los pueblos que conscientemente se consagran a engrandecer su cultura en todos los órdenes de las actividades sociales; los que arrebatan del hombro del soldado la lanza fratricida y ponen el libro bajo el brazo del niño." <sup>8</sup>

Sin embargo, también es necesario recordar la importancia del presente. En su análisis del aporte patriótico de la Universidad de Santo Tomás, Rodrigo Facio enfrenta el idealismo del Dr. José María Castro, fundador de la institución, con el pragmatismo de Mauro Fernández y de Ricardo Jiménez: "La voz del doctor Castro es el último eco del idealismo puro de los primeros años republicanos, en que se confiaba en los poderes de la ilustración, casi sin condición alguna, como en un milagro. La actitud de los otros dos prohombres, menos atractiva si se quiere desde el punto de vista sentimental, está abonada sin embargo por un conocimiento más real, más sociológico, más completo del escenario costarricense. No quieren ellos menos que Castro a su país, ni desean para él destinos inferiores a los que el fundador sueña y proclama, ni están tampoco menos convencidos de las virtudes sociales y nacionales de la educación. Simplemente disienten de él en cuanto a medios, oportunidad y posibilidades. Son dos grandes realistas, pero el realismo es un medio tan noble de servirle a la Patria como el idealismo." <sup>9</sup>

Como la personalidad humana, la patria se construye -continuamente- sobre las bases de un pasado, marcado por condicionamientos y desafíos abiertos hacia las posibilidades creativas del futuro. La identidad personal -eso que llamamos *yo propio*- presenta características similares a esa dimensión de identidad social llamada patria: elemento dinámico de un pueblo que permite crear un "nosotros" comunitario. En ese sentido, Luis Barahona señala: "Los hombres como los pueblos necesitan arraigar, tener un subsuelo histórico común donde echar sus raíces para mantenerse en lo esencial, idénticos a sí mismos en el tiempo. Esa identidad viene a ser eso que llamamos 'lo nuestro', lo propio, que aun cuando no sea una dimensión eterna, invariable, es sin embargo, una constante relativamente fija que nos configura y define en cuanto constituimos lo que se ha dado en llamar, en frase feliz, una unidad de destino en lo universal. Esta unidad es lo que hace que cada país o cada stirpe de pueblos, tenga su valor peculiar y su razón de ser, en una palabra, su tradición." <sup>10</sup>

Al analizar la vivencia del amor a la patria, Reinhold Niebuhr ofrece una manifestación precisa (de las por mí conocidas) del enfoque dialéctico buscado. Esta pone en juego -de manera dinámica- diversos polos complementarios: "Hay una paradoja en el patriotismo, que desafía todo análisis que no sea sumamente sagaz y sofisticado. La paradoja está en que el patriotismo transforma el altruismo individual en egoísmo nacional. La lealtad a la nación es una forma superior de egoísmo si se la compara con las lealtades menores y los intereses parroquiales. Se convierte por lo tanto en vehículo de todos los impulsos altruistas, y se pone en ocasiones de manifiesto con un fervor tal, que la actitud crítica del individuo hacia la nación y sus empresas se destruye casi por completo. El carácter incondicional de esta devoción constituye la base misma del poder de la nación y de la libertad de hacer uso del poder sin inhibiciones morales. De este modo el altruismo de los individuos produce el egoísmo de las naciones." <sup>11</sup> Tampoco olvida el efecto complementario que genera la

---

<sup>7</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Anatomía patriótica*, Ciudad Univ. Rodrigo Facio, 1970, p.10.

<sup>8</sup> DENGÓ Omar, *El maestro y la política*, en GAMBOA Emma, *Omar Dengo*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1971, p.240.

<sup>9</sup> FACIO Rodrigo, *Obras históricas, políticas y poéticas*, San José, Ed. Costa Rica, 1982, p.404.

<sup>10</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Ideas, ensayos y paisajes*, San José, Ed. Costa Rica, 1972, p.15.

<sup>11</sup> NIEBUHR Reinhold, *El Hombre moral en la sociedad inmoral*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1966, pp.94-95.

relación entre individuo y colectividad: "Es incuestionable que se proyecta en el altruismo patriótico una mezcla de interés personal. El hombre de la calle, con su codicia de poder y prestigio desbaratada por sus propias limitaciones y las necesidades de la vida social, proyecta su ego sobre su nación y satisface en forma sustitutiva su codicia anárquica. Es así entonces cómo la nación es a un mismo tiempo un freno y una salida final para la expresión del egoísmo individual." <sup>12</sup>

La conciencia patriótica valora las conductas en función de ideales de existencia. Cada pueblo, como cada ser humano, tiene que mantener una conducta lo más auténtica posible: lo más coherente consigo mismo. La autenticidad se crea y se consolida en una respuesta creativa ante las potencialidades de humanización de cada realidad humana. Pero, en la convivencia humana, los factores personales, culturales o morales, son condicionados por la globalidad del quehacer social. El pasado inserta -en forma casi inconsciente- sus valores en las estructuras de nuestra conciencia. Por tal razón, la dinámica de la realidad patriótica genera una tensión dialéctica entre las demandas culturales y las condiciones políticas, económicas o sociales: se debate siempre entre las aspiraciones y las posibilidades, entre las declaraciones y las intenciones de los diversos participantes.

El comportamiento patriótico supone un trasfondo -casi diríamos un arte- orientador de las relaciones humanas. El ser costarricense debe partir de una visión de sus antecedentes y concretarse en la profunda promoción de sus aspiraciones. Para construir el horizonte humano de nuestra idiosincrasia nacional, se requiere pensar el pasado y concretar la forma y sentido del presente a la luz del futuro. En el devenir temporal, cada circunstancia o situación es un punto de encuentro: el pasado -recuerdo condicionante- evoca valorativamente un futuro como proyecto interdependiente. Pero, como dice Mario Sancho: "Yo no creo que el ideal sea una especie de entidad mitológica, entronizada en las nubes, a quien haya que ofrendar cantos todo el tiempo. Los idealistas de verdad son para mí los que hacen algo para mejorar el mundo en que viven, los que en alguna forma contribuyen a hacer a la humanidad más sabia, más justa, más saludable, más inteligente y más feliz." <sup>13</sup> Y agrega: "Si el ideal es embellecer la vida, quien planta un árbol hermoso lo sirve mejor que quien se contenta con rimar cuatro lugares comunes en elogio de ese árbol." <sup>14</sup>

---

<sup>12</sup> NIEBUHR Reinhold, *Op. cit.*, p.96.

<sup>13</sup> SANCHO Mario, *Viajes y lecturas*, San José, Ed. Costa Rica, 1972, p.60

<sup>14</sup> SANCHO Mario, *Op. cit.*, p.61.

## 2. LA PRAXIS PATRIÓTICA

*"Patria es algo más que una palabra  
Es la tierra que nos vio nacer  
y el cielo que nos cubre.  
Patria es la gente,  
el sentimiento que se hereda de la historia  
y que se proyecta hacia el futuro.  
Patria es el espíritu de Costa Rica  
convertido en inspiración de los ciudadanos.  
Patria es el cúmulo de valores fundamentales  
que nos nutren espiritualmente.  
Patria es el vientre de nuestras mujeres."*

RODRIGO CARAZO ODIO,  
*Carazo, tiempo y marcha.*<sup>15</sup>

El término *praxis* (de uso en la filosofía) remite a un quehacer humano que es un hacerse en sociedad. Alude a esa acción plenaria del ser humano, desde la cual y dentro de la cual se origina el significado profundo de la realidad patriótica. La praxis adquiere significación humana con el correr del tiempo. ¿Presupone esta situación una estructura dialéctica en la realidad? Así parece. Lo patriótico aparece como factor, efecto y reflejo del devenir de los conflictos existenciales de los habitantes de un territorio. El sentido de lo patriótico -la búsqueda de su más plena e integral identidad social- se construye por una sutil relación entre el ser y no ser correlacionados de la convivencia humana: la patria se gesta en una contraposición permanente entre lo que fue y lo que podrá ser, entre sus fundamentos y sus demandas, entre su patrimonio y sus obligaciones. Pero ¿cuáles son los cimientos de la identidad cultural y social del tico? Su captación implica la necesidad de un pensamiento en acción. Para comprender su sentido, en este capítulo se asumen como guía las características del epígrafe: *la tierra, la gente, la historia, el espíritu, los valores y la procreación.*

### a. La tierra

Todo enfoque dialéctico refleja una contraposición permanente entre lo humano y lo no humano: enfrentamiento y complemento también constantes entre las personas y su hábitat. La dialéctica de la acción patriótica se sustenta en un trasfondo geográfico. El quehacer patriótico se concreta en realidades que lo condicionan y lo obstaculizan, al mismo tiempo que lo facilitan y lo posibilitan. Como señala el epígrafe, la patria tiene pies en tierra que le sirve de casa, de hábitat, de hogar: necesaria presencia de la circunscripción

---

<sup>15</sup> CARAZO ODIO Rodrigo, *Carazo, tiempo y Marcha*, San José, EUNED, 1989, p.223.

territorial. Esta ostenta un desarrollo temporal condicionado por la evolución y la variación constante de sus circunstancias: un legado cultural y social específico. Desde su trasfondo geográfico, desde su historia y sus corrientes culturales, cada pueblo adquiere características, matices y connotaciones peculiares. Estas dimensiones influyen en el aspecto creador de su conglomerado humano, en su modo peculiar de ser y hacer: su idiosincrasia nacional.

El territorio costarricense presenta características propias. De igual manera que el terruño nicaragüense o panameño, Costa Rica es un punto de confluencia entre las masas terráneas más imponentes del norte y del sur. Esto se refleja en la riqueza de su flora y fauna. Sin embargo, en contraposición con los países circunvecinos, el agua no se estanca en el territorio costarricense de manera impositiva: su presencia tiene el carácter flexible de sus lluvias. Costa Rica no tiene grandes lagos. El agua fluye en la forma cuasibarroca de riachuelos que quiebran sus montañas en pequeños valles yuxtapuestos. Sus ríos asumen la violencia del declive montañoso. Por eso, sus habitantes centraron la existencia alrededor de sus afluentes, rodeados de una exuberante vegetación. Esto explica el concepto de enmontañados que atribuye Constantino Láscaris a nuestros progenitores.

A pesar de su nombre y de la bella riqueza de sus playas, Costa Rica no es un país costero. Su vida costanera es marginal. Por seguridad existencial y efectos del calor, la mayoría de sus habitantes se ubicó en el centro del país: la vida nacional se creó así en el Valle Central. Fueron el comercio exterior y la expansión económica los que establecieron progresivos contactos con las costas y las pequeñas llanuras de las tierras bajas. Históricamente la riqueza del país se centró en el café. No es hasta ahora cuando el banano y otros productos de poca altura comienzan a botar de su trono al príncipe de las zonas montañosas. ¿Marca esto de alguna manera la patria? Como veremos después, el predominio del Valle Central ha desquiciado la concepción patriótica, al marginar las culturas de las costas y la bajura.

Los efectos del territorio costarricense en la cosmovisión de sus habitantes son ricos y variados. En esta ocasión, me ha parecido importante destacar uno de ellos: su incidencia en la estética del costarricense. La riqueza y abundancia de la naturaleza circundante creó en el tico un sentimiento de confianza en la providencia: ¡Dios proveerá! El mundo de nuestros antepasados se reducía a la conquista del pequeño reducto territorial, en el que las flores adornaban la verde marea de su abundante vegetación. Este encapsulamiento natural posiblemente determinó su llamado individualismo. No obstante, yo prefiero hablar más bien de su celo de lo propio: un sentido muy particular de propiedad en el que la pertenencia es mucho más que las cosas materiales.

Se suele decir: "Lo que más ofende al costarricense es que otro ponga en evidencia que posee algo que él no tiene." Algunos interpretan esto como reflejo de envidia profunda, generada por el egoísmo. No obstante, -si se mira con más cuidado- tan solo se constata inseguridad personal: sentimiento de amenaza ante los logros del vecino. Esta inseguridad no motiva la auténtica competencia personal: necesidad de la propia superación. Por el contrario, busca impedir que el otro sobresalga e imponga ideales sentidos como inalcanzables. El "problema" puede ser el habitante de la casa de al lado, el del escritorio de enfrente, el nacido en otro barrio, en otro pueblo, en otro cantón o en otra provincia. Para algunos, dicho enfrentamiento se prolonga hacia el ámbito centroamericano; otros extienden la rivalidad a toda América Latina. En todo caso, dicho sentimiento se extiende hasta donde llegue la sensación de compartir el mismo mundo.

Pero el auténtico extranjero -el que está más allá de su mundo- es visto por el tico como un retoño de la naturaleza generadora de riqueza (en la que estamos inmersos). Esto explica nuestra vieja admiración por Europa o la actual idolatría del pueblo costarricense por los norteamericanos: Costa Rica es el pueblo latinoamericano que expresa mayores elogios ante sus logros y conquistas y menos beligerancia ante sus errores y su imperialismo.

Estos sentimientos se manifiestan en lo estético. Para el costarricense corriente -para el hombre de pueblo- la belleza la engendra Dios o la naturaleza. No la admira propiamente, ni trata de reproducirla:

simplemente, la toma como un hecho natural. En su mentalidad, al ser humano sólo le queda contribuir con ella "poniendo un granito de arena". Por eso, el alma popular no tiene sentido de belleza, sino sentimiento de lo bonito. Desde la sinfonía de colores de la naturaleza circundante, este sentimiento se desarrolla -en el costarricense- bajo el signo del color: los pájaros, las frutas y las flores estableciendo una ruptura circunstancial del ambiente, destacando tonos contrapuestos al tema profundo del verde de las montañas o al azul de los cielos.

Los sentimientos estéticos del costarricense no poseen visión arquitectónica: penetración en los principios estructurales de la belleza interna de la realidad. Por el contrario, lo que prevalece es el trasfondo estético del decorador: tratar de resaltar detalles particulares en el hábitat existencial. El tico tiene un profundo sentido del adorno. Además, su estética se mueve al ritmo del color: ¿acaso no es un hecho que el colorido de la vestimenta, la pintura de la casa, el atractivo de las flores en el jardín y otros detalles similares son fundamentales para el costarricense? Las resaltadas carretas pintadas eran adornos que se paseaban los domingos enfrente de la iglesia: señalaban -ante la comunidad- que en algún rincón de la comarca existía una determinada persona. La casa de habitación es vista por el tico como un lugar para poner adornos (la que debe convertirse ella misma en un gran adorno). Por eso, nuestros remedos de ciudad más parecen un espectáculo de discretos payasos de circo -tratando de llamar la atención- que una estructura urbanística sólida y coherente: cada cual se ocupa de promover sus ornamentos personales, sean estos la vestimenta, el auto o la vivienda.

En su sentido más profundo, la arquitectura es una semiótica integral del espacio. Las concepciones clásicas de las artes plásticas se interrelacionan conceptualmente con la arquitectura ya que la promoción y el manejo de formas, texturas y colores implican las bases operativas y los fundamentos necesarios al manejo estético del espacio. Pero esta visión estructural del espacio -propia de la arquitectura y de las artes- no pertenece al pueblo costarricense, sino a una pequeña elite influenciada por las normas estéticas del extranjero. El tico no tiene sentido del espacio, sino el sentimiento de llenar de vida propia su circunstancia vital: decora sus cosas, sus paredes, sus lugares. Pero decorar es destacar un aspecto particular dentro de un contexto arquitectónico previamente establecido (el que impone su propia lógica). Esto puede quizás justificar el conformismo del que se acusa al tico.

Para visiones más rituales del quehacer artístico, la actitud decorativa es característica de artistas de segundo orden: una labor de aprendices o de ineptos. No obstante, el auténtico decorador posee -a su manera- la visión estética de una persona dotada del sentido particular del arte en circunstancias concretas. Entre los artistas clásicos, los muralistas han sido los pintores que se acercan más a la lógica de la decoración: poseen un mejor sentido de la ubicación concreta de sus producciones. ¿Quién puede negar que uno de los factores más extraordinarios de la Capilla Sixtina es sus cualidades decorativas? El alma costarricense tiene un sabor estético similar al espíritu del muralista: sus creaciones hacen hablar a las paredes de su hábitat personal.

Para descubrir la vocación de un pueblo, hay que aprender a leer en los rincones de su alma. Su sentido de belleza no es un atributo extraordinario de sus grupos selectos, sino una realidad intrínseca de su misma naturaleza humana. Su significación se plasma en función de la integración coherente con sus vivencias personales y sociales: su calidad estética adquiere matices más profundos en cuanto mejor refleje la esencia de lo humano. La creación de belleza con sentido de realidad no necesita el oro, el óleo o el mármol para expresarse; le basta la suficiente imaginación creadora para insertar -en las diversas realidades y circunstancias- una intención estética acorde con las condiciones efectivas del entorno. El contexto geográfico marca la vocación estética del pueblo tico. La promoción del alma artística del costarricense requiere una visión precisa de los más sólidos principios de su interpretación de lo bonito. ¡Tal vez, algún día, lo bonito del costarricense se convierta en algo bello! Con un adecuado empleo de las funciones decorativas, el pueblo costarricense puede encontrar su propia originalidad. En este espíritu quizás estribe lo mejor del aporte propiamente costarricense a la escultura, a la literatura, a la pintura, a la música, etc. Cabe señalar que -a pesar

de las críticas de los expertos- uno de los pintores que ha logrado expresar mejor el alma tica es Fausto Pacheco. Técnicamente, su producción es quizás elemental, y sus mensajes carecen de dimensiones estructurales. Pero sus acuarelas se compenetran con la visión estética del adorno que modula el alma tica: reflejan cómo nuestros antecesores decoraron su medio ambiente y se presentan con la ligereza de un adorno.

## **b. La gente**

La patria es también y sobre todo su gente. Esta no se define por factores étnicos o raciales, sino por un sustrato cultural, concretado en un sistema particular de vida. La gente no es tampoco la masa amorfa de la multitud. En sentido plenario, la gente es la comunidad humana de personas que comparte un estilo de vida y quiere esa realidad compartida (expresada, en este caso, por la patria).

*La Patria Esencial* de Luis Barahona plantea las variaciones en la vivencia personalizada de la realidad patriótica: refleja cómo el ideal de patria evoluciona a lo largo de la existencia personal. Según las edades, su concepto se precisa como resultado de las experiencias vitales, del grado de desarrollo de las personalidades y del momento histórico o cultural. En su propia vivencia de la realidad patriótica, Barahona detecta cuatro fases en su pensamiento. En primer lugar, por ausencia de conciencia sobre la penuria, hambres y desnudeces de sus compatriotas, en la puericia la patria le aparece como si fuese siempre una fiesta nacional resplandeciente, llena de cánticos, de músicos y de banderas. En segundo lugar, en la adolescencia el mundo se le abre a las profundas necesidades espirituales de buscar respuestas auténticas sobre el sentido de la existencia personal y social. Con los años de colegio, las experiencias sociales, las luchas por mejorar la condición económica y el conocimiento de los problemas nacionales, Luis Barahona adquiere una conciencia más amplia de la patria. En tercer lugar, las inquietudes sociales, filosóficas y educativas surgidas del contacto con los problemas sociales se concretan, en su edad adulta, en proyectos políticos y culturales, en compromisos de acción ciudadana. Finalmente, en su madurez -cuando la experiencia tiñe de sensatez los ensueños románticos, los ímpetus y los proyectos juveniles- Luis Barahona concreta el sentido profundo de la patria como un difícil equilibrio entre los ideales y las realidades. Por eso exclama con el realismo nostálgico de las canas: "Ahí está entera y desnuda nuestra pobre humanidad; ya no hay quimeras, no hay cánticos, fanfarrias, ni banderolas; ya no hay utopías de cambios revolucionarios capaces por sí mismos de transformarlo todo de la noche a la mañana; no hay ideologías salvadoras; sólo resta un par de cosas esenciales, la tierra en que hemos nacido y el hombre real que hay en cada compatriota; esa es la patria esencial que digo yo." <sup>16</sup> ¿Cuántos de los que pasamos de los cincuenta años podemos decir que hemos también vividos esas etapas? Por lo menos en mi caso, creo que sí.

El sentido de la patria presenta manifestaciones personales y sociales. Para penetrar en su trasfondo personal, ¿no sería preferible acudir a literatos y escritores escudriñadores del alma humana? Para comprender mejor sus dimensiones sociales, ¿no es acaso preciso recurrir a los historiadores y a los análisis de científicos sociales? Entonces, ¿qué papel le corresponde a la filosofía ante esa riqueza de aportes? Quizás interpretar todos esos datos... La patria sirve de inspiración a la conducta personal; en tanto que los diversos conflictos e intereses humanos se enfrentan y se concretan en lo político, en lo social, en lo económico y en lo militar. Los mejores valores de la cultura patriótica se expresan en la creación y conducción de sus instituciones y procedimientos. Y la filosofía, ¿qué? Se debe enfrentar con la comprensión de todo eso.

Los requerimientos y valor intrínseco de la patria para la existencia personal se pueden expresar con un texto de Carazo (el que continúa el epígrafe de este capítulo): "La patria tiene en sus hijos la savia que la

---

<sup>16</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *La Patria esencial*, San José, Impr. LIL, 1980, p.91.

dignifica. Los hijos deben a su Patria el servicio, el amor, el compromiso, el trabajo, el sacrificio, la dignidad." <sup>17</sup> Tanto en lo personal como en lo social, la patria es siempre un estilo de vida, el que se refleja en la conducta de sus ciudadanos: la cultura marca las pautas del flujo histórico de cada realidad patriótica. Por eso, vamos a dedicar el próximo capítulo a enunciar algunas reflexiones sobre el carácter del tico.

### c. La historia

Como fenómeno natural, la historia es una sucesión lineal de hechos en términos de un antes y un después. Pero, desde las exigencias fundamentales de la realización humana, constituye la manifestación integral de la condición humana en busca de su propio destino. Esto no significa un rígido determinismo, sino un llamado existencial: una vocación cultural y moral. En el flujo y reflujo histórico de sus vivencias, la realidad dinámica de la praxis patriótica genera constantes relaciones y contradicciones entre sus elementos o aspectos esenciales. Cada patria se define tanto por lo que es como por lo que no es; por lo que fue, como por lo que será; por lo que se hace, como por lo que se padece. En ella intervienen la participación individual y los requerimientos o estructuras propios de la convivencia social; las determinaciones geográficas y la acción humana sobre su ambiente.

En las situaciones y procesos de su dinámica temporal, la historia de la patria no es una cosa que se tiene, sino una dimensión esencial del quehacer humano: el espíritu debatiéndose con el peso determinado de la materia. De alguna forma, la complejidad del quehacer humano actúa en nuestro mundo como situaciones o circunstancias sociales, políticas, económicas, religiosas o culturales ya hechas, dentro de las cuales hemos de hacer nuestras vidas. No se pueden borrar los hechos, las acciones y las resoluciones de los que nos precedieron. Las necesidades y las demandas del presente no pueden desconocer los aportes y funciones esenciales de la realidad temporal del ser humano: los vestigios del pasado actúan bajo formas de valores compartidos, de experiencias vividas, de hábitos y de recuerdos encarnados en condiciones materiales o tecnológicas. Sin embargo, para una concepción dialéctica, la historia no es el (único) factor determinante del acontecer cotidiano de los seres humanos: el pasado histórico es tan sólo un polo dialéctico en perpetua tensión con otros vectores contrapuestos.

La plena comprensión del sentido del quehacer patriótico requiere un pensamiento abierto a la desafiante presencia de la realidad humana. Ante este desafío, las diversas concepciones de la existencia, personal y social, funcionan como pautas de selección y valoración de los hechos vividos. De ahí la necesidad de establecer una concepción filosófica con una visión global de la existencia en función de las posibilidades ofrecidas por las circunstancias de cada realidad humana. La patria requiere la comprensión de la historia a la luz de una filosofía: análisis de los hechos como fenómenos plenamente humanos, según la época y circunstancias propias. Por eso, nuestro enfoque debe interrelacionar la existencia individual y su contexto social: los aportes del pasado y los desafíos de futuro.

En el *Mensaje de Toma de Posesión* de Rodrigo Carazo -8 de mayo de 1978- se encuentra una interesante reflexión sobre la realidad patriótica, basada en la confianza en la capacidad del pueblo para forjarse un destino digno. Carazo exalta la labor de las generaciones que forjaron nuestra historia y precisa el compromiso hacia el futuro: "Nuestros antepasados nos legaron el trabajo, la libertad y los valores espirituales y morales. Somos herederos de esos grandes hombres y depositarios de su herencia. Hemos de ser, por lo tanto, los encargados de preservar y perfeccionar el patrimonio de nuestra identidad y de nuestra vocación... La fidelidad a nuestra personalidad histórica nos procurará un puesto de honor entre las naciones y un sitio en la historia. Costa Rica es hija del yunque, del arado y del pensamiento, no del cañón. Por eso, en un mundo

---

<sup>17</sup> CARAZO ODIO Rodrigo, *Op. cit.*, p.223.



agitado por la violencia y estremecido por la intolerancia, podemos gritar que somos libres y pacíficos y que estamos dispuestos a cualquier sacrificio con tal de mantener nuestros principios y tradiciones." <sup>18</sup> La identidad patriótica demanda una actitud vigilante para no perder -a pesar de las presiones de las circunstancias- los rasgos propios y la disposición creativa para promover la esencia de nuestra nacionalidad. Pero ¿es esta la actitud del tico?

La autenticidad de la actitud patriótica obliga a efectuar cambios sustanciales en la organización de nuestra sociedad para superar sus deficiencias humanas. La patria denota una vida personal y social en efervescencia: la realidad patriótica es siempre una mezcla inestable de logros, de aspiraciones, de gozos, de ejecuciones, de deseos, de frustraciones, de temores, de placeres y de sufrimientos. Esta dinámica existencial se proyecta con fuerza y energía hacia la aventura y la conquista del sentido de la existencia. En lucha contra toda clase de obstáculos, de problemas, de enemigos o fuerzas opuestas, esta dinámica colectiva genera peligros, pero también oportunidades de protagonizarse, de realizarse con plenitud, de hacerse con autenticidad.

En el devenir histórico del quehacer patriótico, el pasado se convierte en un punto de partida (el que debe ser superado). Al ligar su acción con los antecedentes generadores de su propia identificación como sociedad humana, cada patria orienta el quehacer concreto de su pueblo y sostiene su realidad cultural. Dentro de la cantidad limitada de posibilidades de su respectivo pasado social, cada pueblo debe encontrar su propia identidad. El problema del llamado patriótico hacia el futuro lo describe -en forma pictórica- Luis Barahona al indicar: "Entre nosotros hay muchas personas, no sé si la mayoría, que todavía no se han dado cuenta de que vivimos en los albores del siglo XXI; seguimos creyendo que esta 'finquita' se puede administrar y gobernar con criterio de hacendado, al paso tardo de la yunta de bueyes." <sup>19</sup> Como elemento esencial de toda realidad patriótica, la historia sirve de arraigue en la búsqueda de la propia identidad: la vivencia patriótica se determina por los antecedentes históricos que condicionan la búsqueda de la propia identidad, según las condiciones humanas, culturales y políticas del país. El sentido plenario de lo patriótico debe procurar la creación de una sociedad acorde con las demandas de realización de todo su conglomerado humano. En dicha conquista intervienen las condiciones y los aportes valorativos de sus experiencias pasadas. Pero ¿hasta dónde los costarricenses tenemos conciencia del valor peculiar de nuestra razón de ser específica? ¿Es realmente nuestra tradición un elemento consciente que alimenta nuestra interpretación del futuro en forma responsable? ¿En verdad existe una identidad histórica del costarricense? ¿Tenemos claro cuál es nuestra unidad de destino en lo universal, es decir, el mensaje propio que podemos ofrecer al mundo con visos de originalidad? Las preguntas son muchas. Las respuestas quizás ... pocas.

Las discusiones recientes sobre la necesidad de una actitud favorable a la ecología en el desarrollo de nuestro agro y en el crecimiento de nuestro turismo son un ejemplo de dicha problemática histórica. A principios de siglo, en Costa Rica prevalecía el peso de nuestra exuberante naturaleza. El café había alterado un poco su ambiente propio. Pero el desarrollo de la tecnología moderna y la deforestación (relacionada con la expansión de la ganadería y de nuevos cultivos como el banano) provocaron mayores problemas. No obstante, ante un mundo devastado, Costa Rica resulta todavía atractiva -para el extranjero- por la existencia en su territorio de zonas con un carácter relativamente ajeno a la mano del hombre. Esto comienza a cambiar nuestra concepción con respecto a la naturaleza: resulta desafiante que sean ciertos intereses foráneos los que nos recuerden el valor de lo propio (el respeto del hábitat del vistoso guacamayo, del alegre yigüirro, del sonoro jilguero, del imponente guanacaste o del sólido espavel).

Para entender el sentido profundo del problema ecológico que afecta a nuestro país, es necesario comprender que este no es un asunto natural, sino una realidad social. A pesar de todo, ¿seguimos -

---

<sup>18</sup> CARAZO ODIO Rodrigo, *Op. cit.*, p.226.

<sup>19</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *La patria esencial*, San José, Impr. LIL, 1980, p.41.

cándidamente- creyendo en la generosidad de nuestra naturaleza y vemos cada finquita como si fuese un pequeño adorno tecnológico? El problema (la real cuestión) no estriba en la ecología, sino en el ser humano: en la incidencia de factores que superan su condición natural como un mamífero más de la naturaleza. En efecto, los fundamentos, las bases concretas y la existencia del problema ecológico son frutos intrínsecos de la libertad y de la racionalidad humanas. Los animales hacen naturalmente su vida en contacto y lucha permanente con su entorno, sin alterar sustancialmente sus condiciones propias. Su inteligencia es vivencial e incapaz de provocar loqueras: solo los seres humanos generamos desequilibrios y alteraciones permanentes de la realidad circundante.

La arrogancia pretenciosa del mundo industrializado propicia el virus de la enfermedad ecológica. El drama (amenaza o absurdo) del problema ecológico -ante las alteraciones provocadas en los bosques, en los ríos y paisajes, en su flora y en su fauna- no son asuntos naturales. En la realidad humana, las medidas usadas para resolver problemas inmediatos aparecen con frecuencia -por una inteligencia desquiciada- como si fuesen progresos respetables. Más allá de sus cándidos argumentos, nuestras soluciones oportunistas generan contradicciones internas: ¿Acaso la loquera no es la hija bastarda de la razón desenfrenada? Los árboles, las plantas y los animales salvajes siempre han subsistido en los hábitat respectivos según sus leyes internas. Por eso, la ecología no les habla a ellos: habla de ellos para hablar indirectamente de nosotros mismos.

El reflejo más evidente de nuestra loquera se manifestó, en los tiempos pasados, en el problema social. En el mundo actual, se expresa en el problema ecológico. Pero la conciencia de sus dimensiones es siempre limitada: se evidencia, únicamente, en pequeños destellos históricos. Hablar de ecología es un paso: sin tomar conciencia, no hay nunca auténticas bases en la solución de cualquier problema humano. Pero no es necesariamente la solución: ¿no se especializa la mente humana en inventarse las mejores maneras de autoengañarse?

#### **d. El espíritu**

En las entrañas de la praxis patriótica se inscribe la necesidad de una búsqueda y comprensión permanentes de las acciones que se proyectan y contribuyen en su desarrollo. Esta tarea no es fácil: la realidad patriótica comporta exigencias vitales y culturales de diversa índole, condicionadas y facilitadas por diferentes sistemas o procesos productivos, comunicativos, educativos, políticos y tecnológicos interrelacionados, dependientes de sus condiciones geográficas y de los pensamientos, tradiciones y vivencias generadas por los antecesores. El peso de la historia determina en cada pueblo un espíritu patriótico particular.

Para mantener su identidad bajo el peso dramático de las contradicciones propias de los fenómenos políticos y sociales -sin desechar sus primeros ideales- la conciencia patriótica requiere una recuperación sensata de los elementos más significativos. La patria funciona como un soporte constante y un centro de referencia para el pueblo. Llena de contenido el quehacer personal y consciente de su comunidad humana. La unidad de destino se erige así en el factor central del espíritu patriótico.

El diálogo con los pensadores de experiencia permite apreciar el sentido y aportes de la convivencia social. Veamos algunos casos. Para Luis Barahona, la campaña contra los filibusteros de 1856 determina el estilo cultural de nuestro sistema social y político: consolida las bases de nuestra patria como una vivencia política de la libertad y da sentido a la independencia y soberanía del Estado costarricense. La profunda vivencia de la libertad se constituye en un ingrediente del ser costarricense: "La patria -nos dice Barahona- ya no es un conjunto de hombres bien o mal organizados dentro de una estructura política de poder, sino una fuerza espiritual que traspasa y vivifica todo y que da aliento para llevar adelante, por encima de todo género

de obstáculos que se interpongan, la obra de la protección, defensa y acrecentamiento de los valores de todo orden, que constituyen la nacionalidad costarricense." <sup>20</sup>

Las mejores reflexiones sobre la patria de Joaquín García Monge surgieron de la famosa exhortación *Ante el Monumento Nacional* (hecha a los estudiantes del Liceo de Costa Rica y del Colegio de Señoritas -el 15 de setiembre de 1921- en recuerdo de los héroes de la campaña de 1856). La patria imprime siempre su espíritu propio a una comunidad humana: como si fuese una personalidad colectiva, constituye lo mejor y más auténtico de un pueblo. "Así es la patria cuando se la comprende de veras, un estado de alma, de cultura, un estado de conciencia superior, conciencia de que se tiene una función y un valor, de que como hombres y como pueblos, hemos venido a este mundo a hacer algo que valga la pena. No en balde se dan patria los hombres, que se la dan para crear y crecer. Se habla de una conciencia nacional: pues bien, nada más difícil de adquirir que eso, que es mucho más que los meros instintos territoriales de un pueblo." <sup>21</sup>

Depurado por los golpes concretos de la existencia, el espíritu patriótico se concreta con sentido de realidad (como veremos en el capítulo sobre el talante patriótico, el nuestro tiene que madurar). La sensatez espiritual no es solo fruto de los años vividos, sino también resultado de la capacidad de convertir lo vivido en experiencia: ¡tal es la sabiduría propia de la madurez! Nuestra patria es relativamente joven: un diamante en bruto que no alcanza todavía su mayor esplendor.

El desarraigo del pasado -portador de valores fundamentales en la vida espiritual de los pueblos- imposibilita orientarse hacia metas definidas. El patriotismo trata siempre de sostener su espíritu con celebraciones patrias y el uso de símbolos compartidos como manifestaciones consolidadas de la propia identificación. ¿No es éste el motivo de que la conciencia popular perciba cándidamente la patria en una especie de veneración por ciertos símbolos como la bandera y el himno nacional? ¿No surgen de aquí formas -bastante estereotipadas- de expresión, como el "amor", el "destino", el "culto", el "sacrificio" por la patria, etc.? No obstante, a pesar de sus defectos, este ritual fortalece la necesaria solidaridad, requerida por el auténtico patriotismo.

La búsqueda del espíritu propio -en la identidad cultural de un pueblo- se complica en la difícil dialéctica de la diferenciación: actuar es siempre enfrentarse con algo diferente. Desde una perspectiva dialéctica, lo diferente se vive -con la versatilidad de lo cambiante- como meta, medio, adversidad o negación (obstáculo o dificultad por superar). En la dinámica de su interacción, la patria adquiere presencia psicológica y significación existencial desde la oposición a algo percibido como su opuesto. En enfrentamiento con la concepción más tradicional de la patria como nación (con insistencia en lo particular), Roberto Brenes Mesén nos ofrece una interpretación con caracteres más bien morales (y universales). En su poema *Mi patria*, pone el énfasis en el espíritu humano como sostén del quehacer patriótico:

*Soy ciudadano del mundo:  
en donde abunda la vida  
pongo mi afecto profundo,  
tengo una tierra querida.  
En donde surca el arado  
o la nave, en cualquier parte,  
mi enemigo es el malvado  
y un ideal es mi estandarte.  
En donde triunfa el derecho  
y la paz une las manos*

<sup>20</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El gran incógnito*, San José, Ed. Costa Rica, 1975, p.198.

<sup>21</sup> GARCÍA MONGE Joaquín, *Ante el monumento nacional*, en GARRÓN DE DORIAN Victoria, *Joaquín García Monge*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1971, pp.92-93.

*naturaliza mi pecho,  
porque allí están mis hermanos.  
Con hogar o vagabundo  
mi patria no tiene nombre:  
soy ciudadano del mundo  
y compatriota del hombre.*<sup>22</sup>

El drama de la realidad patriótica se precisa en su relación con los otros pueblos. Al interpretar -según la tendencia dominante en nuestro siglo- la identidad patriótica en términos nacionalistas, la circunscripción territorial se suele volver determinante. Pero la patria no es lo opuesto a los otros pueblos, sino una necesidad de autoafirmación como pueblo (en solidaridad y diferenciación con los otros). Para no claudicar y ser uno mismo -aprovechando la experiencia de los extranjeros- hay que rechazar lo que lleve a perder la propia identidad: la acción patriótica de cada pueblo específico presupone tanto la lucha y el enfrentamiento, como la creatividad, el diálogo y la acogida a los aportes ajenos. En este sentido, -al abrir brecha en el camino de la existencia- las vivencias, los pensamientos y las instituciones ajenas pueden servir tanto de mediación como de alienación en la búsqueda de la propia identidad: ¿hemos valorado los costarricenses nuestras relaciones con Europa y los Estados Unidos?

La relación prudente entre los pueblos debe fundarse así en una posición balanceada ante las virtudes, aportes, defectos, amenazas y posibles detrimentos generados por los otros. Este flujo de sentimientos se refleja, de manera interesante, en las consideraciones de Omar Dengo sobre las implicaciones de la United Fruit Company (1928). Luego de enunciar los nombres de respetables extranjeros integrados en la realidad nacional, Omar Dengo precisa: "Queremos convivir con esos extranjeros que hasta exponen orgullosos su ufanía de sentirse costarricenses y de compartir con nosotros los destinos de la Patria. Para ellos hay campo en nuestro corazón, mientras que para los otros, para los advenedizos, francamente hay la sospecha fundada. Yo no concibo patrias constituidas a base de odio para nadie, no concibo patrias agresivas y sólo me explico una conducta enérgica y combativa en casos de defensa de la soberanía nacional."<sup>23</sup> En estas reflexiones se destaca la diferencia entre la patria y la nacionalidad (reflejada en el caso de Roberto Brenes Mesén). En el concepto de patria predomina un trasfondo más espiritual y cultural.

#### **e. Los valores**

La patria pertenece al mundo de los grandes ideales: está en todas partes sin ubicarse en ninguna. No obstante, existen manifestaciones que simbolizan, de mejor manera, el ser y el hacer nacionales: reflejan con mayor claridad la esencia de la patria. Dichas manifestaciones expresan -con originalidad y autenticidad- las formas adoptadas por la cultura de cada pueblo: "Ser costarricense en el continente americano -recuerda Rodrigo Carazo al hablar del fundamento de nuestra identidad- es situarse dentro de una serie de valores que nosotros estimamos, queremos y luchamos por conservar."<sup>24</sup> En la existencia moral de los seres humanos, los valores no son realidades percederas, sino aspiraciones ideales en constante fluencia: orientadas a superar las variaciones circunstanciales en busca de sentido. Esta búsqueda debe tener los pies bien puestos en la tierra:

---

<sup>22</sup> ROBERTO BRENES MESÉN, Presentado por María Eugenia DENGÓ, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974, p.197.

<sup>23</sup> DENGÓ Omar, *No queremos monopolios en Costa Rica*, en RODRÍGUEZ V. Eugenio - TINOCO Luis Demetrio, *El pensamiento contemporáneo costarricense*, San José, Ed. Costa Rica, 1980, pp.127-128.

<sup>24</sup> CARAZO ODIO Rodrigo, *Acción para la historia*, San José, Imprenta Nacional, 1982, p.34.

fundarse en un adecuado conocimiento. El sentido patriótico tiene que dar crédito a la realidad, sin olvidar hoy lo que ayer ya se sabía: lo que atestigua la experiencia o proclama la cordura.

El quehacer patriótico refleja las condiciones más profundas de la existencia humana. Como estrellas orientadoras del rumbo del marinero, sus valores nunca pueden ser alcanzados. Su impulso y movimiento internos no les permiten detenerse: traen y llevan su exigencia de sentido sin lograr en ningún momento la estabilidad. La significación humana de los valores patrióticos no depende de la inestabilidad de las cosas, sino de la manera como se los vive: condición fundamental de la vivencia personal y de la realidad patriótica. Por su perspectiva dinámica, los valores determinan la dimensión patriótica de las acciones cotidianas, como de las hazañas más renombradas del quehacer patriótico en el variable devenir de la existencia humana: sirven de pauta de orientación en la conquista del futuro. Esta situación dramática -inscrita en la dialéctica del tiempo- es fuente de sus problemas existenciales, como también del camino de la recuperación humana. La patria es así una realidad profundamente moral.

La necesidad y la búsqueda de la propia identidad representan una dimensión plenamente dialéctica. La patria indaga su significado en lo permanente, en lo esencial, en lo profundo, en lo compartido, en lo humano. Pero no suele tener sentido psicológico para las personas, sino al oponerse y diferenciarse de lo ajeno, de lo extraño, de lo nuevo, de lo desconocido, de lo imprevisible, de lo otro. Estas características existenciales justifican la necesidad de fundar la acción patriótica en un conocimiento profundo de nuestra historia patria y en una inteligente proyección hacia el futuro: para darle (¡con sensatez!) un crédito cuerdo a su verdad y experiencia.

En el flujo existencial de las realidades humanas, el acceso a las metas morales más fundamentales no es siempre inmediato. Las implicaciones concretas del ideal patriótico tampoco se ponen fácilmente en evidencia. Para conquistar el futuro, la praxis humana debe calcular de antemano -con imaginación creadora- lo que va a suceder y definir las acciones en función de resultados que se espera obtener. Con frecuencia, en lo patriótico, se requieren acciones a largo plazo cuya realización exige un extenso camino a través de etapas intermedias. Por efecto de estas mediaciones, en la praxis humana se crean situaciones ambiguas, con acciones (¡aparentemente!) orientadas o disgregadas de los ideales patrióticos. Como proyecto moral, la patria es -al mismo tiempo- un faro de luz y un recubrimiento de intereses menos valiosos (no dispuestos a poner en evidencia su cruenta flaccidez).

En la realidad de lo patriótico, la inestabilidad de la existencia humana es su destino y su desafío: los seres y colectividades humanas deben justificar su propia existencia y orientarse en términos de la búsqueda responsable de ideales profundos que permitan la plena realización de sus potencialidades. Dicho en otros términos, como fenómeno dinámico de la praxis humana, lo patriótico se sostiene sobre un trasfondo moral: expresa necesariamente el conflicto sustancial de sus fines y medios, de sus intenciones y realizaciones, de sus ejecuciones y significaciones, de sus motivos y actuaciones. Cada acto plenamente humano es la concreción de una intención más o menos consciente: cuyas opciones valorativas determinan los fines, mientras las resoluciones pragmáticas organizan los medios.

Cada ser humano tiende hacia fines o metas que percibe -por una especie de intuición- como sus ideales de existencia. La patria (algo en vías de hacerse) se justifica por el trasfondo ideal de los valores. El soplo espiritual de lo patriótico orienta las acciones cotidianas hacia metas más altas y comprensivas, más sólidas y plenamente humanas, en tanto que las circunstancias y sus intereses creados imponen su peso concreto. Dicho conflicto suscita las críticas relativas a la superficialidad valorativa de ciertas peroratas festivas y de las descripciones academicistas: las que sacralizan hechos del pasado sin percibir las dimensiones futuras de la patria.

La praxis social supone un mínimo de coordinación en las actuaciones personales: la integración patriótica es un objetivo común y un ideal de sociedad. La verdadera acción patriótica está siempre llena de dinamismo y de promesas de humanización: el problema medular de su dinámica existencial estriba en hacer

la propia vida en forma auténtica y responsable. La realidad humana crea la necesidad de una convivencia social justa, creativa y humanizadora. Pero esta tarea no se lleva a cabo por azar; tampoco es una mera coincidencia de intereses. Por el contrario, se hace siempre en función de una meta (más o menos compartida dentro de la diversidad de las actuaciones particulares), cuyas realidades se gestan y se consolidan en la vivencia comunitaria.

La praxis humana presenta una dialéctica -entre ejecución y concepción- generadora de una necesaria contraposición entre hechos y valores. Por tal motivo, la patria implica una constante búsqueda: llevar los hechos hacia el ideal y traer los ideales hasta los hechos, en un proceso de realización continua y progresiva. El análisis de los hechos humanos, sin la necesaria referencia a sus ideales, solo deja un cúmulo de datos sin real significación. De igual manera, la defensa de ideales sin una necesaria encarnación en hechos concretos, encierra al ser humano en un verbalismo sin contenido real.

El manejo de técnicas de acción del quehacer económico y social plantea -en sus aspectos más dinámicos y efectivos- un conflicto valorativo: las aspiraciones humanas tienen que encarnarse en obras concretas frente a las posibilidades y los intereses específicos. La experiencia histórica tiene sus limitaciones: su orientación solo determina las condiciones sobre las cuales se debe actuar. La solución efectiva de los problemas específicos es siempre un riesgo: debe ser asumida con clara visión del pasado, pero también con los ojos puestos en un futuro mejor.

Al presentar y motivar el sentido e importancia de las cosas, sujetos y acontecimientos del pasado, el manejo público del quehacer político, económico y social puede encubrir los valores patrióticos dentro de las falacias, astucias o sutilezas de su discurso valorativo: enfrascado casi siempre en las trampas de la manipulación intencionada de la afectividad humana. En la praxis social, se exalta el aporte (para la política, la milicia, el arte, la literatura, la educación, etc.) de algunos individuos o acontecimientos: ciertos personajes -denominados beneméritos de la patria- son propuestos como ejemplos para el pueblo. Pero esta práctica soslaya, con frecuencia, las normas morales de vida y exalta ciertos resultados prácticos: situación profundamente ambigua y -en circunstancias particulares- hasta manipuladora de la conciencia popular.

Ante las demandas de la justicia, la democracia y la libertad -fruto del legado valorativo de nuestro pasado histórico-, nuestra realidad nacional actual presenta serias deficiencias. Esto suscita la necesidad de cambios y transformaciones sociales -orientados por grandes ideales patrióticos- en los que cumple un papel primordial el dinamismo de los jóvenes. Cabe entonces preguntarse: ¿cuáles valores permiten -en lo personal y en lo social- ser más dueños de nuestro destino?, ¿qué valores se deben fortalecer para nutrirse en el subsuelo de la historia?, ¿qué valores se deben renovar para alcanzar el pleno desarrollo?

## **f. La procreación**

Las reflexiones de Joaquín García Monge ante las estudiantes del Colegio de Señoritas (1921) son el mejor antecedente histórico de la referencia del epígrafe a las mujeres. Por su importancia histórica, es conveniente citar -en forma integral- el texto final de la exhortación *Ante el monumento nacional*: "Es un símbolo el Monumento y en él se yerguen altivas e indignadas las patrias luchadoras de ayer, esculpidas en forma de mujeres para enseñaros, oh señoritas -tantas señoritas como veo aquí-, que vosotras sois la Patria misma, que haréis sana y fuerte en los niños venideros, y formaréis honrada y pulcra, si ese es vuestro ideal y resolución inquebrantables, si para ello en verdad os han educado. Jurad al pie del Monumento Nacional, con la conciencia clara de que sois las mantenedoras y salvadoras de la Patria, de que ésta se redime si a vosotras se redime, de que a ella se ofende si a vosotras se ofende, de que la envilecen los que os envilezcan: jurad de que de vuestros regazos saldrá la Patria nueva, sencilla, sin ostentaciones, estudiosa, laboriosa y previsora, preocupada cordialmente de sus sementeras y de sus niños. Que al fin de cuentas, jóvenes estudiantes, al

corazón, a las entrañas mismas de la Patria con las mujeres se llega, y sin ellas, al trastorno, la disolución y la muerte." <sup>25</sup>

En defensa del papel primordial de las mujeres en la vida patriótica, García Monge usó la denominación de *matria*. <sup>26</sup> Dicho concepto resulta interesante: purifica los errores del machismo prevaleciente en el término de "patria". Sin embargo, ¿por qué no prosperó el uso de tal nominación?, ¿será que la historia del lenguaje impone su propia lógica? En efecto, resulta casi imposible cambiar términos ya incrustados en lo más profundo de la conciencia humana. Lo más factible es semantizar las viejas denominaciones. Pero ¿no sería quizás más conveniente -en este ámbito específico- buscar un concepto menos conflictivo y más integrado? Se podría semantizar el término de patria con el concepto de *progenia* (en lugar de la idea de *matria*): hacer referencia al aporte histórico de los progenitores, masculinos y femeninos, en la identidad cultural -el carácter, el talante y la idiosincrasia- del quehacer social de un pueblo.

En este capítulo, hemos señalado las condiciones fundamentales de la acción patriótica: su praxis. En el próximo, vamos a constatar su manifestación en la conducta concreta de los costarricenses.

### 3. EL CARÁCTER PATRIÓTICO

*"Muchos rencores se le acercaron, le mordieron los zapatos, le enseñaron los colmillos, pero él cogió a la Patria, le puso un traje nuevo, le dio el brazo, y la llevó a crecer a un sitio puro para que madurara como un cántaro."*

JORGE DEBRAVO  
*Milagro abierto* <sup>27</sup>

Comprender la patria costarricense es entender el alma tica. En este capítulo, el sentido de nuestra realidad patriótica se precisa desde el comportamiento personal de sus habitantes. Para esclarecer la patria costarricense, resulta útil emplear un recurso expresivo de la filosofía: la semejanza estructural entre lo personal y lo social. Un país no se entiende sin su gente: Costa Rica es *Tiquicia*, el mundo de los ticos. Pero ¿qué tipo de hombre es el costarricense? ¿Cuáles son sus características fundamentales? ¿Cuáles sus aspiraciones, sus valores y sus conductas concretas? La respuesta a estas preguntas es complicada: en el camino de la comprensión humana, cada afirmación genera una nueva interrogación. Además, resulta imposible explicar una realidad humana adscribiéndola en una clasificación. El problema es todavía más grave al caracterizar un pueblo constituido por una enorme cantidad de personas diferentes. Sin embargo, a pesar de sus defectos intrínsecos, las clasificaciones pueden desempeñar su papel: acercarse con facilidad a la

---

<sup>25</sup> GARCÍA MONGE Joaquín, *Ante el monumento nacional*, en GARRÓN DE DORIAN Victoria, *Joaquín García Monge*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1971, pp.95-96.

<sup>26</sup> El que desee precisar detalles sobre este concepto de *matria* puede leer el capítulo que Luis Ferrero dedica a dicho término en *Pensando en García Monge* (San José, Ed. Costa Rica, 1988).

<sup>27</sup> DEBRAVO Jorge, *Milagro abierto*, San José, Ed. Costa Rica, 1969, p.203.

multiplicidad de fenómenos en las realidades humanas. Gracias a la simplicidad de sus depuraciones conceptuales, con frecuencia, las tipologías abren brecha en el difícil camino de la comprensión social: ¿No es acaso el ensayo la fuente de la ciencia?

La idiosincrasia de un pueblo determina su carácter específico. Este no es heredado, sino fruto de las propias vivencias a partir de condiciones más o menos estables. Estas pueden ser naturales o generadas por una realidad humana determinada: la herencia, el contexto geográfico, los antecedentes históricos, las dependencias institucionales, etc. El carácter constituye una serie de predisposiciones a comportarse de una manera particular: cada persona o pueblo tiene el suyo propio. Al caracterizar a un pueblo como tal, el carácter está en la base de la patria y se perfila como gestor de sus actuaciones. Hablar del carácter del costarricense es señalar, de cierta manera, la idiosincrasia nacional y viceversa: ¿qué otra posibilidad nos queda pues -para entender el carácter patriótico- que analizar la relación entre la idiosincrasia del pueblo y los caracteres individuales de sus habitantes? El pensamiento y la acción del costarricense se gestan desde su convivencia social. Cada pueblo refleja las particularidades del comportamiento de sus integrantes.

El carácter pone siempre en juego una versátil dialéctica entre la permanencia y el cambio: lo previsible y lo innovador, las circunstancias y la creación de realidades humanas. Aunque se manifiesten en forma velada o se expresen con bríos contrapuestos y nuevas apariencias, los antecedentes de un pueblo se mantienen -en cada instante o circunstancia- como el trasfondo generador de sus actitudes y enfoques concretos: las vivencias humanas recorren el quehacer social sin eliminar los destellos de su largo trajinar. Las experiencias políticas, económicas, sociales o culturales (similares y compartidas), los procesos educativos y las particularidades de la convivencia (familiar, social o religiosa) modulan características propias en los grupos, individuos o pueblos hermanos: establecen bases comunes de hermandad y acercamiento.

### **a. El costarricense de siempre**

En la segunda edición de *El ser hispanoamericano*, Luis Barahona agrega un comentario sobre *El español de siempre*: analiza las transformaciones de su carácter -en función de los nuevos tiempos- y concluye "que existe un español de siempre en el que, a pesar de los cambios operados, subsisten modos de ser, estilos de vida, normas de conducta, ideales morales y religiosos que conforman la conducta individual y colectiva."<sup>28</sup> Desde dicha perspectiva, se puede hablar de un costarricense de siempre con un modo de ser y un estilo de vida propio (el que se mantiene a través de sus variaciones históricas). En el mismo sentido, se pueden encontrar raíces latinoamericanas en el costarricense: las propiedades intelectuales, morales y psicológicas de los hispanoamericanos se reproducen en la naturaleza más íntima del pueblo tico. No obstante, sobre ese fondo común, el alma costarricense se destaca por rasgos propios.

Al consultar bibliografía concerniente a las características del costarricense de siempre, me llamó mucho la atención una afirmación -demasiado radical- de Enrique Macaya: "Nadie ha tenido entre nosotros ni siquiera la intuición vaga de lo que es, y de lo que fue, el alma y el cuerpo de nuestro terruño en todo un siglo que lleva ya de vida independiente."<sup>29</sup> Pronto descubrí el truco retórico ya que él mismo reconoce a Aquileo Echeverría y a Ricardo Jiménez como dos notables excepciones.

*Los Estereotipos del Costarricense* (una vieja recopilación del sociólogo costarricense Gaetano Cersósimo) nos expone muchas más interpretaciones, también respetables: recoge un conjunto de reflexiones de connotados pensadores de nuestra intelectualidad. A pesar de diferir de sus supuestos epistemológicos

---

<sup>28</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El ser hispanoamericano*, San José, EUNED, 2ª ed. ampliada, 1985, p.55.

<sup>29</sup> MACAYA LAHMANN Enrique, *Dos grandes videntes*, en BONILLA B. Abelardo, *Antología de la literatura costarricense*, San José, Studium, 1981, p.218.



(¿con qué criterio se tomaron como pruebas fundamentales del *estereotipo social* las reflexiones de los intelectuales?), considero valiosos los materiales incluidos en dicho estudio. En una síntesis elaborada por el autor, se enuncian atributos -positivos y negativos- señalados por las fuentes consultadas como elementos fundamentales de nuestro carácter nacional: "Democrático; Pacifista; Individualista y Liberal; Conservador; Respetuoso de la Libertad Civil y Política; Respetuoso de la Legalidad y de la Autoridad; Aprecia, en alto grado, la Educación; Es tolerante; Rechaza los extremismos; Destaca por su madurez Política; De mentalidad Igualitaria; Libre de discriminaciones sociales y raciales; Cortés; Religioso; 'Choteador'; Irónico; Conformista; Tranquilo; Prejuicioso; Desconfiado; Tradicionalista; Mediocre, Indiferente y Frío frente a los problemas e intereses públicos y de la Comunidad; Personalista en su orientación política; Imitador y Emulador de lo Extranjero; Pasivo; Carente de ambiciones; Borracho; Machista; perezoso." <sup>30</sup> Estas características son enunciadas sin ningún ordenamiento jerárquico específico: simplemente se presentan con mayúscula las consideradas como estereotipadas.

Una visión un poco más sintética del carácter nacional se encuentra en el ensayo *Debe y haber del costarricense*, de Eugenio Rodríguez Vega. Como notas significativas del costarricense de siempre, destaca la vivencia bajo el signo democrático (dueños de nuestros actos y pensamientos) y trabajar aisladamente, con libertad, sin rendir tributo a autoridades opresoras. De igual manera, se refiere al alegre *choteo*: la amistosa ironía que controla la audacia ajena. Reconoce además la tolerancia cordial, la timidez, la desconfianza, el individualismo y el sentimiento poco visible de la nacionalidad como características de nuestra alma campesina (las que se mantienen en el ambiente urbano). Eugenio Rodríguez considera -en el balance final de este ensayo- que nuestro país tiene reservas para neutralizar sus vicios y limitaciones: "Costa Rica presenta un panorama favorable para su progreso. Si bien es cierto que el individualismo excesivo, la timidez y el sentido destructor del choteo, pesan mucho entre los factores negativos, hay otros factores positivos que, en nuestro criterio, pesan más: el sentimiento democrático de la vida, la ausencia de odios profundos, la movilidad social que hace muy relativo el concepto de 'clase', el profundo amor a la libertad, la falta de prejuicios. Costa Rica es un pequeño país, con una historia amable, ausente de sacudidas espectaculares." <sup>31</sup>

El enunciado de características esclarece el significado del costarricense de siempre: pone en evidencia el carácter nacional. Sin embargo, parece conveniente establecer pautas más sintéticas de ordenamiento. Al respecto, resulta interesante asumir el esfuerzo de Luis Barahona por describir -en *Tres notas sobre el carácter costarricense*- nuestra idiosincrasia con base en algunos pocos rasgos fundamentales: *el conformismo, la tolerancia y el individualismo*. No obstante -para obtener una visión más integral- me ha parecido conveniente agregar dos rasgos más: *el quijotismo* (analizado también por Luis Barahona) y *el legalismo*.

El esfuerzo sintético de describir el costarricense de siempre no es una construcción científica propiamente dicha, sino un *ensayo* en sentido estricto: escrito sin el aparato ni la extensión que requiere un tratado completo. El ensayo no es tarea fácil, ni labor de aprendices. En la plena acepción de la palabra, constituye una tarea de madurez reflexiva de pensadores, científicos o literatos consolidados (decididos a enfrentar las estructuras fundamentales de un asunto). La osadía de este capítulo va a molestar, ciertamente, a muchos científicos apegados al ritual: cuyos anteojos cuantitativos -manchados por el pesado barro de los datos- no perciben su propia miopía epistemológica. No obstante, espero que la verdad sobre la patria surja del diálogo constructivo entre los pensadores nacionales y los científicos sociales, sin dogmas metodológicos, ni autosuficiencias enfermizas: ¿Quién puede ver con los ojos cerrados?...

Los rasgos enunciados en este capítulo no constituyen características reales y precisas de la conducta específica de los ciudadanos: tan solo son elementos conceptuales que permiten detectar tendencias

---

<sup>30</sup> CERSÓSIMO Gaetano, *Los estereotipos del costarricense*, San José, Ed. Universidad de Costa Rica, 1978, p.57.

<sup>31</sup> RODRÍGUEZ VEGA Eugenio, *Debe y haber del costarricense*, en BONILLA B. Abelardo, *Antología de la literatura costarricense*, San José, Studium, 1981, pp.272-273.

dominantes o énfasis predominantes. Para alcanzar dimensiones existenciales concretas, estos rasgos deben ser analizados -de acuerdo con sus ámbitos de intervención- por los científicos sociales: ¡Bienvenidos sean sus aportes! Sin embargo, es imposible entender el sentido de un ensayo si se mantiene una actitud prejuiciada, contraria a los supuestos epistemológicos asumidos: el "diálogo de sordos" nunca es diálogo... Como fenómeno comunicativo, el ensayo se debate entre dos extremos: el uno más ligado al valor de su presentación formal (cuya mayor expresión es la literatura) y el otro relativo al contenido (cuya máxima manifestación es la filosofía).

Los fundamentos epistemológicos de la comprensión dialéctica se destacan -frente a los procedimientos analíticos- por su esfuerzo de lograr una visión sintética, gracias al entrecruce de factores contrapuestos. La comprensión no se fundamenta en un recuento de datos: requiere contraposición con otros elementos. Para una perspectiva comprensiva, muchos procedimientos cuantitativos de las ciencias de la realidad social resultan de una miopía profunda: contar resultados se convierte con frecuencia en una irresponsable medida del saber. Todo enfoque de lo humano, circunscrito a un solo aspecto, resulta engañoso: decir, por ejemplo, (con base en resultados y procedimientos electorales) que un pueblo es democrático, cuando su llamada respuesta "democrática" -por efecto de las contradicciones internas de su vida real- genera efectos antidemocráticos, no es una afirmación tan objetiva como parece.

## **b. El conformismo**

Según la tradición, *conformismo* es la actitud de las personas que están conformes con las situaciones establecidas; del que se comporta resignado y paciente en las adversidades. Personalmente, considero que -en el caso del tico- se debe matizar el concepto de conformismo: este responde a una concepción muy particular del mundo. Por una parte, en la cosmovisión del tico existe una prudente confianza en un desenvolvimiento relativamente coherente del mundo circundante: con frecuencia, se tiene la sensación de que es inútil tratar de cambiarlo. No obstante, esta pasividad se mantiene mientras no haya una amenaza en lo propio: entonces todo cambia y aparece la grandeza de espíritu. Por otra parte, dicha cosmovisión tiene su contraparte en el deseo de *hacer lo propio*: idea cargada de afectos sobre los alcances de las posibilidades coyunturales. Este ensimismamiento del tico (denominado individualista o conformista) no denota pereza, sino miopía en la definición del horizonte existencial: ¿La mejor manera de entender -en particular- a cada tico no consiste, acaso, en definir qué es y hasta dónde llega, para él, lo propio? Para algunos, la pertenencia del mundo circundante no va más allá de su hogar, su trabajo y sus compadres. Además, en este ámbito -ya de por sí restringido- el hacer propio tiene sus limitaciones: nuestro conformismo se interrelaciona con el individualismo... (que veremos luego).

En algunos análisis de la conducta del costarricense, es frecuente encontrar acusaciones bastante desfavorables: fatalismo, conservatismo, pesimismo, pereza y apatía. En *Tres notas sobre el carácter costarricense*, Luis Barahona integra estas variadas connotaciones dentro de la denominación de conformismo. Pero el sentido de este término no es sencillo: su búsqueda es un desafío para nuestros intelectuales. Barahona especifica la incidencia del conformismo en diversos ámbitos del quehacer nacional: "En lo religioso equivale al fatalismo, en lo social al conservatismo y en lo político a la automarginación dentro del proceso democrático."<sup>32</sup> Pero ¿qué fundamento tienen estas suposiciones? Las características señaladas por Barahona no pueden tomarse como auténticas manifestaciones del carácter costarricense, sino como expresiones circunstanciales de sus aristas significativas más llamativas. El epíteto de conformista

---

<sup>32</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El gran incógnito*, San José, Imprenta Tormo, 1953, p.195.

precisa en el costarricense una actitud vital más integral y menos aparente: refleja una circunscripción de su capacidad activa.

Una concepción crítica de esta dinámica existencial se refleja en la nota enviada en 1908 -al Despacho de Instrucción Pública- por Joaquín García Monge y Roberto Brenes Mesén. Estos insignes maestros proponían programas educativos destinados a superar algunos defectos de nuestra gente: "Carecemos, como pueblo, -señalan- de tres virtudes cardinales: la inventiva, el espíritu de empresa y la confianza en nosotros mismos."<sup>33</sup> Esta carencia no es tampoco absoluta: simplemente denota cierta falta de dinamismo en la necesaria actividad humana de los costarricenses. Por eso, su adecuada comprensión debe ser matizada.

En la descripción del carácter costarricense se suele atribuir un papel fundamental a factores como la influencia de nuestros ancestros, la dureza de la vida colonial, la educación tradicional, el clima tropical y las vivencias religiosas. Al aporte de nuestros progenitores se suele atribuir -como notas de nuestra tonalidad afectiva- cierta pereza, languidez, ensimismamiento, tristeza, pesimismo, espíritu de rutina y dominio de lo vital. Se supone que estos fundamentos se consolidan además con la pobreza, las modalidades sociales de la colonia y la resignación cristiana: la vida centrada en soportar su carga con paciencia. Establecer los factores determinantes es tarea de los historiadores. El filósofo sólo puede señalar que la vida -como las monedas- siempre tiene dos caras. En una se esculpe la aceptación de lo otro -fundamento del conformismo- y, en la otra, se expresa la necesidad de vivir -manifestación de la propia existencia (véase, en el tico, el gusto por el baile y la fiesta). El problema final es un asunto de balance: ¿cuál destaca más? Según mi experiencia - surgida del contacto con otros pueblos-, el mayor peso en esta balanza parece recostarse sobre el platillo del conformismo.

### c. La tolerancia

La tolerancia -el respeto hacia las opiniones o prácticas de los demás- es uno de los elementos más positivos del carácter nacional. La urgente necesidad de mutua ayuda y la educación liberal han hecho a los ticos tolerantes: enemigos de los extremismos, respetuosos de la ley, amantes de la paz y celosos defensores de la libertad electoral. Nuestra actitud relativamente tolerante está ligada con usos y costumbres hospitalarios, con sentimientos democráticos, vivencias cristianas y el apego a la libertad de nuestro pueblo.

Los analistas suelen relacionar nuestra tolerancia con el *liberalismo a la tica*. En su antología sobre *El Pensamiento contemporáneo costarricense*, Eugenio Rodríguez inicia el prólogo con esta descripción: "Lo que convenientemente llamamos liberalismo costarricense es un amplio y vigoroso movimiento que se inicia antes de la Independencia y continúa vigente en nuestros días. De acuerdo con la evolución del país y con las características propias de nuestro desarrollo, los liberales de Costa Rica no se ajustan muy bien al tipo de los liberales de otras latitudes. Se caracterizan por la fe profunda en el derecho y en la educación, el optimismo sobre las posibilidades de un progreso indefinido, la defensa de las libertades políticas formales, la tolerancia por las ideas de los demás y una notable aptitud para ir asimilando los cambios sociales... Estos liberales lo son en el sentido muy costarricense del término: todos hombres de criterio amplio, algunos de actitud conservadora, otros sin muchos temores a los cambios sociales; unos sistemáticamente opuestos a la intervención del Estado en la vida económica, otros admitiéndola por razones de interés público; todos con una gran capacidad para asimilar las transformaciones inevitables."<sup>34</sup>

Al referirse a la Universidad de Santo Tomás, Rodrigo Facio expresa también el papel histórico de la mentalidad liberal del costarricense: "El liberalismo propiamente costarricense, afán espontáneo de

---

<sup>33</sup> GARRÓN DE DORYAN Victoria, *Joaquín García Monge*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1971, p.26.

<sup>34</sup> RODRÍGUEZ E.-TINOCO L.D., *El pensamiento contemporáneo costarricense*, San José, Ed. Costa Rica, 1980, p.9.

mejoramiento colectivo de las líneas de la igualdad, el respeto y la tolerancia, tendencia nacida en las propias entrañas de nuestro ser social, va forjando la nacionalidad, moldeando las instituciones, educando al pueblo. El liberalismo doctrinario europeo lo acompaña en su labor, a veces aclarándole el camino, a veces desviándolo del mismo con injustificados estallidos radicales. Pero, en todos los casos, la fuerza espiritual y social que mueve el país hacia adelante, es mucho más fuerte, mucho más honda, mucho más permanente que los idearios importados por seductores que éstos pudieran parecerles a las gentes." <sup>35</sup>

Después de efectuar una serie de entrevistas con los personajes políticos de mayor vigencia en ese momento (a mediados de los años setentas), Enrique Benavides destaca "el relativo consenso de los entrevistados acerca del liberalismo costarricense. En general piensan que el liberalismo está vivo en Costa Rica pero no como un dogma político, ni siquiera como una posición doctrinaria, sino como manera de ser del costarricense, como filosofía de su vida." <sup>36</sup> Sin embargo, la descripción más interesante de este liberalismo a la tica nos la ofrece en su entrevista Luis Alberto Monge cuando precisa que "toda nuestra política de antes y de ahora es de inspiración liberal. Hasta el partido comunista nuestro adopta básicamente una actitud liberal, porque dice defender nuestras libertades y nuestro régimen de derecho. Se dirá que esta actitud es puramente táctica, pero en todo caso existe y se manifiesta con hechos concretos. Es un liberalismo filosófico porque se mantiene en el orden de los valores políticos e individuales. La libertad, la tolerancia, el respeto a nuestro ámbito personal y privado, el derecho de disentir, todo esto es liberalismo y está muy arraigado como actitud nacional en Costa Rica. Un liberalismo muy costarricense, por lo demás, que difiere no sólo del europeo sino también del latinoamericano." <sup>37</sup>

A pesar de las influencias del liberalismo anglo-francés, nuestro sentido de la libertad política y de la tolerancia hacia las ideas opuestas presenta matices propios, con valor autóctono: el costarricense tiende a situarse en una línea media en sus decisiones individuales o políticas. Nuestra tolerancia rehuye los extremismos -por los que manifiesta temor, burla o franca hostilidad- y absorbe los valores y las formas de vida que puedan incrementar su propio desarrollo. Por eso, nuestros odios no culminan en furor destructivo, en fría venganza o en el crimen político.

La tolerancia se vuelve sobresaliente, en la vivencia histórica de los costarricenses, al convertir el país en un refugio permanente de los perseguidos políticos del área. Como indica Ricardo Jiménez, "los costarricenses hemos conservado y respetado también la tesis de que nuestra patria es tierra de asilo para los perseguidos de la política." <sup>38</sup> Una prueba de esta actitud se percibe en la manera abierta de recibir -según las circunstancias de la historia del siglo XX- a los partidarios y adversarios del sandinismo, a los partidarios y adversarios del allendismo, etc. Como señala Luis Barahona, "sería del todo imposible concebir un pueblo o conjunto de pueblos abiertos a una amplia inmigración sin una previa disposición para tolerar en su seno la presencia de formas de vida, de pensamiento, de sentimiento y de creencias disímiles." <sup>39</sup>

Nuestra tolerancia no es solo una actitud, sino una filosofía o visión del universo socialmente compartida: engloba nuestra cultura en un ambiente de dimensiones humanistas. "En el fondo de nuestra tolerancia -señala Barahona- hay toda una cosmovisión o enfoque global de la vida que nos permite interpretar la existencia como un equilibrio de tendencias sostenido por la prudencia sin excluir los cambios necesarios para el mejoramiento del hombre." <sup>40</sup>

La cosmovisión tolerante del costarricense se fundamenta en su limitado horizonte existencial: la contraposición -existente en la conciencia del tico- entre la inmensidad del universo y el deseo de disfrutar lo

---

<sup>35</sup> FACIO Rodrigo, *Obras históricas, políticas y poéticas*, San José, Ed. Costa Rica, 1982, pp.401-402.

<sup>36</sup> BENAVIDES Enrique, *Nuestro pensamiento político*, San José, Ed. Costa Rica, 1976, p.223.

<sup>37</sup> BENAVIDES Enrique, *Op. cit.*, pp.146-147.

<sup>38</sup> JIMÉNEZ OREAMUNO Ricardo, *Su pensamiento*, San José, Ed. Costa Rica, 1980, p.401.

<sup>39</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El ser hispanoamericano*, San José, EUNED, 2ª ed. ampliada, 1985, p.198.

<sup>40</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El gran incógnito*, San José, Ed. Costa Rica, 1975, p.200.

propio. Para el costarricense, cada persona tiene, a su manera, un pequeño lugar en la existencia: respeta porque necesita ser respetado. El tico es, relativamente, tan dinámico y celoso de lo propio, como respetuoso e indiferente de lo ajeno: reconoce un campo para todos, mientras no se ocupen -directa o indirectamente- de "lo mío". En estas condiciones, la cosmovisión tolerante del tico ¿tiene fuerza suficiente para asegurar la autenticidad patriótica? Es difícil. Nuestro talante patriótico debe enfrentarse con este problema central de una tolerancia no fundada en la solidaridad, sino en el individualismo: ¡Profundo desafío educativo! La educación respectiva es una necesidad social; pero el costarricense no la considera como una buena orientación existencial, sino como una simple y rentable adquisición.

El sentido de lo propio y la defensa de lo personal suscitan problemas en el costarricense: genera incoherencias en sus concepciones de fondo. Los hombres no desarrollan una visión profunda de la tolerancia, porque ven -con frecuencia- a sus mujeres y niños como parte de su propiedad: no como personas que requieren respeto. Este sentimiento dificulta el sentido de responsabilidad en asuntos no percibidos como "propios"; por ejemplo, en el cuidado de los equipos manejados por muchos trabajadores. No obstante, lo indiferente cambia de sentido -emotiva y prácticamente- para el costarricense cuando por las circunstancias se acerca a lo propio: esto explica su grandeza en la lucha de 1856.

Por su tono afectivo que granjea simpatías, nuestra tolerancia a lo ajeno es apreciada como positiva. Pero, al igual que cualquier otra realidad humana, es -al mismo tiempo- vía de crecimiento y amenaza de alienación: asimilar lo percibido como incremento del propio ser es una ventaja y un defecto. A pesar de sus aportes positivos, el amplio sentido de tolerancia humana de nuestro pueblo presenta serias dificultades para reducir a la unidad la abigarrada multiplicidad de su vivencia. Esto provoca inseguridad (los seres humanos tratan de ahogar sus penas en la distracción, en el licor o en la evasión del juego) y suscita una actitud pasiva, sumisa, de acatamientos sociales y políticos: la exuberante vitalidad del tico vive sus limitados horizontes existenciales -casi exclusivamente- de cara al presente.

#### **d. El individualismo**

En *Tres notas sobre el carácter costarricense*, Luis Barahona considera el individualismo como central en la explicación de la conducta moral, económica, social y política del costarricense. Sin embargo, ¿puede nuestra conducta ser catalogada de individualista con las connotaciones que esto implica? Yo no estoy muy seguro. Sin embargo, a falta de un término mejor (para señalar el apego del costarricense a una vida personal con alcances restringidos en su visión del universo) acepto el uso de este término tradicional. ¿Permite el concepto de individualismo analizar realmente el comportamiento del tico? Personalmente considero que ofrece pautas interpretativas interesantes: en la conducta del costarricense se presentan rasgos individualistas suficientemente significativos.

En el individualismo no entra el sentido de la solidaridad humana: solo los efectos personales son considerados como verdaderos y aceptables. De ello se deriva cierta incompreensión de los ideales éticos, menosprecio del autodominio e irresponsabilidad en la vida social y política. El individualismo se concreta en un débil sentimiento solidario con lo ajeno y en la indiferencia por el bienestar del prójimo: insensibilidad ante el desorden y extravío reinantes en la sociedad en la que se vive. Los rasgos individualistas provocan fácilmente pasión por el placer, el mando y la posesión: ¡difícil compromiso para la tolerancia del tico!

Nuestro pueblo usa el termino "personalista" para referirse al comportamiento individualista. Este uso me suele crear barreras comunicativas cuando empleo dicha denominación según la interpretación de Emmanuel Mounier. Este autor contrapone lo *personalista* (actitud responsable y solidaria) a lo *individualista* (actitud egocéntrica). Nuestro pueblo identifica ambos términos. Por eso, he tenido que adaptarme y hablar

más bien de *humanitario* (o "humanista" como suele decir nuestra gente) al referirme a una actitud respetuosa de las exigencias interpersonales más profundas.

Nuestros rasgos individualistas no eliminan una conducta social del costarricense bastante acogedora, afable, tolerante, de espíritu conciliador y modales sencillos. De esta manera, la vida nacional transcurre en un ambiente de paz y sosiego, donde cada cual vive encerrado en los asuntos propios (con gran indiferencia para los problemas del prójimo). El individualismo se autocomplace con la posesión y disfrute de las apariencias sociales, los bienes materiales y los placeres sensibles: su impulso vital asume la anarquía como norma de su voluntad existencial, sin promover los auténticos valores y derechos de una vida interpersonal auténtica. Según Luis Barahona, nuestro individualismo degenera fácilmente en cierto pragmatismo a lo tico: resolver los problemas sin mirar las implicaciones que puedan tener en los problemas del prójimo. Nuestras relaciones sociales normales son inconsistentes, con desconfianzas recíprocas, sin vínculos sólidos, ni compromisos fundados en el altruismo: la solidaridad social solo se manifiesta en casos de desastre o emergencia.

En estas condiciones, nuestra realidad política se expresa bajo forma de caudillismos que degeneran en paternalismo: el tico espera que el Estado -sin un compromiso responsable de los ciudadanos- resuelva todos los problemas y proporcione los medios necesarios a todo tipo de instituciones. En Costa Rica se generan así procesos electorales cargados de *figurones* (desprovistos de auténticos valores personales e inflados con el poder de fórmulas improvisadas), mientras nuestro conformismo propicia un ciudadano indiferente a los verdaderos problemas políticos del país. Esto fundamenta el funesto divorcio entre la palabra y la realidad, señalado por José Joaquín Trejos Fernández al analizar la política costarricense: "Hay una grave y perniciosa distancia entre lo que un político dice ahora en Costa Rica cuando está en el poder, y lo que hace desde ese alto cargo. Pareciera como si los costarricenses viviéramos dos órdenes de realidad diferentes una de otra, separadas, de manera que lo que ocurre en una, nada tiene que ver con lo que ocurre en otra. Dos realidades superpuestas que marchan cada cual por su rumbo. La realidad de lo que se dice, de lo que se proclama, de lo que se promete, y la realidad de lo que se hace." <sup>41</sup>

Sobre los cimientos del individualismo tico se ha forjado la dinámica de nuestra patria. Nuestro comportamiento se contrapone a la conducta, activa y creadora, requerida por la auténtica vida personal y la solidaridad social. No obstante, manifiesta una autoafirmación personal con cierto grado de valor moral y social: "El aislamiento -señala Luis Barahona- nos ha hecho ser lo que somos, con nuestros defectos y virtudes. Gracias a esta idiosincrasia nacional, forjada a lo largo de siglos de aislamiento y de pobreza, hoy podemos, por fin, sacar las manos y el cuerpo todo para tenderlos más allá de nuestras fronteras en busca de aquella fraternidad que aquí practicamos en forma ejemplar durante los siglos coloniales... Esta pobreza constituyó en mucho a forjar el carácter de nuestras gentes haciéndolas hurañas, individualistas, pero también de tendencias igualitarias y, por ello, democráticas y apegadas a la libertad política que se sigue de un régimen en el que todos aspiran a vivir de lo suyo." <sup>42</sup>

---

<sup>41</sup> BENAVIDES Enrique, *Nuestro pensamiento político*, San José, Ed. Costa Rica, 1976, p.66.

<sup>42</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Las ideas políticas en Costa Rica*, San José, M.E.P., s.f., pp.43-44.

## e. El quijotismo

En *Glosas del Quijote*, Luis Barahona interpreta el *quijotismo* como "ese estilo trágico de vivir una doble vida, o una vida que no logra su objeto por trastocar los fundamentos reales dados en este mundo, merced a la contemplación anticipada del otro mundo, o siquiera, de otro mundo cuyas leyes burlan con frecuencia ese rigor que ciñe y aprieta con forzosidad inapelable toda carne, todo ente corruptible. Nuestra historia es la historia de esta conducta rara, de este peregrinar entre dos mundos: el real y el ideal, con los pies descalzos, sangrantes y la mirada transfigurada, y, a las veces, desorbitada." <sup>43</sup> Pero don Quijote luchaba por sus ideales, y nosotros ¿qué? Aparentemente nos contentamos con hablar de ellos... En su análisis, Luis Barahona describe el trasfondo afectivo de nuestras costumbres mentales como una actitud ilusoria ante la realidad: "Ese tipo de quijotismo, pregonado por algunos como medida salvadora, -precisa- es la causa de la ignorancia en que por tantos siglos hemos vivido acerca de nuestro propio ser y valer, y por ello mismo, del atraso social y material que hoy por hoy nos abochorna y nos hace sentirnos con un complejo de inferioridad al lado de otros pueblos y de otras razas." <sup>44</sup>

El quijotismo tiene sus molinos de viento: hace que nuestro pueblo viva de espaldas a este mundo y lo inmole con frecuencia a su capricho. Esto se refleja, por ejemplo, en nuestras manifestaciones religiosas. Nuestra conducta religiosa hace teatro popular durante la Semana Santa, adorna las calles con ramos y flores durante las procesiones, efectúa peregrinaciones folclóricas ante la "Negrita" el 2 de agosto, etc. Pero los compromisos de acción (los requerimientos precisos de una religión fundada en una entrega existencial concreta) son muy deficientes.

En este sentido, Isaac Felipe Azofeifa muestra su dolor ante el narcisismo y la autocomplacencia vacía de nuestro pueblo: malgasto de su capacidad creadora. Su sensibilidad -abierta al don de ser y de crecer- no logra expresar su mejor destino en un pueblo astuto, pero trabajador sin constancia, buscador del provecho fácil de su esfuerzo con mutilación del sentido social de su existencia: "Somos un pueblo que sufre de pueril satisfacción de sí mismo. Su insularidad -hallazgo verbal de un joven escritor-, le pone a cubierto de deprimentes sentimientos de minusvalía. Por esto mismo tiene un goce ingenuo y generalmente un poco grosero, aldeano, del humor. No se hizo para él la cara trágica ni el discurso complejo de la vida, del mundo. Es optimista. Le gusta la anarquía, la informalidad, el desorden que confunde con la libertad. Por esto le carga el orden, la disciplina, la jerarquía. Cuando aparece uno de esos caracteres que ordenan, disciplinan, jerarquizan, lo admira, pero no lo imita. Por esto mismo confunde todos los valores o mejor, no le preocupa carecer de una escala de estos. Todo lo contrario, la mejor actitud es negarlos, decapitarlos con el choteo, con la risa mostrenca del resentido, del desconfiado, del tímido, del oscuro vengador de su propia incapacidad de grandeza." <sup>45</sup>

Luis Barahona presenta el quijotismo como una consecuencia del espíritu *fáustico* del latinoamericano: su acción queda supeditada al instinto y no a las ideas. Para este autor, la herencia del indio, la proclividad tropical y el arrebato lírico del español están en las bases de este comportamiento: las cosas se hacen por imperiosa necesidad o porque se tiene "ganas" de hacerlas; pero, en ausencia de estas razones, se mantiene un estado permanente de laxitud, de abandono, de inacción, que propicia fácilmente el abatimiento.

Desde una concepción dialéctica, el quijotismo no puede ser analizado aisladamente: se enlaza necesariamente con otras cualidades o defectos del costarricense. Al tener relación con sus rasgos

---

<sup>43</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Glosas del Quijote*, San José, Imprenta Tormo, 1953, p.46.

<sup>44</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Op. cit.*, p.47.

<sup>45</sup> AZOFEIFA Isaac Felipe, *La isla que somos*, en FERRERO Luis, *Ensayistas costarricenses*, San José, A. Lehmann, 2ª ed., 1972, pp.335-336.

individualistas, esta conducta se caracteriza por un romanticismo en la acción: su defensa de los principios es fantástica, individualista y carente de las reglas o preceptos del sentido de realidad. Este comportamiento genera -con frecuencia- el ensayismo, la repetición de concepciones importadas, la endeblez, la superficialidad, la ausencia de originalidad creativa y el dominio de la inspiración (o de la fantasía) sobre lo concreto y lo real en el pensamiento nacional. Esta deficiencia se pone en evidencia en la manera concreta de hablar del tico: fundada en una visión intuitiva, da la impresión de no tener ideas claras ni definidas, se expresa en oraciones mal elaboradas e imprecisas y recurre a la reiteración de los conceptos.

Nuestras dificultades para consolidar la patria provienen de un comportamiento y una vivencia patriótica sin sentido preciso de las implicaciones reales de los asuntos. La ausencia de inquietudes morales de la tendencia fáustica provoca su propio drama al enfrentarse con la concepción moral recibida de la herencia cristiana. De ahí surge la tendencia quijotesca: solución psicológica a los problemas éticos no asumidos en todo su rigor concreto (creer que se es como se dice ser). La patria del costarricense se constituye así en un ideal querido (el que despierta fácilmente la fidelidad afectiva). Pero la acción patriótica correspondiente es deficiente, salvo en aquellas raras excepciones en que la vida nos ha enfrentado con su dramática presencia y nos obliga forzosamente a escoger.

## **f. El legalismo**

Se suele hablar de tres tipos de seres humanos, según sea el aspecto fundamental que domina su conducta. El *de fuerza* -realista y cínico- posee un importante sentido de las necesidades vitales: expone constantemente su vida para exaltarla. El *de derecho* organiza conceptualmente las realidades. No concibe a la humanidad como fruto de la voluntad de poder, sino como expresión de la inteligencia: racionaliza los procedimientos para establecer reglas de conducta. Contrapuesto al ser humano de fuerza -amante del riesgo-, el de derecho admira la seguridad y, por consiguiente, la legalidad: prefiere la diplomacia a la guerra pues le parece más racional y humana. Finalmente, el *de amor* se dedica a grandes causas dominadas por aspectos más espirituales: cree en la reciprocidad, en la generosidad y en la abnegación como pautas de la realización personal. Se acerca en cierta medida al de fuerza, pues no teme al riesgo; pero su perspectiva es diferente. Mientras el ser humano de fuerza exalta continuamente su vida, el de amor se entrega con pasión al triunfo de los valores del espíritu humano, sin temer al sacrificio ni a la entrega. ¿Cuál de estas categorías permite explicar mejor el costarricense? En Costa Rica se cree que la segunda.

Una tipología sencilla -como la enunciada- resulta insinuada en la comprensión del carácter nacional, aunque sus conceptos sean *categorías ideales* (nunca plenamente realizados). Como en cualquier otro pueblo, los costarricenses tenemos algo de los seres humanos de fuerza, de derecho y de amor: sus cualidades son estructuras fundamentales de la realidad humana. El problema concreto es un asunto de énfasis: siempre hay un más y un menos. En la vida real, cada persona se acerca más a una de estas categorías, sin expresar cabalmente sus exigencias. Además, es necesario aclarar que el costarricense propiamente dicho no existe: existimos costarricenses concretos, cada uno con sus características personales. Sin embargo, a pesar de las variantes particulares, en un pueblo determinado encontramos siempre tendencias dominantes, que reflejan su idiosincrasia.

El costarricense típico difiere bastante del carácter de fuerza. Basta una comparación somera entre los habitantes de nuestra patria y los vecinos más inmediatos, para percibir la lejanía entre el tico y el polo de fuerza. Es evidente la contraposición entre el fuego vital de la conducta -casi biológica- del nicaragüense o del panameño y nuestra parsimonia y recelo, nuestra tolerancia y timidez. Ellos pelean en serio (véase su éxito y tradición en el boxeo), mientras el costarricense no lo hace, sino cuando se ve acorralado por las circunstancias. La actitud pacifista y el antimilitarismo del costarricense reflejan su idiosincrasia: la milicia es



fuerza y no razón. En comparación con nuestros vecinos, nuestras peleas -sobre todo en lo militar- parecen "de juguete". En vez de echar carbón a la hoguera, los costarricenses solemos intervenir para apaciguar los ánimos. Salvo en sus manifestaciones más "apachucadas" o en presencia del licor, el carácter nacional prefiere más bien el debate con palabras: La ironía y la capacidad oratoria de don Ricardo Jiménez ¿no ejemplarizaban, de forma sobresaliente, esta predisposición? El tico es básicamente un diplomático que promueve -con argucias astutas- la razón, sin imponer abiertamente la fuerza. Como indica Óscar Arias: "Los costarricenses creemos en la fuerza de la razón, y no en la razón de la fuerza."<sup>46</sup>

Los ticos nos acercamos bastante al hombre de derecho. Nuestro nivel de agresión directa ha sido relativamente bajo. Óscar Arias señala: "Los costarricenses hemos comprendido, desde los albores de nuestra historia republicana, que la capacidad de negociación, la tolerancia, el diálogo y el respeto a las ideas ajenas son la esencia de la democracia. Nuestro pueblo tradicionalmente ha preferido la negociación a la confrontación, el diálogo al insulto. Hemos aprendido que es mejor convencer que vencer."<sup>47</sup> Nuestro sentido de la paz, la asentada democracia formal de nuestras contiendas electorales, así como la manera característica según la cual nuestros grupos en disputa resuelven sus conflictos, son prueba evidente de esta apreciación. El costarricense -casi siempre- usa medios sutiles y camuflados para expresar su disgusto: ¿no podría caracterizarse la conducta típica del costarricense como *pasivo-agresiva*? Para concretar sus ataques, boicotea, ridiculiza, "chotea". Antes que golpear o maltratar físicamente a sus adversarios, prefiere -dicho en una expresión popular- "bajarles el piso".

Las personas acostumbradas a una estricta organización social -como los europeos y los norteamericanos- ponen fácilmente en duda los fundamentos del "legalismo tico" (por la espontaneidad y anarquismo del costarricense). No obstante, su interpretación suele reflejar sus propios prejuicios: una concepción demasiado rígida del derecho. El costarricense tiene una concepción más amplia: un tipo particular de jurisprudencia cultural acomodaticia. La cultura de nuestro pueblo (individualista, tolerante y fáustica) influye tanto en la definición de las leyes -reflejo de su quijotismo- como en la vivencia concreta de nuestro sistema jurídico. Esto le permite defender, sin arriesgarse, el sentido vital del latino: todo ha sido definido en cierta manera de antemano (en el papel de la ley).

El trasfondo legalista de nuestro país se expresa en un manejo muy particular de la situación jurídica: una anarquía institucionalizada en favor de lo propio. Luis Barahona señala que "el costarricense se somete mansamente a la ley cuando ésta se hace sentir, pero actúa como si no existiera cuando se trata de su propio provecho, es decir, en materia de negocios, de contratos y de herencias. También se acusa mucha arbitrariedad en el campo de las relaciones humanas cuando éstas vienen reguladas por reglamentos oficiales o particulares; en estos casos imperan los sentimientos de simpatía o el interés sobre las normas de justicia y equidad."<sup>48</sup> Las leyes se cumplen a la fuerza (cuando no hay más remedio) o se cumplen a medias (con el silencio calculado de la mayoría) según convenga al interés dominante. Esta arbitrariedad no es solamente una prerrogativa de los poderosos, sino un reflejo de la mentalidad nacional: cada cual cree que puede hacer lo que le venga en gana.

Si usáramos las palabras en sentido etimológico, ¿sería Costa Rica realmente una democracia (un pueblo que se gobierna)?; ¿no sería más bien una vistosa *demagogia* (un pueblo manejado)? Como señala Luis Barahona, "ya no se sabe quién manda ni qué es lo que se manda. Las leyes, los reglamentos, las disposiciones todas se discuten y se aplican según la casuística de estilo, según sea el jefe y la órbita de acción de cada Poder."<sup>49</sup> En Costa Rica la dominación social se ejerce, de manera sutil, por medio de la comunicación. Los grupos dominantes -fundamentalmente los políticos- usan trucos publicitarios en la

---

<sup>46</sup> ARIAS SÁNCHEZ Óscar, *El camino de la paz*, San José, Ed. Costa Rica, 1989, p.50.

<sup>47</sup> ARIAS SÁNCHEZ Óscar, *Op. cit.*, p.57.

<sup>48</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El gran incógnito*, San José, Ed. Costa Rica, 1975, pp.201-202.

<sup>49</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Anatomía patriótica*, Ciudad Univ. Rodrigo Facio, 1970, p.33.

promoción de sus intereses. Recuerdo la observación que me hiciera una vez Constantino Láscaris: "Costa Rica tiene la oligarquía más inteligente de América Latina, pues hace lo mismo que las otras sin necesidad de ejército."

Esta demagogia tiene sus valores intrínsecos: permite cierta libertad de pensamiento. Sin embargo, el ambiente de paz y sosiego político reinante en Costa Rica no suele generar un pensamiento realmente creativo: un pensamiento con ideas que se hacen. Por el contrario, en Costa Rica se suele manejar un pensamiento más repetitivo que generador, más apegado a la forma que al valor existencial de su trasfondo, más autocomplaciente en los lugares comunes que generador de innovaciones profundas: pensamiento ya hecho en otra parte. La creatividad del pensamiento tico se expresa mejor en las respuestas circunstanciales que en las concepciones estructurales: ¡la chispa de tico!

Para el costarricense, el marco jurídico es un punto de apoyo y referencia social: un mecanismo de seguridad psicológica. Pero su conducta se controla más por procedimientos culturales que por los mecanismos estrictos del derecho. Lo que se sale de lo permitido (y aun mucho de lo prohibido) es manejado por diversos sistemas de control más informal que formal: en la conducta práctica del costarricense, funciona más el choteo que las leyes, la crítica que el gendarme, la murmuración que la lógica, la amistad que el derecho.

Nuestra visión del escándalo es muy interesante al respecto: "En Costa Rica -según se dice- ningún escándalo dura más de ocho días." El mal ejemplo o la desvergüenza deben ser controlados: prolongarlos sería poner en duda las reglas mismas. Por eso, después de algunas críticas y justificaciones entremezcladas, el costarricense prefiere ignorarlos: los convierte en pasado. Luego de un ligero aspaviento, el tico enfoca la atención hacia otro punto; según la expresión popular, "se hace el de la vista gorda". De esta manera, la próxima vez habrá un antecedente más en la tolerancia social. Al negar psicológicamente el escándalo, el tico adquiere seguridad emocional y salva -en principio- la primacía de las leyes, mientras amplía -en la práctica- su jurisprudencia cultural. Sus pautas de tolerancia, combinadas con un celoso choteo, son una forma pasivo-agresiva de control cultural. En el fondo, el tico es un personaje tímido que usa el respeto a la ley como garantía de su timidez.

Como pueblo de derecho, Costa Rica no es nunca tierra de aventuras locas. El costarricense es relativamente conservador: los cambios bruscos lo desconciertan. Como la ley misma, la vida y la cultura costarricense cambian en forma evolutiva. Para ello, respeta siempre algunas normas de procedimiento, determinadas por su espíritu tolerante y su trasfondo individualista. Este actúa con sarcasmo incisivo, a veces con dejos no muy amigables, pero nunca directamente violentos.

Las vivencias del ser humano de amor sólo ofrecen ligeros destellos en la conducta del costarricense: la espiritualidad no es su cualidad sobresaliente. Aun en sus mejores momentos, el tico difícilmente va más allá (racional o emocionalmente) de su mundo cotidiano. Indudablemente, el tico es más espiritual que vital; pero, en él, ambas cualidades son bastante discretas. Por eso, Costa Rica ha sido un mundo de maestros, de ensayistas, de intelectuales, de literatos conceptuales o descriptivos. El caldero ardiente de poetas de escapes místicos y pasiones desenfundadas, de empresarios o generales osados y aventureros, le es relativamente ajeno.

En este escrito, para concretar el análisis de nuestra idiosincrasia, se escogieron solamente cinco características del costarricense. ¿Qué pasa con las otras características del tico? Aparentemente no parecen aportar datos significativos que modifiquen en lo sustancial el panorama señalado. Veamos, a título de ejemplo, dos señalamientos de relativa importancia.

En *Abel y Caín en el ser histórico de la nación costarricense*, Abelardo Bonilla ofrece -con elegancia de literato- una descripción de nuestro carácter con base en una interesante dicotomía: los aspectos positivos representados por Abel y los negativos por Caín. Entre los asuntos positivos, defiende ciertas consecuencias del individualismo (nos libra del gregarismo socialista y de la abstracción de las ideas generales) y el sentido

patriarcal y pastoril de nuestro pueblo. Como defectos destaca asuntos ligados de alguna manera con el individualismo: la indiferencia, la envidia, la murmuración despiadada, la ausencia de autoevaluación, el afán inmoderado de riqueza material. Al analizar los dos espectáculos predilectos del costarricense (la política y el fútbol), se apoya también en el individualismo: "La política, no en su significación superior sino en su carácter circense, es -como el fútbol, como los juegos de gallos, los toros o el cine- una forma de catarsis de la presión histórica y actual a que está sometido el yo en su aislamiento y es en ella, o en menor escala en las canchas de fútbol, donde se concreta la única emoción colectiva y superficial de los costarricenses." <sup>50</sup> ¿No le faltó acaso agregar el papel también circense de nuestro culto religioso?...

Por su parte, Luis Barahona precisa algunas fallas y aspectos positivos de nuestra patria y de "nuestra idiosincrasia criolla, tímida, conformista, resignada, gruñona, pero liberal, cristiana y respetuosa del pensamiento y del derecho ajeno." <sup>51</sup> Para él, "son muchas las notas y matices que contribuyen a completar las líneas características del costarricense; así podríamos hablar de su sentido del humor, del chiste, en su doble forma popular y culta; de su alegría algo recatada que culmina en el *guipipía* campesino, tan celebrado en otros tiempos por la musa de Aquileo; el aprecio por la cultura que se nota en el desarrollo de la enseñanza en todos los planos; la religiosidad, un poco debilitada en los últimos tiempos, pero que se manifiesta en las situaciones límites con toda autenticidad y en formas un tanto sensuales en las funciones del culto y en los homenajes que se tributan anualmente a la *Negruta* y en épocas de congoja nacional. Pero también hay que agregar, por más que duela, nuestra falta de coraje para las empresas riesgosas, el creciente espíritu de lucro, el sensualismo erótico que estimula la prostitución en forma creciente, el alcoholismo, fomentado desde la altura por el Estado y promovido en forma inmoral por la propaganda, el contrabando, el robo y el chantaje, así como mil formas de burlar las leyes fiscales del país." <sup>52</sup> No obstante, ha sido el mismo Luis Barahona quien ha resumido esta riqueza de matices en unas pocas características.

Solo los años de vida entre costarricenses dan una comprensión cabal de nuestro carácter. Sin embargo, un camino discreto para conocernos mejor, para darnos a conocer y para tomar conciencia de lo propio, es la honesta comparación con lo ajeno. Al recorrer el mundo y ver otros pueblos, uno se percata de la originalidad del costarricense: *originalidad* no es genialidad, sino, simplemente, una manera propia de ser, con sus vicios y sus virtudes. Desgraciadamente, por vanidad, ensalzamos nuestras pequeñas virtudes al destacar los defectos contrapuestos en los otros, sin asumir el compromiso de captar y superar nuestros defectos.

## **g. Del concho al pachuco**

La tesis central de este apartado es la evolución en el carácter costarricense de una estructura concha, tradicional, a una constitución reciente, con características esencialmente pachucas: afirmación para muchos molesta. El término de *pachuco* no refiere aquí a un habla popular diferente de la corrección formal del lenguaje tradicional. Según nuestra interpretación, el término asume una visión más sociológica: dimensión cultural y psicológica más global que lo puramente lingüístico.

La mejor descripción académica del sentido exacto del concho no se encuentra en las páginas de los literatos -Aquileo, Magón, etc.-, sino en las reflexiones de un filósofo como Constantino Láscaris. En *El Costarricense*, este asienta en el *enmontañamiento* (aislamiento respecto al mundo exterior y, en la vida cotidiana, de un valle al otro) las bases de nuestra idiosincrasia: "Costa Rica es el resultado de la penetración

---

<sup>50</sup> BONILLA Abelardo, *Abel y Caín en el ser histórico de la nación costarricense*, en FERRERO Luis, *Ensayistas costarricenses*, San José, A. Lehmann, 2ª ed., 1972, p.285.

<sup>51</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Anatomía patriótica*, Ciudad Univ. Rodrigo Facio, 1970 p. 10.

<sup>52</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El gran incógnito*, San José, Ed. Costa Rica, 1975, p.205.

no planificada, inorgánica, de los costarricenses en la montaña." <sup>53</sup> Según Láscaris, al abrir brecha en la selva, el hombre que se enmontaña es taciturno, pacífico, desconfiado ante los desconocidos, tímido, respetuoso de la vida y capaz de valorar a los otros seres humanos por cómo se conducen (no por convenciones o actos formales). El concho -el campesino enmontañado- posee así la sencillez de lo cotidiano de su vida campesina.

Para Láscaris, en la convivencia social del enmontañado, la *pulpería* adquiere un papel esencial: "Toda la historia de Costa Rica, la historia auténtica, la historia de la vida cotidiana de los hombres concretos, se ha centrado en la pulpería. Ha sido la pulpería el único lazo de contacto entre los costarricenses enmontañados en sus valles de montaña, el único lugar de aprovisionamiento y de relaciones sociales." <sup>54</sup> La pulpería es precursora de nuestras aldeas: los pueblos propiamente dichos. Estos adquieren progresivamente un papel central en la interrelación de los enmontañados, bajo forma de una vida campesina denominada -según la tradición- como concha.

Nuestros pueblos típicos tenían una plaza de fútbol -enfrente de una iglesia que miraba hacia el poniente- alrededor de la cual se ubicaban sus centros vitales: algunas pulperías, una escuela, un local político (sede de las oficinas municipales, del policía o del jefe político, según las circunstancias) y algunas casas ligadas a los gamonales, los comerciantes, el maestro, el sacerdote y los vecinos un poco más adinerados. El pueblo vivía de facilitar una convivencia social a los enmontañados. Cada núcleo desempeñaba una función particular en el intercambio social: religiosa, recreativa, comercial, financiera, cultural, etc.

Sobre este trasfondo nació la *patria del concho*. El contacto vital con la naturaleza, la soledad y la vida ligada a realidades menos cosmopolitas, determinaban el carácter particular de nuestros auténticos campesinos. Carácter pintado con matices poéticos por nuestros pintores, escultores y literatos, mientras es descrito -quizá con mayor realismo- en *El gran incógnito*, de Luis Barahona (1953). Este libro contrastaba sus observaciones de nuestra realidad nacional con la imagen de nuestros conchos dada por Aquileo y Magón.

La evolución histórica cambia las circunstancias y características de la realidad patriótica. Para comprender este cambio, resulta muy interesante la dicotomía existencial planteada por Abelardo Bonilla. En *Abel y Caín en el ser histórico de la nación costarricense*, analiza como expresiones del ser costarricense el perfil psicológico de Abel (carácter propio de un campesino soñador, poco afanoso) y el de Caín (temperamento de un hombre de acción, dominado por la envidia, que funda la ciudad de Henoch después de matar a su hermano). Así sostiene que "ciudad y campo, entonces como hoy, no son únicamente dos planos de coexistencia sino dos distintas concepciones de la vida que tienen una base histórica y que además, determinan la estructura de una nación." <sup>55</sup> En contraposición con la simplicidad y la tradición moral del concho, el pachuco -caracterizado por Caín- es una persona más luchadora y envidiosa, con menores escrúpulos morales para conseguir sus objetivos.

Ante la ausencia de tierras para cultivar o de incentivos para permanecer en el campo, el campesino emigra a recintos semiurbanos -los que pretenden ser *ciudades*- en busca de mejores horizontes. Una observación de Constantino Láscaris refleja esta situación cuando señala que, en nuestro país, "todo núcleo urbano es llamado ciudad, de hecho; y de derecho en cuanto se puede... Sólo hay dos polos: montaña y ciudad." <sup>56</sup> Uno de los síntomas más evidentes de la urbanización del campesinado -desesperada búsqueda de un status de ciudad- se manifiesta cuando los pueblos quiebran su estructura tradicional y convierten su plaza de fútbol en un parque (el que pierde la función integradora de la plaza y señala la disgregación de la comunidad por barrios).

---

<sup>53</sup> LÁSCARIS Constantino, *El costarricense*, San José, Educa, 1975, p.57.

<sup>54</sup> LÁSCARIS Constantino, *Op. cit.*, p.57.

<sup>55</sup> BONILLA Abelardo, *Op. cit.*, pp.280-281

<sup>56</sup> LÁSCARIS Constantino, *Op. cit.*, p.67.

Láscaris caracteriza el enmontañamiento por su penetración no planificada e inorgánica en la montaña. De la misma manera, nuestra *única* ciudad -la gran área metropolitana- surge históricamente de la integración también inorgánica y no planificada de pequeños pueblos: San José, San Pedro, Heredia, Tibás, Alajuela, Escazú, Cartago, Desamparados, Guadalupe, etc. Por eso, nuestra ciudad y nuestros pueblos en crecimiento generan un campesinado apachucado; este esconde sus rústicas raíces de enmontañado -con actitudes desconcertadas- ante los desafíos de la ciudad. ¿Acaso nuestra capital no era, todavía hasta hace poco tiempo, una pequeña aldea? ¿No podría, entonces, interpretarse el contacto de los josefinos con las ciudades del mundo como un fenómeno de la urbanización de nuestros conchos?

De esta manera, con el correr del tiempo, se establece la contraposición histórica entre la patria del concho y la patria del pachuco. Nuestros campesinos se arriman a la vida urbana con una actitud esperanzada, pero temerosa: fuente evidente de envidia y desconfianza. La autosuficiencia aparente del pachuco no elimina el peso de su autodefensa ante el desafío de la vida en la ciudad: bagaje cultural del campesino que lleva por dentro. Sus deseos de superación económica generan desplantes más o menos agresivos: ¡actitud de animal acorralado! Aunque expresa, de alguna manera, sus raíces campesinas, -en su conducta y actitudes-, el pachuco reacciona en su contra: las mira con un desprecio enfermizo. Esto se refleja, por ejemplo, en las connotaciones del habla pachuca cuando denomina al campesino como "poloncho", "maicero", "moncho", etc.

El estilo pachuco de vida se constituye cada vez más en el elemento dominante -tanto en lo rural como en lo urbano- de nuestro ambiente nacional: las características del concho sólo se mantienen en pequeños ámbitos (ubicados principalmente fuera del Valle Central). El agro no escapa del ambiente pachuco. Aunque no precisa con claridad el paso del concho al pachuco, Luis Barahona señala: "Nuestro campesino se ha urbanizado porque se le ha despojado de su tierra, matando en su alma el amor a ella, a la tradición, tomando de la ciudad, para su desgracia, no lo que la hace centro elevado de civilización y cultura, sino lo que la rebaja y convierte en pestilencia digna del fuego celeste. De aquí que nuestra aldea tienda a ser un simple remedo de la ciudad."<sup>57</sup> Por necesidades de adecuarse a las expectativas de un mercado predominantemente pachuco, los medios de comunicación social asumen también este estilo de vida: a veces, con sutileza y mayor refinamiento; otras veces, con simpleza y descaro. Por el desarrollo de los medios técnicos, los mensajes comunicativos -nacidos en la ciudad- se perciben en el campo. Además, gracias a contactos humanos preexistentes (sobre todo familiares), los emigrantes campesinos proyectan hacia el campo su nuevo estilo de vida: mecanismo psicológico de autojustificación.

Los aspectos negativos -atribuidos por los analistas al costarricense- corresponden con mayor claridad a la problemática interna del pachuco: imitador y emulador de lo extranjero, dominado por un creciente espíritu de lucro, esclavo del sensualismo erótico que estimula la prostitución, indiferente ante los intereses de la comunidad, frío frente a los problemas públicos, proclive al contrabando y al robo, carente de escrúpulos ante el chantaje y la burla de las leyes fiscales, etc. ¿Acaso no tiene todo esto un profundo sabor pachuco?

El pachuco es un concho más dinámico, pero menos sensato; más imperioso, pero menos auténtico. Su espíritu emprendedor enfrenta con osadía los desafíos de la vida urbana. Sin embargo, también desvaloriza las costumbres tradicionales por un agrietamiento moral del alma concha: fenómeno intensificado por la influencia de los medios de comunicación colectiva y por la obsesión del goce de la utilidad material directa. Esta situación es un terreno fértil para la falta de ideales constructivos en la vida: el utilitarismo, el libertinaje, la usura, la ausencia de honradez en los contratos, la sensualidad, la futilidad y sobrevaloración de las apariencias florecen fácilmente.

Al referirse, en *El gran incógnito*, a la urbanización de los gamonales, Luis Barahona destaca algunos problemas generales afrontados por toda migración campesina: "Los usos, las costumbres de la ciudad chocan

---

<sup>57</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El gran incógnito*, San José, Ed. Costa Rica, 1975, pp.113-114.

con la libertad y llaneza del campo; el descuido en el vestir y el comer no se toleran impunemente en el salón aristocrático, y todos los demás conceptos ancestrales sobre la vida y el mundo experimentan una fuerte sacudida que no tolera el alma sencilla sin la gracia del vicio, de la pasión desenfadada, de la misma ignorancia que no logra penetrar la delgada capa de seriedad o hipócrita filosofía con que se justifica la superficialidad del gran mundo. A la postre el gamonal pierde las virtudes heredadas; su criterio evoluciona hacia el concepto más positivista de la vida, donde la libertad se limita a escoger la mayor cantidad de bienes posibles con el menor trabajo; es decir, está a un paso del libertinaje y a mucha distancia de la sobriedad tradicional de nuestros mayores." <sup>58</sup> Esta mentalidad se expresa en la mayoría de los emigrantes, con independencia de su condición social o económica. Como compensación de las limitaciones del campesino, se establece una copia ridícula de las modas, modos de hablar, superficialidad y mayor diferenciación social de la vida urbana: características que marcan la urbanización apachucada de campesinos condenados a vivir dependiendo de gamonales. ¿No es acaso cierto que nuestros nuevos gamonales son las transnacionales que nos ven, por sobre los hombros, como seres inferiores?

En contraposición con el sistema de vida de nuestros antepasados, el pachuco demuestra su debilidad en forma de una conducta fanfarrona, mordaz, usurpadora, vilipendiosa, holgazana, versátil, impostora, turbada, ansiosa por destacarse, chabacana, impositiva, obsesionada de riqueza fácil, exigente de comodidades, acaparadora, vengativa, atenta al goce material, incapaz de afrontar la vida con nobleza y desprendimiento. El pachuco no espera recibir dádivas: arrebata las cosas con astucia o aun con violencia. No se preocupa de producir con base en lo propio: plagia con descaro lo ajeno, utiliza a las personas para sacar algún provecho y menosprecia lo que no le es útil. Al consolidarse la mentalidad pachuca, se pierden los valores culturales tradicionales de la época del concho. Para el pachuco, las "concherías" son solo un espectáculo: simulacros de las raíces de los "labriegos sencillos" cantados por la letra de nuestro himno nacional. Pero al usar el habla grosera, el doble sentido y la guasa pesada, ¿no deterioran esas manifestaciones apachucadas, el ingenio, la picardía y el auténtico sentido histórico del concho?

A pesar de las diferencias económicas, el trasfondo psicológico y cultural de lo señalado por Luis Barahona (con respecto al grupo privilegiado de los gamonales) es prácticamente el mismo en el caso de cualquier emigrante campesino: se aplica *-mutatis mutandis-* a los habitantes de las zonas marginales de la ciudad y, aun, a ciertos jornaleros del campo. Para el gamonal modernizado, "las costumbres son las que acentúan en él las variantes que le diferencian del gamonal neto. Ya no pasa su vida apegado a la rutina aldeana; anda a la caza de los placeres variados que proporciona el dinero. Frecuenta los clubes donde puede codearse con los señores y señoras de capirote. Gasta el lujo de viajar en carros de último estilo; no pocas veces desprecia a la mujer propia, la buena esposa que vive allá en el pueblo dedicada a los honestos quehaceres del hogar, por la frívola dama de salón, gastadora y casquivana que exige enormes sumas de dinero por conservar su reputación entres sedas y perfumes, bailes y reuniones sociales." <sup>59</sup>

La mentalidad pachuca es fruto de la relación dialéctica entre el campo y la ciudad. El estilo de vida de la ciudad marca y deforma la tradición: vivencia pragmática dedicada a asuntos aparentes, supuestamente apremiantes. Ya no se establecen diferencias marcadas entre el campo y la ciudad (por lo menos en el Valle Central): por todas partes se ven las mismas costumbres, las mismas relaciones sociales, la misma mentalidad pragmatista, la misma ausencia de dimensiones espirituales, el mismo ambiente social. En Costa Rica, la ciudad sabe a campo, y el campo a ciudad.

El estilo de vida pachuco no es propiamente urbano, sino una modalidad de conducta *semiurbana*, consolidada entre los emigrantes de los barrios marginales. El pachuco no es el *gamberro*, cuyo desenfreno de conducta le molesta e inquieta. El *gamberro* es habitante de la ciudad frustrado de sus oportunidades

---

<sup>58</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Op. cit.*, pp.33-34.

<sup>59</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Op. cit.*, pp.27-28.

internas. Nuestra ciudad capital (la gran área metropolitana) es todavía predominantemente pachuca: su violencia es más efecto de excitaciones pasionales que reflejo de un estilo de vida. Su espíritu se muestra en una anécdota popular, atribuida a un delincuente pachuco: "Yo soy honesto: robo, pero no mato."

Sin embargo, con el crecimiento de la gran área metropolitana, la situación gamberra comienza a aparecer -poco a poco- en nuestro país: prueba de ello son los llamados *chapulines* (nombre tomado de los ortópteros, saltamontes masticadores, que devoran las hojas y flores de las plantas). Estos jóvenes asaltan a mano armada, con descaro e irrespeto por la condición humana de sus víctimas. Ante la conciencia pública de los pachucos, su violencia abierta resulta molesta. ¡Dios quiera que no caigamos en el drama de la consolidación de estas conductas depredadoras! Si esto sucediere, nos convertiríamos en una nación sin patria verdadera... Pero el alma pachuca difícilmente toma conciencia de los daños que también ocasiona su propio estilo de vida. Al usar una comparación similar, podemos decir que los pachucos no son chapulines, sino *jobotos* (coleópteros cuyas larvas cercenan las raíces del sistema).

La patria del tico -entidad por construir- debe aprovechar el aporte valioso de las patrias del concho y del pachuco: necesidad de recuperar los principales valores y vivencias -de ambas modalidades- en una opción sintética, con mayor coherencia y solidez. La patria del tico no es propiamente una realidad, sino un reto y un desafío de todos los costarricenses. Presupone la subsistencia del costarricense de siempre como un fundamento caracterial (expresado, de maneras diferentes, en el concho o el pachuco): estructura de carácter con rasgos particulares -relativamente consolidados- que deben promoverse. En este sentido, la patria del tico está por hacerse.

## 4. EL TALANTE PATRIÓTICO

*"En donde haya un grupo de hombres  
que trabajen con liberal espíritu  
para darle realidad  
a las aspiraciones superiores del mundo,  
allí hay una patria  
en donde pueden plantar su tienda  
y sentirse tranquilos  
todos los hombres de la tierra.  
La patria no puede ser otra cosa  
que centro de civilización  
y la civilización  
es la virtud del mundo."*

*RÓMULO TOVAR,  
Exhortación Patriótica.<sup>60</sup>*

En apariencia, idiosincrasia y talante patriótico son casi lo mismo. No obstante, dichos términos presentan diferencias significativas. *Idiosincrasia* es la índole del carácter de un pueblo. Precisa el rastro que dejan en el alma de sus habitantes, las cosas vividas, conocidas y sentidas: determina un modo peculiar y privativo de ser (distinguiendo las personas de los demás). *Talante* refiere propiamente al modo de ejecutar las cosas. Implica intencionalidad, disposición, estados o calidades dependientes moralmente de la voluntad, deseo o gusto de los seres humanos. El carácter refleja condiciones preexistentes (las que dependen básicamente del peso de lo acontecido). Por el contrario, el talante se fundamenta en la manera cómo el ser humano proyecta responsablemente su acción hacia el porvenir. Por tales motivos, el carácter o la idiosincrasia son asuntos principalmente psicológicos, en tanto que el talante es una realidad fundamentalmente moral.

La patria se fundamenta en la exigencia de conservar lo mejor del patrimonio común y de impulsar sus altos valores. Las raíces de la patria se ubican en aspectos fundamentales del quehacer humano, a saber, la vida afectiva, el tipo de inteligencia, las inquietudes estéticas, la idiosincrasia política, la vivencia religiosa, las condiciones ambientales: el ethos propio. Como realidad moral (fidelidad a una idea de bien, es decir, a una escala de valores) el talante patriótico se funda en el esfuerzo consciente por superar los defectos y debilidades internas de la convivencia humana. En este sentido, Rómulo Tovar demanda: "Hagamos de todo esto un nuevo espíritu nacional y tengamos así una patria no para vivir de egoísmos, no para sacrificarnos en aras de intereses falsos e infecundos. Hagamos una patria para los ideales civilizadores de la tierra, para comprender y amar lo que todos los hombres hacen dignamente por el bien de la vida."<sup>61</sup>

En este capítulo, se estructura una propuesta valorativa en una secuencia que expresa grados de interrelación: *el humanismo, la moral, el valor del tiempo, la autenticidad, el desarrollo, la solidaridad, la*

---

<sup>60</sup> TOVAR Rómulo, *Exhortación patriótica*, en RODRÍGUEZ E.-TINOCO D., *El pensamiento contemporáneo costarricense*, San José, Ed. Costa Rica, 1980, p.92.

<sup>61</sup> TOVAR Rómulo, *Exhortación patriótica*, en FERRERO Luis, *Ensayistas costarricenses*, San José, Lehmann, 2º ed.,1972, p.159.



*paz, la democracia y la educación*. El talante patriótico consiste en la vivencia responsable de los valores que orientan la conducta social de los ciudadanos: inculcación y promoción del auténtico desarrollo patriótico.<sup>62</sup>

### **a. El humanismo**

Entender el sentido del humanismo no es fácil: la gran tentación es anunciar mundos ideales (usados como instrumento de crítica, de denuncia y de rechazo) sin una visión precisa de las reales condiciones de factibilidad, ni del desarrollo de las habilidades necesarias para su ejecución. Con frecuencia, estas interpretaciones son de corte maniqueísta: truco que recubre los propios defectos. Un humanismo escueto, centrado en la condena de situaciones que atentan contra derechos y deberes esenciales de las personas humanas, es insuficiente. ¿Acaso la lucha humanista es una cuestión de críticas o recetas? Por el contrario, es un asunto de acciones y criterios.

El talante patriótico se fundamenta en una adecuada concepción del ser humano. Pero, en los asuntos humanos, no existen nunca soluciones automáticas, sino desafíos existenciales: respuestas que exigen criterios sólidos y manejo prudente de las circunstancias. Los problemas del humanismo requieren fundamentos valorativos capaces de orientar el compromiso patriótico (no respuestas estereotipadas). Hace unos veinticinco años, inspirado por Mounier yo hablaba de una respuesta *personalista y comunitaria* al desequilibrio político, económico y cultural del país. Para interpretaciones rígidas y lineares, esta síntesis sutil de dos calificativos humanos aparentemente contrapuestos parece absurda. Sin embargo, en su estructura dialéctica estriba la riqueza humanista de este pensamiento cuando se le aplica a la realidad patriótica.

Las realidades profundamente humanas no son nunca fenómenos puramente personales, ni mecanismos exclusivamente sociales: se sitúan siempre en el cruce dinámico entre ambos polos. La patria es, al mismo tiempo, un fenómeno personal y una realidad de la comunidad nacional: con sus requerimientos y condicionamientos, sus limitaciones y sus capacidades. Por eso, una visión inteligente debe buscar un equilibrio entre los aspectos personales y sociales implicados en la patria: exige establecer el humanismo sobre la base de un adecuado balance entre sus demandas y responsabilidades recíprocas.

El humanismo no es nunca una realidad objetiva en sentido plenario. Por el contrario, es un significativo ideal que demanda el perfeccionamiento humano: en el que todos debemos poner nuestra parte ¡y Dios la suya! Orientar la patria concreta sobre fundamentos humanistas requiere algo más que una posición en términos de principios generales. Cada ser humano, cada convivencia entre personas, es una mezcla imperfecta de aspectos positivos y negativos entremezclados: ni la estructura social, ni el ser humano, son intrínsecamente buenos; ni tampoco radicalmente malos. En realidad, los humanos somos siempre una mezcla volátil de generosidad y egoísmo: somos capaces tanto de dádiva y entrega, como de agresividad y violencia.

La práctica responsable del quehacer patriótico requiere un pensamiento humanista realmente actuante. La intención patriótica debe orientar la acción de la comunidad según las aspiraciones más profundas del ser humano. Pero las exigencias de la dignidad y responsabilidad humanas deben interpretarse desde las demandas específicas de las situaciones concretas del quehacer patriótico (cuya realidad concreta la construyen hombres y mujeres de carne y hueso). Por eso, la acción patriótica demanda una desconfianza prudente, ligada a una también prudente confianza, en las concepciones, la inteligencia y la buena voluntad de los seres humanos. ¡Tal es el drama del humanismo en la vivencia de la patria! Nuestro pensamiento es una

---

<sup>62</sup> Véase la problemática señalada está en el capítulo III, *Valores en la educación costarricense*, (pp.37-57) de PÉREZ Humberto, *Educación y desarrollo*, San José. Costa Rica, 1971.

encrucijada de cordura y de loquera: ¿no es acaso el olvido de esta realidad lo que provoca serios errores en las interpretaciones del humanismo?

En toda acción o pensamiento patriótico, subyacen ideales de vida que dan sentido a la acción de los seres humanos: una sólida orientación humanista debe ser capaz de aportar su dinamismo y entusiasmo en la construcción de una patria libre y culta, donde todos podamos vivir y morir con respeto y dignidad. Sin embargo, para que una sólida concepción valorativa pueda fundamentar la realidad humana de lo patriótico y evitar tergiversaciones, el talante necesita propiciar una reflexión profunda sobre sus fundamentos e implicaciones. Esto supone una axiología surgida de la constatación de los éxitos y errores históricos.

La verdadera filosofía humanista de la praxis patriótica es una explicitación racional de las diversas realidades y funciones del quehacer social específico (no es un ritual académico). Aunque se enriquece con los aportes de pensadores académicos, el pensamiento patriótico no es un distintivo de la academia. La teoría académica tiene dificultades en la comprensión de los alcances humanos, de los fundamentos axiológicos y de las modalidades operativas de la acción patriótica: aunque la intención de la academia es captar la globalidad del universo, la mayoría de sus pensadores no enfrenta la necesidad de responder a desafíos existenciales concretos. Por ello, muchas veces la actuación de las personas sencillas comprende mejor el sentido concreto de las exigencias humanistas. No obstante, cuando la inteligencia busca honestamente lo mejor para la humanidad, la academia puede iluminar los claroscuros de la intuición corriente y corregir algunas de sus predeterminaciones culturales.

La acción patriótica debe buscar la realización de las raíces humanistas de sus valores. Su compromiso es con los fundamentos del humanismo: el valor de la vida, el respeto a la dignidad de la persona humana, la libertad, el bien común, la justicia social, la participación responsable, el pluralismo, el desarrollo integral, la democracia participativa, la honestidad, la solidaridad, el trabajo, la paz, etc. Pero la realización de estos fundamentos es un asunto moral. Por eso, el humanismo que no desemboque en una acción moral acorde con sus principios no es auténtico humanismo.

## **b. La moral**

El pensamiento humanista está en la base de la moral patriótica, cuya problemática gira alrededor de lo que significa ser humano. La conducta moral es una acción voluntaria, la que se expresa en fidelidad a un ideal de vida: un deber-ser en el que el bien es la plenitud de lo humano y el mal su deterioro. La moral es la manifestación más genuina de la acción consciente y responsable de la persona humana; la que liga intrínsecamente la conciencia en condiciones de obligatoriedad: conjunto de prescripciones orientadas a la realización del bien. La auténtica conducta moral adquiere su sentido existencial más profundo por su compromiso de acción con respecto a sus fundamentos humanitarios: su problema esencial es obtener la perfección de lo humano en la convivencia social.

El auténtico patriotismo no comporta una visión monolítica de lo moral, sino un punto de encuentro y diálogo entre diversas interpretaciones (todas ellas fundadas en valores humanistas). La rica tradición de un pueblo marca derroteros morales, sin dar soluciones concretas a los problemas cotidianos del quehacer patriótico: su inspiración humanista no aporta pautas rígidas de conducta moral, sino solo criterios. Esto condiciona una dimensión pluralista en la promoción de los valores patrióticos. En efecto, las demandas morales son importantes; pero absolutizadas resultan simplistas, divisivas, obsesionadas y perseguidoras de quienes no comparten sus convicciones: ¿acaso no es la relatividad del conocimiento humano la que determina el drama y riesgo existencial de lo moral?

El sentido patriótico demanda una moral inspirada en sólidos ideales. Ni la evasión, ni el cinismo morales son soluciones aceptables en el quehacer patriótico: cada persona tiene que decidir sus pautas de

orientación precisas en función de jerarquías de valores. Esta es una conquista nunca concluida, propia de seres humanos adultos en crecimiento y maduración, en un compromiso responsable con su vida y su sociedad. Por eso, el patriota tiene que ser una persona de sólidas convicciones morales, dispuesta a realizar grandes objetivos (aun en contra de sus intereses personales).

El quehacer patriótico requiere una conducta seria, responsable y comprometida: su fundamentación moral es esencial en la selección de las metas y objetivos de su acción. Al no afrontar las causas morales de nuestros males, se propicia el caos: bajo pretexto de no desintegrar la patria y el ser costarricense, nuestros defectos se pueden constituir en un falso "patrimonio histórico" (los valores, tesoros y virtudes de nuestra nacionalidad se convierten en medios para preservar como inmutables nuestras deficiencias). Por tal razón, la moral debe regir la escogencia de modelos operativos y de conductas específicas. Pero nadie que haya llegado a la altura del vivir moral querrá actuar sin la certidumbre de ir por el buen camino: ¿cuáles son los valores centrales de la moral patriótica y cuáles sus implicaciones sociales?

El problema ético del patriotismo se genera porque ningún planteamiento moral abarca todas las exigencias concretas de la existencia humana. De ahí las dificultades de escogencia en la práctica efectiva del quehacer patriótico. En su diario vivir, el ser humano no escoge nunca entre el bien o el mal absolutos, sino entre alternativas concretas, con diversos grados de bondad y maldad entremezclados. Las decisiones morales implican siempre un riesgo (el que refleja la osadía existencial de la persona dispuesta a asumir posiciones comprometidas y comprometedoras). Pero ¿no es esto acaso un auténtico problema ético? Ciertamente. La ética se encarga de establecer y justificar las normas y conductas morales en función de valores, razones o circunstancias apropiadas.

El quehacer patriótico implica un conjunto integral de exigencias morales vividas con profundo sentido de realidad. La conciencia patriótica debe enfrentar cada día el desafío de precisar su inspiración moral ante las variaciones y sorpresas del acontecer vertiginoso e intrincado del mundo actual. Hay que saber pensar, repensar, evaluar y manejar éticamente la praxis patriótica: para ser eficaz, la moral debe ser una realidad concreta e interpretar los valores en función de las circunstancias. El sentido de la oportunidad es esencial. El ser humano tiene que justificar por qué interpreta las ideas de bien en un sentido concreto: ver y evaluar las cosas como son y no solo como quisiera que fuesen.

En cualquier acción humana, los fines determinan por qué y para qué hay que organizar los medios: problema esencial de su fundamentación. En ella se vuelven esenciales los factores axiológicos que obligan a la conciencia de las personas a ofrecer justificaciones: la propia visión del mundo. En caso contrario, se cae en una anarquía moral (la que puede afectar el talante patriótico). Para Luis Barahona, la actitud anárquica en el quehacer nacional "no es simplemente una herencia, un modo de ser consustancializado con nuestras costumbres y nuestra psiquis nacional, de tal modo que tuviéramos que admitirla como un mal sin remedio, sino que obedece a factores que pueden ser erradicados y que hay que extirpar de nuestro cuerpo social."<sup>63</sup>

Para alcanzar sentido humano en función de valores profundos, el pensamiento patriótico debe concretar su quehacer, personal o social, con responsabilidad, entrega, disposición de servicio, renuncia a muchas cosas y exposición a muchos riesgos: con orientaciones morales precisas. Las funciones y aspiraciones esenciales de la praxis social se expresan, de manera más completa y adecuada, en ciertas acciones concretas. En ellas interviene la responsabilidad patriótica (cuyas demandas son importantes cuando se proyectan creativamente). Los objetivos patrióticos tienen que evaluarse y sopesarse según las posibilidades reales de su ejecución en función de sus coyunturas. Los aspectos de la praxis social determinan las condiciones integrales de su quehacer: sus grados diferentes de importancia y efectividad en cada labor humana. Esta exigencia puede llevar al oportunismo y a la corrupción (cuyas visiones cortoplacistas reniegan de los ideales morales).

---

<sup>63</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Anatomía patriótica*, Ciudad Univ. Rodrigo Facio, 1970 pp.34-35.

Las acciones patrióticas demandan una formación y un estado de espíritu abiertos a la ética. La responsabilidad, personal y social, es el desafío moral del ciudadano. Hay que afinar constantemente las normas (la única forma de pulir criterios es purificar los valores y los principios para aplicarlos mejor). La moral hace así posible una convivencia social más acorde con la naturaleza y la sociedad: sus fallas son fruto de la imperfectibilidad humana y no invalidan los principios.

Para Luis Barahona, patria y religión son los valores cumbres que compendian el aporte fundamental de la herencia española. Por eso sostiene que nuestro talante patriótico debe resolver previamente su problema religioso. Esta insinuación puede molestar a quienes planteamos la primacía de lo ético en la renovación patriótica. Sin embargo, no deja de tener su fundamento: las religiones han sido siempre grandes maestras de lo moral. En realidad, la presencia de la espiritualidad cristiana se refleja en la constitución de nuestra moral patriótica, en el destino y vocación de nuestro pueblo. Las raíces cristianas han modelado el modo de ser, la nacionalidad, el quehacer y el talante patriótico de los costarricenses; aunque nuestra rica experiencia histórica también señala la vivencia de un cristianismo superficial y fácil, sin sacrificios, sin entrega generosa, sin renunciamentos nobles, sin exigencias ante las necesidades del prójimo.

### **c. El valor del tiempo**

Como objetos naturales, los seres humanos están en el tiempo: son una cosa entre las cosas. Por el contrario, como personas, es el tiempo el que está en ellos. En las vivencias humanas, el pasado influye como condición, hábito y memoria; en tanto que el futuro evidencia su soplo espiritual como deber, aspiración y proyecto. La realidad moral del quehacer humano se concreta en la vivencia responsable del tiempo. Este no es sólo un medio, sino también un valor fundamental de la praxis patriótica: elemento constitutivo de la humanidad. En este sentido, el carácter y el talante patrióticos suponen la dialéctica existencial del quehacer temporal de los seres humanos.

Con los seres humanos y sus obras no se puede hacer borrón y cuenta nueva: lo vivido impone su peso y condiciona el presente. El destino de los seres humanos depende de las circunstancias y antecedentes de su acción. A pesar de las incorrecciones generadas por las actuaciones de los predecesores, sus principios y los valores permanecen en sus descendientes como fuentes de inspiración para el futuro. Pero la validez de los criterios sustanciales de esta herencia moral y patriótica tiene que ajustarse a la realidad actual. Las visiones normativas tienen que adaptarse a las circunstancias de los nuevos tiempos. La acción patriótica, creadora y liberadora, se inspira en concepciones amplias y constructivas del mundo, de la vida y de la política y se construye en un compromiso que proyecta, de diversas maneras, el presente hacia el futuro. Como dice Luis Barahona, "debemos saber idear fórmulas que no sólo no riñan con nuestra idiosincrasia histórica sino que, apoyándose en ella, nos permitan dar un salto creador hacia el futuro."<sup>64</sup>

Existen diferencias sustanciales en el papel asumido por la vivencia del tiempo en la acción patriótica. La patria es, al mismo tiempo, un patrimonio y un desafío. Se hace sobre la base de los mejores aportes de un pasado (cuyas deficiencias deben ser corregidas) y se construye en función de valores asumidos como pautas de orientación. Esto demanda una realización equilibrada entre lo posible y lo deseable. La patria se construye desde la roca de sus fundamentos, de abajo hacia arriba, sin importar indiscriminadamente fórmulas elaboradas en función de otras realidades o de otras tradiciones culturales y espirituales. Esto es un proceso lento y difícil. Para concretar con eficiencia planes de acción transformadores de la realidad social en sus ámbitos esenciales, toda acción patriótica requiere siempre un análisis objetivo de la situación.

---

<sup>64</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Op. cit.*, p.11.

El talante es el eje central de la responsabilidad patriótica: integra la suma de intentos morales de una comunidad con respecto a ese ideal compartido que llamamos patria. Como señala Roberto Brenes Mesén, "el sano patriotismo debe admitir que su Patria es susceptible de progreso."<sup>65</sup> El talante patriótico plantea el problema del pleno sentido histórico: ¿cuáles son los valores tradicionales que se debe sostener?; ¿cuáles se tienen que renovar para nutrirse en el subsuelo de la historia?; nuestra idiosincrasia ¿ofrece buenas bases para corregir sus defectos y fortificar nuestro talante patriótico?; ¿tienen nuestros valores la energía para permitirnos ser cada vez más dueños de nuestro destino, capaces de alcanzar el pleno desarrollo de nuestra patria? La esperanza de un mejor derrotero es siempre positiva: las bases para superarse se mantienen aun en la más exacerbada postración de un pueblo.

El drama existencial del tiempo se precisa en la vivencia del presente. No obstante, el presente humano es más complicado de lo que aparenta. Al no vivir con coherencia su presente, el ser humano se engaña a sí mismo: convierte su quehacer cotidiano en una fabricación de ilusiones sin fundamentos objetivos. Como decían nuestros abuelos, hay que vivir con los pies en la tierra. Además, el sentido existencial de los seres humanos se concreta al establecer la propia identidad sobre las variaciones constantes de los instantes: el presente adquiere sentido por su relación con el pasado y el futuro. Con este fin, sobre las bases del propio carácter, el talante debe establecer ideales que orienten la determinación personal de los individuos y los rumbos sociales de la patria. Pero ¿cómo podemos evaluar las proyecciones de cada asunto cuando ignoramos los efectos del pasado en lo vivido?

Buscar soluciones reales a los problemas de nuestra patria exige una revisión, consciente y decidida, de los valores puestos en circulación en el ambiente nacional. La defensa de lo patriótico no es inmutable y rígida, sino un proceso en cambio permanente. El talante patriótico se expresa en la vivencia del tiempo: ¿no es acaso su misión la de dar unidad al tiempo?; ¿no exige su responsabilidad aprovechar el tiempo? (¡No perderlo sin sentido!) Pero adquirir la coherencia histórica es un problema de autenticidad.

#### **d. La autenticidad**

La problemática fundamental del quehacer patriótico es crear la propia identidad como pueblo: encarnar en los hechos la patria misma a la que se aspira. La patria debe reconocerse a sí misma con las características, humanas y sociales, que se buscan. Esta demanda genera el valor de la autenticidad. La patria es auténtica si es coherente consigo misma; si se acredita de cierta y positiva por las actuaciones que en ella concurren. Por tales razones, la autenticidad requiere una adecuada relación, unión y conexión entre los elementos patrióticos. En este sentido, Luis Barahona demanda afrontar la responsabilidad de trabajar "con el máximo esfuerzo para cambiar los factores del proceso nacional, a fin de que hagamos posible el surgimiento de un nuevo tipo de hombre costarricense más digno, más feliz, más sano de cuerpo y de espíritu, más responsable de la misión que debe cumplir para con la patria."<sup>66</sup>

La autenticidad integra la dimensión moral y el sentido histórico de la patria. Su llamado es una fuerza de atracción social que mantiene unidas todas sus instancias y momentos en función de un ideal de existencia. La patria se aprende y se consolida al internalizar sus requerimientos, por convicción y por práctica. Sin principios no hay convencimiento, ni mística, ni verdadera lucha patriótica. Pero no son buenas intenciones, sino acciones específicas las que resuelven sus problemas. Por eso, la praxis patriótica se efectúa según la lógica interna del quehacer social: las vivencias concretas dependen de respuestas ante condiciones objetivas.

---

<sup>65</sup> BRENES MESÉN Roberto, en RODRÍGUEZ E.-TINOCO D., *El pensamiento contemporáneo costarricense*, San José, Ed. Costa Rica, 1980, p.29.

<sup>66</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *La patria esencial*, San José, Impr. LIL, 1980, p.56.

La autenticidad es un desafío profundo. Su ausencia degenera en el uso de recursos y procedimientos cuestionados en su corrección moral: ¡las fallas son muchas! Los ideales patrióticos se revisten en la práctica, aún conscientemente, de tergiversaciones. El verbalismo pretende solucionar el problema patriótico con simples declaraciones de principio: jugar con las palabras al defender sus fundamentos. En el mismo sentido, el autoengaño confunde la realidad con enunciados en los que se insiste: de tanto decirlos, se cree hacerlos. ¿No nos pasa esto a los ticos con la democracia o la lucha contra la pobreza? La acomodación casuística ajusta o relativiza las exigencias patrióticas en función de intereses. La mentalidad pragmática desemboca en actuaciones maquiavélicas o en el mal uso de los recursos institucionales en beneficio personal o grupal.

La acción patriótica es una gran encrucijada moral: al no poder escoger entre ética y acción patriótica, se deben conjugar sus exigencias respectivas. Para alcanzar sus metas, la conciencia patriótica tiene que replantearse los problemas: asuntos aparentemente honestos, por sus circunstancias, resultan no tan honestos como se quisiera. Esta problemática tiene su propia dinámica interna: para ser honestos, hay que crear condiciones que permitan serlo y desarrollar la entrega consciente a un ideal de honestidad. ¿Acaso no son los problemas de autenticidad los que nos hacen perder credibilidad en lo interno y en lo externo? El asunto no es tanto decretar leyes o definir normas, como crear mecanismos y formar gente con criterio. Por falta de realismo, se cae en la improvisación y la tergiversación.

El estricto apego a las normas morales se concreta en las exigencias de la acción: sus demandas requieren un profundo sentido de responsabilidad. Los compromisos patrióticos no se orientan a la obtención del poder en la sociedad, sino a la realización de proyectos históricos. Estos tienen como puntos cardinales la libertad, la verdad, la justicia, la eficiencia y la honestidad. El sentido de responsabilidad exige una seria reflexión sobre las causas de las posibles degradaciones en la conducta patriótica. Cada solución específica de los asuntos patrióticos compromete de diversas maneras el destino de los seres humanos: engendra ventajas para algunos y desventajas para otros en la vida social. Por eso se debe evaluar constantemente el sentido de cada acción. En efecto, muchas faltas se cometen, con las mejores intenciones, por imprevisión, inexperiencia o dogmatismo.

En nuestro medio, desgraciadamente, se presentan deficiencias por el *ensayismo* que afecta nuestro talante patriótico. "Tanto en el terreno teórico como en el práctico, -expresa Luis Barahona- hemos ensayado de todo, pero sin método fijo, sin orientación permanente, sin dedicación ni esfuerzo sostenido." <sup>67</sup> Este defecto caracteriza la irresponsabilidad de nuestras *argollas* (las que solo piensan en los intereses de grupo). De igual manera, se expresa en la improvisación de los advenedizos políticos (carentes de méritos suficientes). También se refleja en la tendencia remendona de nuestro pueblo (el que sabe un poco de casi todos los oficios, sin dominar ninguno). Pero esta falta de método y disciplina no es una condición inalterable. Por el contrario, se presenta como un desafío para nuestro talante patriótico: "Yo no veo -nos dice Barahona- en el ensayismo una característica inmutable de nuestra idiosincrasia intelectual, tal que no podamos superarla." <sup>68</sup>

Las realidades humanas no pueden dividirse en blanco y negro. La simple condena de las dificultades no da identidad y solidez a nuestro dinamismo patriótico. El ensayismo, por ejemplo, refleja cierta fuerza de voluntad (la que robustece nuestro sentido de la libertad). ¿Acaso no han sido la osadía de nuestra imprevisión la que ha impulsado, a su manera, nuestra democracia y desarrollo históricos? Para consolidar nuestra patria, el talante debe desarrollar la osadía y la valentía de enfrentar directamente los problemas. Se deben propiciar la virtud y las facultades superiores que desarrollen la capacidad de imponerse a las contrariedades de la vida. Muchos de los defectos de los costarricenses son debidos a factores en su mayoría

---

<sup>67</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El ser hispanoamericano*, San José, EUNED, 2ª ed. ampliada, 1985, p.64.

<sup>68</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *ibidem*.

extrínsecos a la constitución íntima de nuestro carácter. Estos pueden variar con el estímulo más esperanzador de los ideales.

La superación del ensayismo nacional debe consolidarse en respuestas sistemáticas y coherentes ante los desafíos de la patria. Cuando Enrique Benavides entrevista a José Joaquín Trejos Fernández sobre la tarea primordial del hacer en Costa Rica, este responde que no es una, sino tres. Las metas señaladas son fundamentales: un cambio de actitud, un recate de la soberanía y la superación del divorcio entre la palabra y la realidad. No obstante, resulta interesante destacar la primera ya que en ella se refleja el patriotismo enfermizo de nuestro mundo pachuco actual: "El costarricense ya no hace nada por sí mismo. No confía en sí mismo. Ha perdido el concepto de creación colectiva, de obra comunitaria, de trabajo asociado. Es un hombre que está siempre a la espera. A la espera, por supuesto de la ayuda oficial, y de esta manera nunca tendremos un real y acelerado desarrollo."<sup>69</sup> La autenticidad se concreta así en un compromiso con el desarrollo de la patria.

### e. El desarrollo

En forma arbitraria, se ha interpretado el crecimiento económico como si fuese un indicador válido del desarrollo de los pueblos. Pero todo auténtico desarrollo es un fenómeno integral: interrelación de aspectos sociales, culturales, políticos, económicos y espirituales. ¿Acaso el crecimiento no es una cosa que se mide, en tanto que el desarrollo sólo se valora a plenitud desde una visión cualitativa? Las cifras no son medidas de lo humano, sino de las cosas: manifiestan el haber, sin reflejar las sutilezas profundas del incremento sustancial de lo humano. Los cambios propiciados en nuestro país reflejan un crecimiento sin desarrollo y una crisis de civilización: solo favorecen a los más poderosos. Por tal razón, el verdadero desarrollo depende también de cambios en las estructuras de poder, que sean portadores de nuevos proyectos.

La vigencia actual de un espíritu de progreso deformado plantea serios problemas a la conciencia humana. Para lograr sus objetivos, lo patriótico necesita la aportación cultural de todo un pueblo. La cultura es la base del desarrollo, en su sentido humano más plenario: comporta el conjunto de valores, tradiciones y creencias que le otorgan identidad al pueblo. Al ubicar el ser sobre el tener, lo patriótico privilegia las vivencias sobre la posesión, la libertad sobre el consumo, la paz sobre la violencia. Pero los valores espirituales de la patria necesitan el apoyo de un adecuado sustrato material. Esta problemática se refleja en Rómulo Tovar, cuando señala que "el pueblo más sabio, en la miseria, no tiene más que un destino: el de la humillación, el de la esclavitud. Es un principio de salud social que el hombre sea rico, o que al menos tenga el sentimiento de la riqueza y sea siquiera un trabajador. No es la política del dinero propiamente, es la política de la actividad: es que el hombre que no trabaja es la materia fácil de todas las debilidades y a una patria no se la hace fuerte, ni se la hace digna, ni se la hace rica, cuando la mayor parte de sus hijos son más o menos pordioseros y le tienen miedo a la vida porque no encuentran en ellos energías disciplinadas para edificar con una acción generosa sus destinos."<sup>70</sup>

Para consolidar la patria, el talante debe asumir la osadía y la valentía de enfrentar sus problemas materiales. El desarrollo supone al trabajo humano como elemento clave y central del progreso (fuente de transformación de la naturaleza, de formación profesional, de creación de riqueza, de bienestar social y familiar). La primacía del trabajo sobre la técnica y el capital es condición indispensable para una adecuada convivencia patriótica. Pero todo derecho engendra deberes: cada trabajador debe participar en la construcción de la justicia, de la democracia y de la paz que demanda el desarrollo patriótico. Esta vocación

---

<sup>69</sup> BENAVIDES Enrique, *Nuestro pensamiento político*, San José, Ed. Costa Rica, 2ª ed., 1977, p.64.

<sup>70</sup> TOVAR Rómulo, *Exhortación patriótica*, en RODRIGUEZ E.-TINOCO D., *El pensamiento contemporáneo costarricense*, San José, Ed. Costa Rica, 1980, p.88.

integral del ser humano lo hace sujeto de la historia y responsable de la búsqueda del bienestar de su sociedad. En 1920, Rómulo Tovar precisaba así este desafío patriótico: "Hagamos una patria para los ideales civilizadores de la tierra, para comprender y amar lo que todos los hombres hacen dignamente por el bien de la vida." <sup>71</sup> La patria tiene que forjarse un ideal de existencia con los pies en el suelo: precisar qué sistema de vida, qué tipo de sociedad, qué prioridades y qué necesidades desea cubrir con un bienestar y un progreso particulares.

El desarrollo patriótico tiene que enfrentar las causas estructurales de los asuntos de fondo. Cada pueblo tiene que ingeniarse maneras de transformar en recursos de desarrollo los elementos de su naturaleza, de su medio ambiente y de sus tradiciones culturales. Como proceso endógeno y abierto, el desarrollo patriótico debe respetar el entorno natural y promover las potencialidades creativas del pueblo, en función de su identidad e historia propias: buscar soluciones autóctonas a sus problemas (sin copias mecánicas de lo exterior) que respeten los aportes positivos de la experiencia ajena. Como ideal humano, la patria exige un tipo de sociedad acorde con las necesidades fundamentales de los seres humanos: garantizar la fidelidad a un mundo en donde los seres humanos trabajen y vivan con pleno sentido de su humanidad.

La acción patriótica se rige por un principio de responsabilidad eficiente: la obtención, certera y precisa, de resultados al menor costo posible. Esto implica la exigencia racional de minimizar esfuerzos y de maximizar resultados en la propia acción. ¿No justifica esto el pragmatismo a lo tico? ¡Bueno!, el problema no es su dimensión pragmática, sino su miopía. La verdadera eficiencia no es un asunto exclusivamente material: no se mide solo por el uso de los medios, sino también en función de las metas propuestas. El ser humano no es pieza de un engranaje productivo, sino gestor responsable de un mundo humano, en donde la producción se realice en función de las necesidades humanas, y sus productos se compartan con libertad y justicia.

La miopía del concepto dominante de desarrollo tiene una prueba evidente en el problema ecológico costarricense. Todo desarrollo tiene que ser convivencia armónica con la naturaleza en función de las necesidades básicas de todos los habitantes, y no su depredación irracional y arbitraria. Al olvidar la dimensión congénita de seres biológicos en convivencia con la naturaleza (equilibrio metabólico entre vida y muerte), la vorágine economicista pierde el sentido profundo del desarrollo: cree ser más al tener más, perdiendo la vivencia prudente del llamado cristiano (realizar una vida sin miserias, ni apego absurdo a las riquezas, en convivencia integrada con toda la creación). Al tratar de arrebatarle a la naturaleza sus fuentes de vida, paradójicamente se siembra poco a poco el drama de la muerte: ¿acaso la deforestación, la drogadicción y la contaminación actuales son efectos del desarrollo? Por el contrario, son evidencia de la inmadurez histórica que estamos viviendo.

El verdadero desarrollo se caracteriza por transformar la calidad de las relaciones humanas. Las estructuras generadoras de desarrollo deben ser participativas, equilibradas y plurales; no impuestas. Deben garantizar la liberación integral, personal y colectiva, de todos los seres humanos. Para ello, se tienen que abolir las diferentes formas de explotación, de desigualdad, de dominación, de represión, de injusticia, de manipulación y de alineación. El auténtico desarrollo requiere promover -en todas partes- mejores condiciones de vida: colocar al ser humano en el centro del quehacer social, económico, político y cultural. Pero un desarrollo de tal estilo es un asunto de solidaridad.

---

<sup>71</sup> TOVAR Rómulo, *Op. cit.*, p.93.



## f. La solidaridad

La realización del ideal patriótico requiere el reconocimiento de la común filiación: solamente la fraternidad efectiva entre sus miembros puede fundar una patria sólida. Ser solidario es asumir como nuestros los problemas de los otros. La solidaridad une los sentimientos y las acciones en el respeto y apoyo mutuos. Expande las libertades individuales por la cooperación responsable en el quehacer colectivo. Reconoce a cada ser humano igualdad de destino y derecho a participar, con plena responsabilidad, en la construcción humanizadora del mundo. La solidaridad fraterna es así el fundamento de las metas patrióticas.

El desarrollo integral de un pueblo no se alcanza sin solidaridad: la acción solidaria es prerrequisito de una convivencia patriótica equilibrada. No obstante, este requerimiento se complica por nuestro carácter nacional: la gran tentación del individualismo tico es afirmar el valor personal como absoluto (con independencia de los otros seres humanos dotados de igual dignidad). Su tolerancia no es solidaria. El costarricense tiene conciencia del valor personal: se considera a sí mismo como una realidad trascendental (motivo de su deseo de independencia, de liberación de las fuerzas de la naturaleza y de emancipación social y política). Pero ¿acaso reconoce realmente este derecho a los otros conciudadanos?; ¿puede estar la verdadera dignidad humana en una libertad egoísta que ignora las reales necesidades ajenas? Una afirmación e independencia personales que olviden las razones de la solidaridad no se justifican.

Los ticos creemos ser suficientemente fraternales. En tal sentido puede leerse esta observación de Luis Barahona: "Gracias a esa idiosincrasia nacional, forjada a lo largo de siglos de aislamiento y de pobreza, hoy podemos, por fin, sacar las manos y el cuerpo todo para tenderlos más allá de nuestras fronteras en busca de aquella fraternidad que aquí practicamos en forma ejemplar durante los siglos coloniales." <sup>72</sup> Sin embargo, ¿es esto realmente cierto en nuestra condición actual?; ¿una fraternidad sin solidaridad es tan real como aparenta? ¡De ninguna manera! La fraternidad implica solidaridad, y esta no se sostiene sin la justicia.

La realización de una vida en escala humana es una tarea práctica: no se come con bellos discursos. La solidaridad entre los seres humanos debe crear una sociedad que respete valores esenciales (el desarrollo patriótico está ligado a la promoción de valores humanos como la fraternidad, la libertad y la justicia). Impone la necesidad de luchar contra la discriminación fundada en la riqueza, la lengua, el sexo, la cultura, la nacionalidad, la raza, la especialidad laboral o el origen social. Respetar las divergencias religiosas, filosóficas, culturales y políticas de los diversos seres humanos con los que se interactúa es así fundamental: ¡pero no basta!

La construcción de la patria requiere la promoción de un ambiente apropiado: este no se logra sin solidaridad. En la patria, cada ser humano tiene su responsabilidad (su papel personal). Pero la defensa exacerbada de la libertad individual -la tendencia a ocuparse únicamente de lo que atañe personalmente- se convierte en un tramposo tipo de esclavitud social. Por él la acción patriótica carece de autenticidad: degenera en un subterfugio para eludir la responsabilidad con respecto a las necesidades materiales, culturales, personales y comunitarias de los otros seres humanos. ¡Los costarricenses somos geniales para hablar de ellas! Pero ¿las enfrentamos realmente?...

El gran desafío es superar, en términos precisos, las condiciones históricas que generan la injusticia profunda que subsiste todavía en nuestra patria. La patria necesita una colaboración colectiva, con mística, fe y entrega desinteresada por el bien del prójimo: el sentido de justicia debe priorizar las necesidades, básicas y urgentes, de todos sus habitantes. La solidaridad es fruto de relaciones honestas y justas en todos los niveles de la vida humana. Por eso, una política patriótica no puede camuflar el hambre y la miseria. En caso

---

<sup>72</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Las ideas políticas en Costa Rica*, San José, Ministerio de Educación Pública, 1977, p.43.

contrario, las frustraciones engendran subculturas autodefensivas: evasión o agresividad como mecanismo de autoafirmación. En estas condiciones, ¿qué resulta más serio, la delincuencia del muerto de hambre o la indiferencia del que vive en mansiones y transita en autos de lujo?

¿Dónde están las causas? La solidaridad se relaciona con las respuestas efectivas ante las aspiraciones y necesidades de los más desfavorecidos. Se requiere superar todo tipo de dependencia y dominación, de discriminación y segregación. Se necesita un camino de coherencia, convergencia y liberación, con reforzamiento de los lazos y mecanismos de cooperación y solidaridad (instancias necesarias del diálogo y de la unidad de acción patriótica, cuya praxis debe integrar el respeto a la libertad con la superación de la injusticia). La injusticia institucionalizada constituye la semilla de la destrucción del futuro de la convivencia humana.

Luis Barahona insiste en un cambio de nuestro talante patriótico fundado en las reservas de nobleza, de comprensión y de buena voluntad del trasfondo humano de todos los ticos: "Solamente estructurando la sociedad sobre auténticas jerarquías morales, enalteciendo los valores personales es posible detener esa corriente que desintegra al ser humano, reduciéndolo a la categoría de instrumento inerte, incapaz de pensar, sin conciencia de las propias responsabilidades y del puesto que debe ocupar en la vida."<sup>73</sup> El talante patriótico concreta su práctica en una dialéctica entre el desafío y la evasión, entre la conciencia y la indiferencia, entre el compromiso responsable y la huida irresponsable, de seres humanos en situaciones concretas. En estas condiciones, la solidaridad es el medio, y la paz es el camino.

## **g. La paz**

La paz es más complicada de lo que aparenta: la ausencia de guerra -como sucede en Costa Rica- no significa necesariamente paz. Su esencia no es el armisticio: paz no es carencia de conflictos bélicos o interrupción de hostilidades castrenses. Tampoco es don de los militares o creación de la demagogia política. Los enemigos de la paz verdadera son muchos más de los que aparecen a primera vista. El gran adversario no es la guerra, sino el desorden establecido, en el nivel mundial, regional, nacional y local: sistemas productivos, económicos, políticos y militares que olvidan sus dimensiones humanas. Las ambiciones enfermizas o las estrategias injustas (las que imponen ajustes onerosos a los grupos sociales más desprotegidos) adoban los conflictos humanos.

¿Significa esto descuidar el enfrentamiento con la acumulación de medios de muerte provocada? ¡De ninguna manera! Pero el problema debe ser atacado en sus causas y no sólo en sus efectos. No basta -según la tradición tica- con impedir los conflictos armados o controlar las arbitrariedades de las fuerzas militares. ¿No es, en efecto, la complicidad de ciertos ciudadanos la que explica la hegemonía avasalladora y el poder alienante de los ejércitos? Los privilegios de los militares son prebendas pagadas por los grupos de poder a los mantenedores de la injusticia. En este sentido, muchas personas cargan sobre sus conciencias la arbitrariedad militar: fruto de su inoperancia social (de su irresponsabilidad, cobardía, complicidad o desidia).

Todo lo que violenta la convivencia social, para obtener sus intereses por la fuerza del poder, atenta contra la paz. Impedir la guerra, el terrorismo, el asesinato, las violaciones y otras acciones que imponen sus decisiones por el uso de la fuerza es un deber fundamental del quehacer patriótico. Pero existen muchas conductas contrarias a la paz que se visten de inocentes procedimientos desmilitarizados. ¿No es acaso la violencia institucionalizada el principal adversario de la paz? Tan alejado de sus objetivos está que los niños mueran de hambre como que pierdan su vida bajo el peso de los proyectiles bélicos. ¿Reflexionamos realmente los ticos sobre los efectos antipacíficos de nuestras conductas y actitudes fundadas en valores

---

<sup>73</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Ideas, ensayos y paisajes*, San José, Ed. Costa Rica, 1972, p.27.

falseados? Por ejemplo: el éxito desligado de su trasfondo moral (tan corriente en nuestro medio) como responsable de una agónica vivencia pacífica en el mundo actual; la vacuidad de las sonoras declaraciones sobre la paz encubriendo la ineptitud para enfocar sus auténticas causas y consecuencias, etc.

La patria necesita un manejo global del problema de la paz verdadera: conquista de los pueblos y de todos los seres humanos. La paz no es una posición neutra con respecto al destino humano, sino el resultado de la acción solidaria de las comunidades humanas. Como señalaba Kant, la paz es perpetua en su intención. Sin embargo, no es una condición natural de los seres humanos, sino el fruto del esfuerzo consciente por establecer una adecuada convivencia social. Constituye un ideal que expresa las aspiraciones esenciales de la humanidad, ilumina las conciencias y mueve las acciones de todo su quehacer. La paz no es una cosa que se tiene, sino una realidad social que se construye continuamente. Su realidad concreta surge en la lucha de cada día por realizar un mundo plenamente humanizado.

La paz es esencial para la plena realización humana: abre caminos de sólido progreso. Constituye una conquista permanente sobre las tentaciones de inhumanidad: ambiciones desmedidas que pesan en todo quehacer humano. La falta de responsabilidad, social y moral, es una de las razones principales de su deterioro en el mundo entero. La paz no es un fenómeno ajeno a las aspiraciones del pueblo ya que se alimenta de la savia del trabajo organizado en cada sociedad. La identidad cultural, la autodeterminación del pueblo, el derecho a la vida personal, la igualdad real de oportunidades o la comprensión y cooperación entre los ciudadanos, son baluartes del desarrollo y progreso de la paz. Sin embargo, no hay posibilidad de resolver estos problemas en cada país si no se lucha, al mismo tiempo, por imponer en todo el mundo la justicia, la libertad y la participación popular. ¿Cuántos ticos hemos comprendido este compromiso como parte de nuestras responsabilidades patrióticas?

La única garantía de una paz permanente y efectiva es una sociedad regida por sólidos principios. Todo lo que se contrapone a los derechos de los pueblos y de los seres humanos a lograr su plena realización genera, directa o indirectamente, actitudes y conductas violentas: maneras forzadas de mantener privilegios o medidas desesperadas ante la miseria e inseguridad existenciales. La paz verdadera demanda eliminar los obstáculos que impiden a las personas alcanzar sus derechos naturales a una vida plenamente humana. Su conquista y realización dependen de una visión global del desarrollo: la paz como requisito y objetivo fundamental de sus metas.

La búsqueda patriótica de la paz debe fundamentar una política integral. La paz no debe convertirse en hábil vestimenta para recubrir la desnudez de la explotación de los ciudadanos. La segregación racial, religiosa o sexual, la incomunicación y la agresión cultural, la marginación y la explotación social, política y económica en el quehacer nacional portan en sus entrañas los gérmenes de la guerra, aunque su violencia no sea militar, sino institucional, social o cultural. El desarrollo pacífico exige una lucha permanente, con diseños, estrategias y propuestas programáticas en cada realidad nacional (con amplia colaboración, pero no imposición internacional). Su creación es labor de todo el pueblo: la acción solidaria de cada cual debe contribuir a instaurar la convivencia pacífica.

La paz es al mismo tiempo requisito y fruto de la comunidad patriótica. Como expresión patriótica, la paz debe tener su sello propio y su expresión original. La sociedad pacífica tiene que fundarse en la lucha, enérgica y decidida, contra los desórdenes establecidos. Pero esta batalla debe emplear medios acordes con el ideal propuesto: el camino de superación humana no puede trazarse con instrumentos y mecanismos deshumanizados. La paz a lo tico debe lograrse por la negociación, el diálogo y la solidaridad: destruir la violencia con la beligerancia de la no violencia. Esta lucha no es síntoma de cobardía. Por el contrario, sostener los principios (fundamentos de una sociedad respetuosa de los valores humanos), aun con riesgo de perder la vida, es muestra importante de valentía.

Como realidad de convivencia social, la paz es obra y desafío permanente de todos. Cada ser humano tiene una tarea que cumplir. Por las exigencias de sus convicciones morales, la paz supera los instintos

naturales. La construcción de la paz sobre basamentos adecuados moviliza las conciencias y organiza las acciones para resolver sus problemas. Contribuye, con el aporte de sus fuerzas personales u organizadas, en la solución efectiva de los problemas que genera el uso de medios violentos en las relaciones humanas. Este ideal debe asumir, en forma libre y responsable, una actitud de beligerancia moral: conferir fuerza decisiva a pactos de solidaridad para enfrentar los errores e injusticias del mundo actual. Nadie se puede quedar ausente: no alcanzar la meta particular resiente el desempeño pacífico.

Las soluciones de los asuntos humanos no son nunca fáciles. La estructura social, económica y cultural de cada país tiene influencia en la aparición y características de sus desviaciones y patologías sociales. No basta con enunciar leyes (lo legal no es más que uno de los aspectos de la dinámica social). Además, los problemas sociales no son fruto exclusivo de personas de conducta malsana (las que deben ser controladas y castigadas por sus fechorías). Veamos un ejemplo: ¿Cómo tiene que enfrentar el costarricense los problemas sociales de la delincuencia, la drogadicción y la agresividad social que alteran su convivencia pacífica? Una política relativamente permisiva (propia de nuestro "palanganeo") sería una salida errada por cándida ya que supone arbitrariamente una madurez y talante moral extraordinarios en cada uno de los seres humanos (toda sociedad es una convivencia de personas, con aspectos positivos y negativos entremezclados). Una política restrictiva y punitiva tajante tampoco resuelve el problema. El paradigma represivo es tramposo: aparenta alcanzar con medidas fáciles la solución del problema, cuando de hecho sólo se lo transforma y esconde. Además, el elemento lúdico de la prohibición distorsiona los efectos: la gente contempla y disfruta el juego de circo del enfrentamiento entre policías y maleantes y algunos caen en la tentación de experimentar su sentido de la aventura (el acceso y contacto con el fruto prohibido). ¡Vaya problema dialéctico!

Orientar y motivar creativamente los aspectos positivos del ser humano es la tarea social prioritaria. Este compromiso social implica análisis, orientación, diseño y conducción de una lucha abierta por resolver los problemas políticos, económicos, sociales y culturales que facilitan la pérdida de la conciencia moral, la delincuencia, la corrupción, la narcoadicción, etc. Pero ninguna sociedad puede reemplazar, ni sustituir el compromiso y la libertad personal; solamente puede y debe crear condiciones sociales que favorezcan el adecuado desarrollo personal. Por eso, una política integral establece un balance sutil entre los controles (legales o policíacos) y la política preventiva.

Eliminar o reducir las condiciones de riesgo es una tarea primordial, fundamentada en una adecuada orientación preventiva (no en una labor represiva o correctiva). Como valor fundamental de la sociedad, la paz es una constante del debate social: cuyas posiciones y realidades favorecen u obstaculizan la realización efectiva de los mejores ideales. La paz no se logra por el camino de la violencia (de las intervenciones autoritarias). Para impulsar la paz integral, se debe promover y animar la convergencia entre todas las fuerzas políticas, religiosas o culturales afines a sus objetivos. Por eso, la paz compromete moralmente el auténtico sentido del quehacer patriótico: su desarrollo y consolidación democráticos, autónomos y solidarios.

Pero el necesario pensamiento creativo ¿encuentra caminos abiertos en la búsqueda de la paz? Luis Barahona demanda que nuestros pensamientos no sean "un puro bordado de metáforas poéticas con las que nos venimos engañando generación tras generación; porque hay paz y paz, como hay patriotismo y patriotismo." <sup>74</sup> La claridad conceptual y la adecuada organización, crítica y creativa, en la promoción de las fuerzas de paz son medios que tiene el tico para purificar su concepto de paz. Pero no existe mejor manera de alcanzar dicho objetivo que la instauración de una verdadera democracia.

---

<sup>74</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *La patria esencial*, San José, Impr. LIL, 1980, p.68.

## **h. La democracia**

Por sus características propias, democracia es más que un régimen político. Significa un estilo de vida definido por la participación responsable de todos los implicados en una convivencia (los franceses resumieron sus intenciones en la demanda de *libertad, igualdad, fraternidad*). En este sentido, cualquier comunidad -en la que haya seres humanos unidos por metas comunes- puede adoptar el ideal democrático. Democracia representa una aspiración y un valor fundamentales del quehacer patriótico. Sin embargo, no es fácil percibir la esencia de nuestras creencias patrióticas. Aunque sirven para orientar y valorar las acciones (tanto nuestras como ajenas), su contenido es con frecuencia más añorado que comprendido, más sentido que explicitado.

Como sucede con la mayoría de nuestros valores sociales, las aspiraciones democráticas se aclaran a partir de acontecimientos percibidos como atentatorios en su contra. Como la injusticia histórica es motor de las exigencias de justicia, la antidemocracia es la condición dialéctica para que la democracia tome conciencia de sí misma. Sentirse excluido de los procesos sociales crea un sentimiento de injusticia (tildada de antidemocrática). Según las circunstancias y los temperamentos, este sentimiento engendra reacciones de protesta, de resignación, de enfrentamiento abierto o de resistencia solapada. Pero, cuando la marginación no es sentida por los afectados, la capacidad de acción contra ella es nula: ¿no es esto lo que nos pasa a los ticos con las profundas deficiencias de nuestra democracia?

La democracia funciona sobre la base de tres supuestos básicos: el derecho a la participación, la valoración de las personas por sus cualidades intrínsecas y la normación del acceso a las funciones sin acepción de personas. Para la concepción democrática, quien forma parte de un proceso social (por el solo hecho de participar) tiene un derecho inalienable a contribuir en su orientación. La distribución de funciones y cargas, de acuerdo con las capacidades y el valor individual de cada uno de los implicados, es una exigencia del ideal democrático: cualquier otro elemento foráneo en la asignación de tareas es considerado antidemocrático (el sistema de adscripciones, sociales o políticas, contradice en su misma naturaleza la aspiración democrática). Finalmente, de acuerdo con el derecho de todos a participar, la democracia regula, en términos generales, el acceso a las diferentes funciones: define situaciones típicas dentro de las cuales cada uno encuentra sus posibilidades de participación definidas de antemano con claridad. Cualquier normación restrictiva, que vaya más allá de las condiciones funcionales de un puesto, es sentida como injustificada y atribuida a intereses inconfesados.

La democracia (definida por una exigencia de participación, normada por regulaciones impersonales y un acceso sin adscripción de personas) supone la capacidad de tomar parte en los niveles fundamentales del proceso social: la decisión, la ejecución y el acceso a los beneficios. Por su misma naturaleza, la sociedad es orgánica; existen diversas cualidades, capacidades y funciones entre sus miembros. Pero, cuando el sentido de las legítimas proporciones es roto, surge la problemática de la injusticia social. En cuanto miembros de una colectividad patriótica, todas las personas forman parte de ella y, al ser marginadas de sus centros de decisión, se separan del elemento primordial de su comunidad humana. Como lo dice la imagen, ser marginado denota estar al margen, casi fuera (comparada la sociedad con una esfera cuyo núcleo central es fuente de vida y de riquezas sociales, los marginados son periféricos). La existencia de diversos grados de participación en la vida social no es nada de extrañar. Pero, al prestarse a múltiples interpretaciones, la elección en cualquiera de estos niveles se reviste de frecuentes manipulaciones. En nuestra sociedad, una parte de la población lleva una existencia de simple subsistencia y vive prácticamente al margen de la vida social: ¡a estas personas se las llama con cinismo *pueblo!*

La participación en la sociedad puede ser activa o pasiva. La participación receptiva consiste en el acceso a los beneficios de la vida comunitaria. Esta participación ha de ser facilitada a todos los miembros de una comunidad patriótica: en toda vida personal es imprescindible un mínimo de pertenencias materiales. La patria debe impedir que existan seres marginados de los beneficios sociales fundamentales: alimentación, vivienda, salud, cultura, etc. Pero el ser humano no es puramente biológico; ni la sociedad es una fábrica de productos materiales consumibles. La persona es también un ser espiritual y cultural. La participación contributiva supone la superación de la participación pasiva: no basta con recibir beneficios materiales y espirituales de la colectividad. Es necesario intervenir directamente en las decisiones que afectan a la totalidad. La verdadera democracia no supone la participación de todos en la cúspide societaria, sino la intervención (concreta, aunque parcial) de todos en las decisiones que los afectan, con independencia del puesto ocupado en la pirámide organizativa. Cada individuo debe estar integrado, en la medida de sus posibilidades, en la vida social como una fuente de responsabilidad e iniciativa. Sin este trasfondo moral, el foro político se transforma en un charco revuelto (donde nadan algunos idealistas y muchos oportunistas).

La participación contributiva supone una orientación pluralista: *pluralismo* es la capacidad social de expresar ideas sobre la sociedad y de organizarse en función de ellas. Toda sociedad está constituida por seres humanos diversos, con concepciones de vida diferentes e intereses muchas veces contrapuestos. Todos tienen derecho a tener, sostener y promover sus opiniones propias: diferir en lo relativo a la mejor manera de llegar al bienestar social. De aquí nacen los partidos, las organizaciones, las iglesias y las tesis ideológicas, religiosas y culturales. Sin la capacidad de expresar e implementar estas visiones del mundo en términos de propuestas funcionales, la capacidad contributiva se vuelve nula. Todo acto que limite esta capacidad es una medida arbitraria.

Gobernar con sabiduría y honestidad es hacer imperar el orden entre los seres humanos sin desviarse, ni por ignorancia, ni por debilidad, de los principios: bases últimas sobre las que se asientan las formas de gobierno, las leyes o las constituciones. El diálogo sobre los ideales humanos es condición necesaria para consolidar un mejor talante patriótico. Por razón de la trascendencia general de sus actuaciones, este desafío debe penetrar, con mayor intensidad, en la conciencia de los que son o aspiran a ser gobernantes: su misión implica mayores exigencias con respecto a los destinos de la patria. Sin embargo, la realización de esta aspiración no es nada fácil. En efecto, la mayoría de los pueblos del mundo reconoce el derecho a gobernarse por su propia iniciativa, aunque de hecho sean muy pocos los que realmente han podido alcanzar tal deseo.

En este ámbito, el proceso electoral para la selección de los gobernantes se ha convertido en el símbolo más importante de la vida democrática. Pero esta reducción ¿no es acaso profundamente tramposa? Nuestra propia experiencia lo puede decir. El respeto de ciertas modalidades -en el funcionamiento del proceso electoral- asegura la selección de los gobernantes, pero no garantiza nada sobre la calidad de su representación (ante las exigencias de la representatividad, nuestra participación electoral es algo más simbólico que real). Para que haya verdadero control democrático, se requiere sentido crítico e información adecuada sobre la política. Pero nuestros procesos electorales manejan sistemas de propaganda, cargados de tergiversaciones y manipulaciones (promesas, suposiciones y fantasías). La capacidad de análisis político es así muy deficiente: los votantes casi no piensan (repiten lo que un grupo de propagandistas les hace creer). Y una nación sin diálogo es una nación donde impera la voluntad de unos pocos: las buenas ideas pierden siempre cuando faltan canales para conocerlas, discutir las, sustentarlas, impulsarlas y realizarlas.

Otra de las trampas de nuestra democracia es el acceso a los puestos de dirección. La mayoría de los votantes (pensando en la solución inmediata de sus problemas) es manejada por los grupos que pueden crear la sensación de ganar: un partido con dinero y unos pocos eslóganes puede más que un partido con mejores ideas y menos recursos económicos. (¿No terminan los partidos dependiendo así del narcotráfico y la corrupción?) Nuestros partidos forman elites cerradas de dirección. Utilizan los recursos del país, no para resolver los problemas nacionales, sino para disfrutar el poder en todo tipo de instituciones (el gobierno

central, el municipal, las asociaciones de desarrollo, las universidades, etc). En Costa Rica hablamos de *argollas* (término que expresa la cerrazón de las elites dominantes). Esto genera una participación popular terriblemente condicionada y, por consiguiente, frecuentemente frustrada (fuente del servilismo). El acceso a los puestos de poder se convierte en un asunto de dinero (en el que los poderosos económicamente imponen sus opciones).

Estas y muchas otras dificultades de la democracia actual hacen que nuestro régimen democrático cojee, llevando en su pierna sana los ideales y las aspiraciones de los seres humanos y en la pierna enferma los vicios y las trampas de una democracia definida en el papel, pero no en los hechos. La democracia política es para los ticos más un ideal que una realidad. Por ello el desafío del patriotismo es hacer la democracia. La concreción de esta hermosa aspiración es difícil pues los intereses creados son enormes.

El problema es todavía más radical en el nivel económico: en él todavía no se alcanza un estado generalizado de principios democráticos. Buscar la supresión definitiva de todas las formas de dominación, explotación, desigualdad, alienación y represión es la condición de una democracia perdurable. Pero, por herencia de una tradición liberal, hemos instaurado en principio absoluto una determinada forma de propiedad privada. Quien domina el proceso productivo, amarra al ser humano en sus condiciones vitales. El problema de justicia implicado en estas relaciones es siempre delicado: ¿cuáles son los criterios objetivos de la distribución? En lo económico, vivimos todavía épocas monárquicas: la participación en los asuntos de interés común se rige por "títulos de nobleza" (el acceso a la propiedad de capitales o de empresas tiñe la sangre de azul). ¿Dónde queda la consigna de libertad, igualdad, fraternidad que nos heredaron los franceses? Ciertamente, la demanda democrática no significa igualitarismo, sino proporcionalidad: a cada uno según sus méritos. Sin embargo, ¿quién los decide?, ¿acaso no es también el dinero? La participación, receptiva y contributiva, debe darse en todos los ámbitos de la sociedad; pero es todavía más básica en lo económico ya que el ser humano es un ser de necesidades.

La proyección del principio democrático a la familia se complica un poco más: ésta ha sido originariamente la fuente de la autoridad. La democracia supone el reconocimiento de una igualdad entre las partes; pero la familia se basa en una diferenciación natural. Al engendrar biológica y psicológicamente a los hijos, los padres se consideran *autores*: cuya autoridad degenera fácilmente en imposición, indiscutida e indiscutible, que espera de sus hijos la virtud fundamental de la obediencia. No obstante, ¿no trae el espíritu de los tiempos una necesaria transformación de la institución familiar? Según esta nueva concepción, la familia es una comunidad en la que todos, padres e hijos, comparten el calor hogareño con base en un reconocimiento mutuo y un apoyo constante. El hogar es así entendido como un lugar de diálogo (no como una caserna donde prevalecen los gritos deshumanizados del sargento). El hijo no es el producto de la acción de los padres, sino, por el contrario, un compañero menor, independiente y responsable. El padre dictador debe ser sustituido por el padre consejero.

El pensamiento refleja la realidad vivida. Por tal razón, el ideal patriótico requiere revisar el sentido de nuestras vivencias familiares. Sin vida familiar auténtica no puede haber fraternidad patriótica: faltaría el compromiso para consolidar el bien común de la patria y ayudar al conciudadano como se ayuda al hermano. Los afectos familiares determinan el grado e intensidad de la vinculación responsable, de la fraternidad y del amor a la patria. ¿Acaso una verdadera familia (la que actúa unida) no es el mejor ejemplo de lo que exige la solidaridad humana en lo social? Por eso, el respeto de las identidades culturales es un requisito indispensable para hacer de la patria una familia efectiva.

Las dificultades de la vida familiar se repiten con variantes en la realidad escolar: la escuela es la prolongación del hogar. La mentalidad tradicional suponía que la vida, la religión, la cultura y la moral provenían del padre. Como ayudante de los progenitores en su misión de transmisores de conocimientos y creencias, el maestro heredaba las ventajas de su autoridad. No obstante, en el mundo actual, el maestro no es el señor omnipotente y omnisciente de antaño (el que lo podía todo, lo sabía todo y, desde la altura de su

trono, prodigaba saberes con arrogancia). Actualmente se demanda del maestro el diálogo abierto y el respeto mutuo, la confianza y la amistad. El educador debe ser un ser humano cabal (no solamente una biblioteca ambulante). Y el educando, un ser humano total (no solamente un receptor de conocimientos).

La democracia a la que aspiramos (la democracia por hacer) empieza en la familia y en el aula. ¿Cómo formar el tipo de ser humano que pueda vivir plenamente este tipo de vida? Tal vez porque no enfocamos las causas, nuestras lamentaciones son absurdas: la creación de la democracia es un problema humano global. Si creemos en las posibilidades de una verdadera democracia, nuestro problema fundamental es un problema educativo.

## **i. La educación**

Todas las instancias gestoras de la educación ciudadana deben promover los valores constitutivos de la esencia, el meollo y el alma de la patria: sustrato que define los sentimientos esenciales y las estructuras fundamentales del auténtico patriotismo. La educación es el medio adecuado para el desarrollo de la concepción y praxis patrióticas. Sus bases están en una formación dinámica, optimista, creativa, abierta hacia el futuro y orientada a estimular los talentos y capacidades del pueblo. La patria requiere una formación integral del ser humano, sujeto de derechos y deberes. Pero ¿es este espíritu el que inspira nuestros procesos educativos?

Muchos de los problemas de nuestra patria provienen de los defectos de nuestro sistema educativo. La enseñanza debe promover lo esperado del niño o del adolescente en su futura existencia social concreta: la vida patriótica requiere seres humanos activos que pongan en juego su nobleza de espíritu, su inteligencia, su sensibilidad y su creatividad. Pero una educación basada en la repetición y la memorización descuida las oportunidades del estudiante de responsabilizarse de su propio aprendizaje. De esta manera, solo se forma un cúmulo de borregos: no personalidades que contribuyan, creativa y críticamente, a nuestra patria.

La dinámica escolar no puede desligarse de la vida real. Los estudiantes deben participar -al menos parcialmente- en las decisiones mismas de la vida escolar: la educación debe integrar la acción responsable de todos, maestros y estudiantes. El papel del educador descrito por Miguel Obregón, en 1899, recoge este espíritu: "El destino de la generación que sube está en sus manos. En el gran día de la Patria, ésta reclama del maestro, firmeza en el propósito de hacer venturoso aquel destino, de formar cerebros fuertes, almas elevadas, caracteres íntegros y nobles."<sup>75</sup> Sin embargo, el aprendizaje de la participación, de la acción responsable, del respeto mutuo y de la oposición constructiva, es una difícil labor: requiere mucho tiempo y una gran experiencia por parte de los docentes. La educación es un profundo reto humano y debe ser asumida con plena responsabilidad.

Educación significa, etimológicamente, conducir a partir de algo. El proceso educativo siempre tiene un término *a quo* (un punto de partida constituido por las potencialidades del educando): exigencia de un profundo respeto. Por otra parte, también posee un término *ad quem* (un punto de llegada determinado por las metas que se espera alcanzar): sustento del papel primordial de la patria. En el proceso educativo siempre está presente una idea o imagen del ser humano que se debe formar: toda educación refleja una filosofía de la vida y actúa en función de ella. Los educadores son responsables del tipo de ser humano concebido por sus educandos como su responsabilidad personal. La educación patriótica es un esfuerzo formativo que capacita al educando para lograr su humanización a través de su participación en el quehacer social.

Como proceso de formación patriótica, la educación promueve, al mismo tiempo, la personalización y la socialización del individuo. La primera requiere el desarrollo de la independencia, de la creatividad, de la

---

<sup>75</sup> OBREGÓN Edgar, *Miguel Obregón*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974, p.177.



inteligencia y de las demás cualidades humanas en función de las potencialidades propias de cada uno: de acuerdo con su vocación personal. La segunda exige una formación para la convivencia social, basada en la solidaridad y el aporte contributivo de cada uno.

Una patria más sólida exige estructurar la obra educativa como resultado de la responsabilidad, de las preocupaciones y angustias ante el futuro de la convivencia social. Al no percatarse del agravamiento de los problemas sociales (los que día a día se agudizan en el país), nuestra sociedad deforma el tipo de hombre costarricense en detrimento de nuestra patria. A pesar del dinero que se gasta en educación y cultura, el ambiente nacional ofrece un despliegue de vicios, cada vez más provocativo, refinado y corrupto. Por eso, es forzoso dar respuestas claras y honestas a los problemas: afrontarlos como la patria lo necesita. Pero muchos de los enfoques educativos tradicionales parten de actitudes prejuiciadas, con deficiencias e incongruencias en su planificación y ejecución. Se confunde la educación con la instrucción y la difusión de informaciones. Y una educación sin participación engendra, por compensación desesperada, la frustración y la evasión.

La educación debe orientar las necesidades vitales y afectivas de las personas. Sin proyección creativa de la propia personalidad en la comunidad, no hay educación plenamente patriótica. La verdadera formación patriótica debe ofrecer al educando condiciones de realización, en colaboración solidaria con los otros. Ante estas exigencias, cabe recordar algunos errores de nuestro ambiente educativo. El *mito del hombre culto* es tal vez la modalidad del individualismo abstracto que más influye en nuestro medio intelectual. Bajo su inspiración, en la escuela se enseña de todo, menos a vivir. El *mito de la tecnología* es quizás la modalidad más influyente en nuestro ambiente productivo. Pero, si no se completa con una formación general (que permita analizar los efectos sociales de su desempeño), la especialidad tecnológica revierte los valores: primacía de lo técnico sobre lo moral, de los resultados inmediatos sobre lo ideal, de lo exterior sobre lo interior, de los hechos sobre la libertad creadora.

Educar no es adoctrinar: la necesidad de crecimiento del pensamiento, independiente y responsable, del ser humano es el punto de partida de la labor educativa. Las tareas docentes no crean el ser personal y social del educando: solo facilitan o dificultan su acrecentamiento. La educación debe brindar al educando la capacidad de enfrentar su propia vida con responsabilidad, iniciativa y decisión: con confianza en las capacidades del educando y franqueza para expresar los resultados. Debe cultivar como valor propio (irrenunciable e intransferible) las peculiaridades de cada individuo y prepararlo -al mismo tiempo- para la vida común, con espíritu de comunidad y de responsabilidad contributiva. Esto supone educar para la cooperación y no para la competencia egoísta.

La educación patriótica no es instrucción: se concreta en el desarrollo de las aptitudes, las actitudes, las predisposiciones, los procedimientos y las conductas, capaces de crear la patria. Los problemas y responsabilidades de la patria constituyen un aspecto central de la tarea educativa: la labor educativa debe desarrollar conciencia en todos los costarricenses de sus deberes y derechos. El talante patriótico debe enfrentar el futuro del país con profundas aspiraciones e inquietudes. Su formación no es fruto de una acumulación momentánea de datos sobre la historia patria. Cada educando tiene que descubrir su vocación, desarrollar sus aptitudes, vivir con dignidad y decoro su condición de ser humano. Debe contribuir, con su esfuerzo y sus talentos, al desarrollo de sus conciudadanos: engrandecimiento de la patria. La educación del talante es efecto de la reiteración de acciones que sedimentan el espíritu patriótico en la dinámica existencial de las personas. No hay educación patriótica sin conciencia de las responsabilidades políticas: primacía de la educación moral sobre la instrucción.

La disciplina es un elemento fundamental, en cada ser humano, para afrontar su destino histórico. La autonomía personal supone imponerse a sí mismo la verdadera disciplina (la que eleva al ser humano del estado natural al estado de moralidad). No hay que confundir disciplina con obediencia. La auténtica disciplina es fruto de una conducta en función de un principio de orden en la acción, en tanto que la obediencia es una sumisión pasiva (¡dañina!). La disciplina crea seres humanos capaces de autonomía,

dispuestos a convivir solidariamente con los demás. La educación moral no se separa de la educación global de la personalidad: supone la formación de la inteligencia, de la afectividad, del amor a la vida, del aprecio del esfuerzo creativo, de la solidaridad y de la autodisciplina.

Tampoco hay que confundir la educación moral con la enseñanza de la teoría ética. El maestro no debe desvirtuar -por exceso de autoritarismo- su función orientadora. No se trata de acatamientos, sino de adhesión (porque se intuye la superioridad de los valores). El educando debe comprender el fundamento de lo aceptado (debe entenderlo como justo e imprescindible). El auténtico educador actúa más por simpatía que por amenaza, por sugestión que por coacción, por energía espiritual y demostración de verdaderos conocimientos que por autoridad irracional y dogmatismo. Además, a medida que la voluntad y personalidad del educando se refuerza y consolida, la conducción del educador desaparece.

La patria requiere jóvenes con ideas claras y vivencias nobles. En contraposición con el formalismo de una docencia trasmisora de nociones de cívica e historia (con peroratas en las celebraciones patrias), los estudiantes deben enfrentar, con sentimientos altamente patrióticos, los problemas del desarrollo del país. Su formación patriótica debe poner -en los diversos ámbitos de acción de los jóvenes- las aptitudes y destrezas personales al servicio de fines nobles: vibrar en función de los altos valores de nuestra colectividad, al lado de quienes luchan por una patria mejor. Esta lucha debe incorporar las fuerzas juveniles en la búsqueda de la dignidad de todos los costarricenses (como seres iguales en dignidad y en derechos).

Con respecto a las deficiencias de nuestra educación cívica, los señalamientos de Humberto Pérez resultan interesantes: necesidad de una educación orientada hacia asuntos concretos de la existencia personal de los educandos (con un énfasis particular en el papel educativo del ejemplo del propio educador). En nuestro ambiente, "no se enseña que amar a la patria es no defraudar al fisco; es pagar todos los tributos que nos corresponden; es ofrecer al pueblo en las oficinas públicas un servicio eficiente y rápido, el cual tiene el derecho de recibir sin tener que desperdiciar el tiempo, sin tener que pagar extra para que un funcionario lo haga con prontitud, o tener que valerse de influencias personales, prácticas que se están haciendo frecuentes en la administración pública. Amar a la patria es no robar el tiempo de trabajo; es cuidar las maquinarias, los vehículos y la papelería del gobierno; es no ensuciar la ciudad; es promover mejores servicios para los ciudadanos; es estar dispuesto a contribuir para la construcción de carreteras, escuelas y hospitales; es preocuparse por el bienestar del pueblo y del hombre común." <sup>76</sup>

El educador suele creer que su tarea es sostener los patrones tradicionales ante jóvenes que pretenden modificarlos (adaptarlos a los nuevos tiempos). Pero el papel de los educadores no es el de frustrar las pretensiones juveniles, sino el de orientarlas adecuadamente. El quehacer educativo debe sembrar la semilla en la tierra fértil de la juventud (cuya necesidad es tener los ojos puestos en el futuro). Su objetivo central no es impedir la innovación, sino evitar el deterioro moral (en sus formas privadas y públicas): el cambio es parte sustancial de la vida humana. Toda educación patriótica debe respetar la autonomía, los intereses y las responsabilidades propias de los jóvenes: su potencialidad innovadora es fundamental para el alumbramiento y la consolidación de la patria. Pero su praxis efectiva demanda evaluar los fines y concretar el uso adecuado de los medios. En la vida real, necesidades psicológicas de adaptación al espíritu de los tiempos hacen que los seres humanos sigan cándidamente -en su actuar circunstancial- el estereotipo del momento o el grito de la moda. Pero estos cambios pueden degenerar, si no se asumen con prudencia y pleno sentido de responsabilidad. Esta difícil tarea requiere paciencia y dedicación para que los jóvenes comprendan el sentido del compromiso político con la patria y con el pueblo de Costa Rica.

La educación (orientada hacia la construcción de un mundo mejor) es el desafío fundamental del talante patriótico. La acción patriótica debe confiar en las capacidades renovadoras y creativas del pueblo. El

---

<sup>76</sup> PÉREZ Humberto, *Educación y desarrollo*, San José, Ed. Costa Rica, 1971, p.48.

talante de un pueblo implica una exigencia de superación permanente: los que cumplen tareas de significación social en la formación de la mentalidad de un pueblo tienen una responsabilidad hacia el futuro de la patria.

El profundo compromiso educativo con las nuevas generaciones tiene que impulsar un esfuerzo responsable por hacer mejores a los seres humanos. Las aspiraciones fundamentales de un pueblo (sus fundamentos morales, estéticos y culturales) determinan el sentido, profundo y trascendental, de la patria. Sin embargo, para ser efectivas, tienen que encarnarse en acciones concretas. El bien de la patria no es algo sencillo: su vivencia depende de la adecuada organización de medios en función de fines (cuyo drama existencial consiste en un equilibrio, fluido y dramático, entre las exigencias -con frecuencia contrapuestas- de sus valores). Estos deben ser correlacionados, jerarquizados y ejecutados en la praxis social (la que, parcialmente, los encarna y los compromete).

El pleno desarrollo de las capacidades de convivencia y transformación sociales necesita la conciencia del profundo sentido del compromiso moral correspondiente. Si las acciones no se orientan a la realización del bien común, se suscita el desorden moral (contrario a la primacía de los valores e ideales patrióticos en la vida individual y social). El eje central de la lucha en pro de patria es una labor educativa: la readecuación de los factores culturales. La patria debe orientar su quehacer social en función de la defensa y promoción de grandes objetivos humanos (en los que el talante patriótico está ligado a la responsabilidad de la búsqueda de fines políticos y culturales más adecuados). Pero, en nuestro sistema educativo, ¿no se forja en la mente de nuestros niños una patria vaporosa e ideal?, ¿no se los hace indiferentes a todo lo que tenga alguna amplitud social o cívica?

Para mantener y fortificar las virtudes nacionales y enfrentar responsablemente la superación de los posibles vicios, todo proceso educativo debe fortalecer las bases fundamentales del talante patriótico. La dimensión ética del quehacer patriótico se manifiesta como una exigencia de superación en función de valores aceptados como superiores: hemos de saber en qué forma nuestros propios ideales de vida intervienen, dan sentido y justifican el fluir de los hechos y realizaciones (como una conquista de la vida social en cuanto vida humana). Las personas afirman su condición y dignidad humanas al idear el porvenir patriótico, valorar críticamente las diversas situaciones gracias a normas y criterios aportados por las experiencias pasadas, y encarnar esos planteamientos en sus acciones efectivas. Las críticas profundas de nuestros defectos deben mantener siempre la esperanza. Su intención es promover, con destellos alentadores, el desarrollo nacional y la confianza en la participación contributiva de las fuerzas vivas de la patria.

Para concluir este capítulo, es interesante recordar las reflexiones de Pierre Thomas en su brillante análisis de nuestros defectos y virtudes, *La Cultura del Pobrecitico*. En ese libro, Thomas sostiene que "nuestro subdesarrollo y dependencia es, fundamentalmente, de carácter psicológico, y que los aspectos socio-económicos aludidos como causa esencial de dicho subdesarrollo son, en realidad, la consecuencia lógica de lo primero y no su origen."<sup>77</sup> Ofrece como manifestaciones de este subdesarrollo el "palanganeo" (querer quedar bien con todos); la desvalorización y descalificación expresada en el uso del "pobrecitico" (expresión de conmiseración o lástima ante la necesidad de realizar algo, de asumir un deber o enfrentar una situación complicada de la vida humana normal) y del "salado" (interpretación de la persona como víctima del entorno o destino); el sentimiento de dependencia manifestado en la expresión "por favor, me regala..." (esperanza de que todo sea concedido por el simple hecho de solicitarlo); la evasión de las obligaciones de los dichos "no sabía que..." (intento de liberarse de toda obligación) y "a mí no me toca" (evasión de la responsabilidad personal en los hechos o conducta demandada); la actitud de "pasar la pelota" (asignar a otro las propias obligaciones por Pérez a o miedo a las consecuencias de la decisión), etc.

Pierre Thomas reconoce en todo esto un problema de talante patriótico: "La verdad cruda es que carecemos de civismo, no tanto en el sentido de honrar a los símbolos patrios (cada vez menos respetados),

---

<sup>77</sup> THOMAS CLAUDET Pierre, *La Cultura del pobrecitico*, San José, Ed. Univ. de C.R., 1992, p.17.

sino en el sentido de actuar con celo en el interés y beneficio de la comunidad humana a la que pertenecemos." <sup>78</sup> Y atribuye la causa fundamental de este problema a deficiencias educativas: "No es de extrañarse que, una vez adultos, los 'pobrecíticos' que se han formado bajo estos esquemas de educación familiar muy comunes, sean a su vez incapaces de asumir adecuadamente sus propias obligaciones al conservar una mentalidad infantil (o más o menos pueril), la cual los impulsa a canalizar preferentemente sus energías a la evasión de las obligaciones y deberes sean estos de índole familiar, laboral o comunitaria. En efecto, además de inhabilitarlos para ser un uso óptimo de sus potenciales intelectuales y volitivos, al fomentar la evasión de las obligaciones y responsabilidades, la 'cultura del pobrecítico' que subyace tras esos esquemas educacionales impone, para quienes se han formado y se desenvuelven bajo su alero, un esquema conductual típicamente egocéntrico, inmediateista heterónomo como reflejo evidente de su estancamiento en cuanto a su desarrollo psicológico personal." <sup>79</sup>

En conclusión, ¡hay que formar mejor nuestro talante patriótico! Pero esta tarea no es solo un asunto psicológico (personal), sino también un desafío cultural (comunitario). Como señala Luis Barahona, hay que corregir la suavidad del carácter y el barroquismo vital del costarricense, centrados en un conformismo cuasifatalista que "ha venido a empobrecer las reservas éticas del pueblo costarricense, como se nota en la falta de un estilo o talante moral definido que nos libre de caer ante las sollicitaciones del placer y de la codicia." <sup>80</sup>

## 5. EL SENTIDO PATRIÓTICO

*"Hay un sentido en el cual la nación es el territorio,  
pero hay un sentido en el cual la nación es el espíritu.  
Y territorio estéril como espíritu poseído de odios,  
poco valen y significan  
en el orden de las cosas destinadas a permanecer,  
de aquellas que hacen con su grandeza que todos  
en ciertos momentos seamos griegos  
o seamos hijos de Palestina:  
cuando admiramos a Fidias,  
cuando recordamos a Cristo."*

OMAR DENGO,  
*El maestro y la política* <sup>81</sup>.

En la realidad cotidiana de los seres humanos, las palabras cercanas al núcleo central de su existencia (personal o social) se suelen expresar con la pedante sonoridad de la ignorancia. Como si se entendiera plenamente su sentido, se habla con aplomo y majestuosidad de amor, de amistad, de autenticidad, de generosidad o de patriotismo. Sin embargo, al enfrentar los versátiles desafíos e implicaciones de

---

<sup>78</sup> THOMAS CLAUDET Pierre, *Op. cit.*, p.33.

<sup>79</sup> THOMAS CLAUDET Pierre, *Op. cit.*, p.33.

<sup>80</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El gran incógnito*, San José, Ed. Costa Rica, 1975, p.196.

<sup>81</sup> DENGO Omar, *El maestro y la política*, en GAMBOA Emma, *Omar Dengo*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1971, p.240.

acontecimientos inesperados, los seres humanos expresan desconocimiento del sentido profundo de su significación más esencial (se estremecen prejuicios establecidos).

*Patria* expresa una cosmovisión que sobrepasa el propio término y adquiere significado desde un código más cultural que lingüístico. Por eso, a pesar de la identidad formal del término, la concepción de patria difiere según los países y los momentos históricos. Toda patria requiere algo que le sirva de fundamento, de razón de ser y de significado dentro de su realidad social, histórica, cultural y física específica. El sentido de la patria explicita, de alguna manera, la esencia de un pueblo: ese ser total, esa realidad fundamental sin la cual no existirían sus principales elementos. *Esencia* es ese fundamento (el que aparece detrás de lo existente) en cuyo seno se engendra el ser, el conocer y el comprender propios. El título de este trabajo se refiere a ese trasfondo: la patria del tico no es -ni en lo externo, ni en lo interno- cualquier patria, sino la nuestra (la que debe asumir, en forma creativa, los antecedentes y proyecciones del costarricense para gestar su propia imagen).

El concepto de patria posee dimensiones personales por las que espiran las influencias del pasado, las demandas del presente y las perspectivas o exigencias del futuro. Para manejar las cosas (las que son lo que son), lo importante es determinar con exactitud sus características y utilizar con habilidad las leyes de su desarrollo. Pero el porvenir de la realidad colectiva y de cada uno de sus integrantes no es un asunto puramente objetivo. La realidad humana desborda cualquier intento explicativo: ¡esta es la gran tragedia del vivir! Las realidades propiamente humanas adquieren su significación plenaria en función de *lo que pueden ser*: dependen de la creatividad, la inteligencia, la disciplina, la responsabilidad y la fidelidad a valores asumidos como pautas de orientación existencial.

Hacer o comprender la patria no es tarea sencilla. El quehacer patriótico no aparece ante la conciencia de los ciudadanos como un objetivo directo de su acción inmediata: se mantiene como un sustrato que sostiene desde sus bases las actividades del quehacer cotidiano de los individuos. Los objetivos concretos y los procedimientos (seguidos por las personas o grupos particulares en su vida cotidiana) no tienen casi nunca un lazo -suficientemente claro y preciso- con la meta final de una patria integral. El objetivo esencial de los ideales patrióticos es una realidad comunitaria plenamente desarrollada en beneficio de la globalidad de sus integrantes (tarea de largo alcance). Por eso, sus exigencias son interpretadas -en el acontecer cotidiano- desde diversas cosmovisiones particulares, con las habilidades y subterfugios de las argumentaciones más diversas. Al sostener intelectual y emotivamente que una acción particular es un medio para alcanzar un noble fin patriótico, las construcciones mentales elaboradas y las motivaciones suscitadas se convierten con frecuencia en subterfugios para camuflar otros intereses. El auténtico sentido de la patria no es una pura concepción intelectual, ni un simple sentimiento, sino una interpretación global ante los desafíos de sus circunstancias históricas: vividas existencialmente desde una perspectiva abierta a la globalidad de la realidad humana de un pueblo, con su inteligencia, su voluntad, su sensibilidad y su acción efectiva.

La patria no es un adorno o una bandera que engalana las oficinas gubernamentales; ni una insignia que pende de los estantes; ni una estatua u ornamento que engalana las estancias de personas adineradas; ni un pedazo de papel con colores patrios que recubre los viejos muros de las casas humildes. Los símbolos patrióticos no son la patria, sino simples medios usados para promoverla. Además, los símbolos patrióticos, como cualquier otro signo relativo al quehacer humano, son siempre ambiguos: destacan un significado de gran importancia para la convivencia humana y camuflan realidades que atentan contra su más prístina esencia.

La patria es la gran verdad y la gran mentira del quehacer político, económico y social de los ciudadanos de un país. Su valor positivo se plasma en los ideales que orientan (o intentan orientar) las actuaciones particulares con el fin de crear una convivencia humana plenamente desarrollada en sus aspectos comunitarios y personales. Sus manifestaciones más negativas expresan la ambigüedad del mundo de las ideas, de los sentimientos y de las actuaciones humanas: el fin enunciado no es propiamente lo que se busca,

sino un pretexto para justificar o simular otros objetivos (para disimular tareas o metas socialmente cuestionables desde perspectivas más profundas y auténticas).

### a. Patria y estado

La esencia de la patria estriba en el sentido que un pueblo le da a su propia convivencia, generalmente ligada a la vivencia en un territorio particular dentro de un estado-nación. No obstante, a pesar de sus lazos íntimos, se impone establecer una distinción profunda entre patria y nación: la *nacionalidad* es una realidad político-jurídica (establecida en el título II de nuestra *Constitución Política*), en tanto que el patriotismo es un fenómeno cultural. Por su evolución histórica, el desarrollo societario del estado-nación se ha convertido progresivamente en una condición necesaria, pero no suficiente, de la auténtica realidad patriótica: el sentido de lo patriótico se encuentra siempre contextualizado en función de un pueblo determinado y debe ser interpretado en relación con las condiciones, objetivas y subjetivas, de sus circunstancias particulares.

En el caso particular de la pertenencia a este pequeño país llamado Costa Rica, lo adecuado es hablar de la nacionalidad del costarricense. Por el contrario, al referirnos al espíritu de nuestra comunidad humana, nos expresamos con mayor exactitud cuando hablamos de la *patria del tico* (el término "tico" refleja mejor el alma de nuestro pueblo). Jurídicamente, el asunto referido significa: ¿qué es ser un costarricense?, ¿qué derechos y obligaciones posee? Pero existencial, afectiva y vitalmente, el cuestionamiento se expresa en una interrogante más cercana a la dimensión humana: ¿cómo somos y qué queremos ser los ticos? Esta identificación supone un marco de apoyo, histórico y sociológico, asumido psicológicamente como una proyección ideal o un punto de referencia existencial. La patria es una realidad esencial en la propia definición humana de cada uno de sus habitantes. La patria y la nación implican así una relación dialéctica: se requieren y se contraponen necesariamente. Esta interrelación puede provocar confusiones y problemas al precisar los asuntos. Veamos algunos ejemplos.

En *El ser hispanoamericano* (1959), Luis Barahona analiza el concepto de patria en relación con el de nación: "Es posible distinguir dos aspectos relativos al concepto de nación. Uno, que constituye el *substractum* que se recoge en la tradición y que está integrado por un cúmulo de virtualidades, de latencias, que tan sólo esperan ser actualizadas por voluntad de los hombres, dotándolas de la forma que deben asumir de acuerdo a las circunstancias históricas. El otro aspecto se nos presenta como un soplo o fuerza inmaterial que de pronto se apodera de las almas grandes y las incita a la acción creadora por amor al bien de todos."<sup>82</sup> Aunque no lo indica expresamente, se deduce que el concepto de nación se recuesta sobre ese sustrato material, en tanto que la patria depende de esa fuerza inmaterial que favorece la unidad, permanencia e identidad humanas del sustrato social (ese ámbito donde se crean los valores elevados). La diferencia no es así un asunto de naturaleza, sino de énfasis: la nacionalidad se funda sobre todo en factores objetivos, determinantes de la realidad social y cultural de un pueblo, y la patria refleja su dimensión espiritual (conjunto de valores que revisten y orientan sus actuaciones en la búsqueda de su propia realidad humana).

Luis Barahona pasa fácilmente del concepto de nación al de patria, sin dejar clara la diferencia entre ambas ideas. No obstante, con el correr del tiempo, prefiere usar el concepto de patria, ya que este mantiene la apertura y solidaridad con los otros pueblos, en un ambiente de fraternidad respetuosa de las propias identidades. En cada país la tierra, la raza y la tradición intervienen en la constitución del ser nacional. Sin embargo, Barahona se opone a la sobrevaloración de su aporte específico: estos elementos marcan de alguna manera la realidad nacional, pero no determinan lo patriótico. Para que haya patria, es necesario dotar de figura, de alma, a estos ingredientes. En *Ideas, ensayos y paisajes* (1972), Barahona señala la nación como el

---

<sup>82</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El ser hispanoamericano*, San José, EUNED, 2ª ed. ampliada, 1985, pp.144-145.

último esfuerzo del racionalismo occidental por constituir una inmensa torre de marfil, donde los individuos vivan encerrados dentro de su yo soberano, independiente, autárquico y aislado de otros pueblos. Luis Barahona refleja fe y esperanza en las dimensiones humanas de la patria, sin inmolar las aspiraciones personales a los intereses y engrandecimiento exclusivo de la nación (como si constituyese un fin en sí, prescindiendo de los fines propios de cada ser humano): sin la realidad de los costarricenses de ayer y de hoy, no hay patria, ni sociedad, ni cultura propia.

La patria es el estilo de vida de nuestro pueblo, un modo de ser propio surgido de la inspiración y de la capacidad de creación de su quehacer humano: eje de referencia de todas sus actividades espirituales y materiales. Barahona destaca la concepción cristiana de la vida y las vivencias democráticas de nuestra vida nacional y precisa el lazo profundo entre nuestra patria y su pueblo ya que este constituye "una unidad de destino que se juega entera en cada período y a cada paso que vamos dando. A veces los azares de la historia nos ponen en trance de optar entre la supervivencia o la extinción de la patria, tal como ocurrió en 1856; a veces se trata de momentos dramáticos en los que lo que se juega es el destino de nuestro régimen democrático; otras puede tratarse de instancias éticas colectivas inaplazables, de demandas de la justicia conmutativa o de invocación del bien común nacional o del destino histórico de un país hermano." <sup>83</sup>

Pero tales sutilezas conceptuales no penetran en la praxis política: cuya dinámica confunde fácilmente el patriotismo con el nacionalismo. Según el planteamiento dialéctico de Reinhold Niebuhr, hay una paradoja en el amor a la patria: por su dinámica propia, transforma el altruismo individual en egoísmo nacional. Los impulsos altruistas del fervor patriótico cercenan la actitud crítica hacia la nación y sus empresas: su devoción incondicional constituye la base misma del poder de la nación. Y los individuos proyectan en ella una mezcla de intereses personales: sus necesidades sociales, sus ansias de prestigio y poder, su codicia anárquica. En esta situación ambigua, ¿no es acaso la patria un freno y una expresión del egoísmo humano?

Por efectos del nacionalismo, el concepto de patria es, al mismo tiempo, vivido como un valor y denunciado como un vicio social. Las críticas más severas suelen partir de planteamientos éticos (centrados en la defensa de la dignidad e igualdad entre los seres humanos) y de la constatación de tergiversaciones provocadas por demandas patrióticas concretas. Los cuestionamientos son muchos; sin embargo, vamos a recordar un artículo de Tolstoi (intitulado *Sobre patriotismo*). En él se analizan las festividades franco-rusas de octubre de 1894. Después de constatar algunas manifestaciones absurdas de los respectivos llamados patrióticos, Tolstoi precisa que el patriotismo es una disposición mental producida y sustentada en el pueblo por los intereses de los grupos dominantes: "Patriotismo puede haber sido una virtud en el mundo antiguo cuando éste compelmía a los hombres a servir la más alta idea de esos días: la patria (*fatherland*). Pero ¿cómo puede el patriotismo ser una virtud en estos días cuando requiere de los hombres un ideal exactamente opuesto al de nuestra religión y moralidad: una admisión, no de la igualdad y fraternidad de todos los hombres, sino de la dominación de un país o nación sobre todos los otros? Pero este sentimiento no solamente no es una virtud en nuestros tiempos, sino que es indudablemente un vicio; este sentimiento de patriotismo no debería existir ahora, porque no hay fundamento ni material, ni moral para su concepción." <sup>84</sup> Para Tolstoi, el patriotismo se convierte en la actualidad en una cruel tradición: un viejo andamio mantenido por los intereses particulares de algunas personas que necesitan impedir que se habite la casa ya construida. Por eso, inspirado en un ideal (quizás más inteligente y deseable) de hermandad entre las naciones, exclama -con pasión- que el patriotismo es una *esclavitud*.

Emmanuel Mounier precisa, en los años treinta, este tipo de denuncias: el nacionalismo pervierte al patriotismo (lo encierra dentro de una visión estrecha). La nación-estado no hace de la patria un camino hacia comuniones más amplias, sino una realidad mítica (presentada como "sagrada" o "divina") propagada entre

---

<sup>83</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *La patria esencial*, San José, Impr. LIL, 1980, pp.93-94.

<sup>84</sup> TOSTOI, *Tolstoi's Writings on civil disobedience and non-violence*, The New American Library, Nueva York, 1968, p.75.

sus miembros con un lenguaje idólatra (el que propicia un culto y una devoción deformados, con exigencias de sacrificios propios del martirio): "El patriotismo se eleva de las personas a la nación, el nacionalismo desciende del Estado a las personas, e históricamente, de las grandes naciones a las pequeñas. El nacionalismo se sirve del patriotismo como el capital se sirve del sentimiento natural de la propiedad personal, a fin de dar a un sistema de intereses o a un egoísmo colectivo alimento sentimental al mismo tiempo que una justificación moral." <sup>85</sup> De la misma manera que diferencia la vida y dignidad personales del egoísmo individualista, Mounier separa la patria del nacionalismo egoísta: la patria debe ser un escalón necesario en el camino personal hacia comuniones más amplias y no una sociedad cerrada, con un amor de corto alcance.

Uno de los trabajos interesantes -que he leído sobre estas ideas- se encuentra en el libro *La Nueva moral* de Ignacio Lepp (discípulo de Mounier). Al analizar el nacionalismo y el amor a la patria, plantea como natural que las sociedades propicien el patriotismo: su cohesión y su fuerza dependen en parte de ello. Hasta el cristianismo, pese a su universalidad doctrinal, lo sostiene. Sin embargo, la idea de patria no es más eterna e inmutable que cualquier otra realidad humana. Además, históricamente entra en crisis: en el patriotismo nacionalista, "ya no se cree poder predicar el amor a su patria, sin predicar el odio a las otras patrias." <sup>86</sup> La identificación entre nacionalismo y patriotismo -por el descrédito moral de las iniquidades del nacionalismo- está a punto de afectar el sitio que corresponde al patriotismo en la conciencia colectiva de los pueblos. El patriotismo nacionalista, característico de una sociedad cerrada, posee fundamentos diferentes del patriotismo abierto. En él, los hombres y las mujeres se sienten más miembros de la tierra, de la humanidad, que de una nación, sin descuidar el papel particular de las identidades regionales y particulares de cada pueblo o comunidad humana: "El patriotismo universal no excluye de ningún modo el apego sensible o el sentimiento a tal o cual rincón de la tierra en que se ha nacido, donde habría transcurrido la infancia o que uno habría elegido en la edad adulta. A menudo existe algo como una armonía preestablecida entre la persona y tal país o tal paisaje. El universalismo que no tuviera en cuenta ciertos particularismos correría el riesgo de llegar a ser puramente abstracto y resultar por lo tanto ineficaz. Pretender amar a la humanidad sin amar a los hombres que están cerca de nosotros es una peligrosa ilusión... El amor a la patria chica, mucho menos que el patriotismo nacional, corre el riesgo de constituir un afecto cerrado que excluya lo universal... Para que el amor a la patria chica no se convierta en odiosa rivalidad con otras patrias chicas, es importante arraigar sólidamente en la profundidad de nuestra psiquis el patriotismo universal. Si es verdad que, en efecto, lo universal sólo tiene realidad existencial como síntesis de particulares, las realidades particulares sólo son verdaderamente auténticas si constituyen partes integrantes de lo universal." <sup>87</sup> La alusión a las patrias chicas refleja su condición de ciudadano francés: volveremos sobre esta idea al analizar las dimensiones del patriotismo.

En este sentido, es importante diferenciar la doble nacionalidad y la doble patria. La *doble nacionalidad* es una convención jurídica (en nuestro medio se da con los españoles), en tanto que la *doble patria* es un fenómeno cultural (con frecuencia presente en aquellos que, por razones de intereses particulares, cambian de nacionalidad). A pesar de tener una sola nacionalidad, existen personas que poseen, sin embargo, varias patrias por efecto del contacto vital tenido con ellas. Para aclarar las implicaciones de esta distinción, vale la pena aludir a dos ejemplos particulares de nuestra situación nacional: los casos personales de Franklin Chang Díaz y Pierre Thomas Claudet. El primer asunto es bastante conocido por los costarricenses (dada su resonancia periodística): un joven costarricense decide responder a su vocación personal como astronauta y acepta para ello la nacionalidad norteamericana. Chang se convierte así en un hombre con doble patria: es tan tico como gringo. Por su éxito, los políticos costarricenses deciden otorgarle también la doble nacionalidad,

---

<sup>85</sup> MOUNIER Emmanuel, *Manifiesto al servicio del personalismo*, Madrid, Taurus, 1965, p.234.

<sup>86</sup> LEPP Ignace, *La nueva moral*, México-Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1964, p.143.

<sup>87</sup> LEPP Ignace, *Op. cit.*, p.148.



empleando la posibilidad comprendida en nuestra Carta Magna: *la nacionalidad honorífica*. El caso de Pierre Thomas es más interesante. Nace en Ecuador, de padre francés y madre suiza. Emigra a Marruecos (en ese momento colonia francesa) y asume la nacionalidad francesa de su padre. Al realizar su servicio militar se establece un conflicto armado entre franceses y argelinos. Deserta del ejército francés; según sus propias palabras: "No podía matar a mis hermanos, con los que me había criado." Se refugia en Suiza (donde estudia psicología y se casa con una tica, compañera de estudios). Llega a Costa Rica como "apátrida" (¡qué ironía!) y se queda a vivir en la nación de sus hijos. Con el tiempo adquiere la nacionalidad costarricense. Pierre Thomas resulta ser así caso típico de una persona con varias patrias. Su sentimiento patriótico árabe-francés lo lleva a perder la nacionalidad francesa. Los lazos familiares y los años de estudio universitario lo compenentran con la patria suiza (cuya nacionalidad no adquiere). Y se vuelve tan tico como cualquiera de los que nacimos en Costa Rica (el que dude de esto, que se lea la *Cultura del pobrecitico*).

El conflicto vital entre las modalidades operativas de la sociedad y las características más vitales de la comunidad, es condición esencial de nuestra problemática patriótica. La sociedad crea utilidad, en tanto que la comunidad da sentido. En función de determinadas situaciones históricas, el estado-nación se ha convertido en el sustrato societario fundamental de la realidad patriótica en el mundo actual. Pero el Gobierno, las instituciones y empresas del Estado deben estar (al menos en principio) al servicio de la patria. Las manifestaciones del intercambio societario dependen de una maquinaria racionalmente programada (donde cada cosa cumple determinadas funciones), en tanto que la comunidad es un sustrato espiritual (del que las personas se sienten parte al compartir una visión del mundo y sostener valores similares como pautas de existencia). El sentido concreto de cualquier manifestación societaria se establece en términos de su funcionalidad pragmática. Esto determina la necesidad de una estructura organizativa con su definición y fundamentación jurídicas correspondientes. Los intereses societarios pueden expresar las exigencias de la comunidad patriótica. Pero también pueden deformar y manipular los sentimientos patrióticos (los que le hablan no solo a la razón de los seres humanos, sino también a su corazón).

En las realidades comunitarias -entre las que se destacan la patria y la familia- los factores de convivencia humana son centrales. Pero el deterioro de las instituciones de nuestros pueblos tradicionales ha generado el menoscabo (impulsado por el nacionalismo) de la patria como comunidad. La patria tiene que establecer posibilidades de desarrollar la convivencia humana, en todos los niveles, sobre el trasfondo de las riquezas comprendidas en las vivencias comunitarias. En la convivencia patriótica, los seres humanos deben encontrar apoyos existenciales, sustentados en sus vivencias y condiciones vitales por ideales y valores de una realidad patriótica más sopesada y solidaria. Pero (¡desgraciadamente!) el pensamiento social en la patria del pachuco se reduce al manejo de trucos comerciales, a las discusiones políticas de cantina, con una devoción religiosa de apariencia y un seguimiento mítico de un determinado equipo de fútbol. Los procedimientos efectivos de la vida societaria pueden favorecer o dificultar las condiciones operativas necesarias para que una comunidad pueda establecerse en términos concretos. Pero, ante esta ambigüedad, la interrelación entre estos dos polos del quehacer humano no es siempre fácil, ni coherente. Nuestro quehacer societario carece de marcos valorativos, suficientemente desarrollados para orientar el sentido existencial de lo comunitario.

La comprensión de la patria -en el pleno sentido de la palabra- requiere una visión integral del quehacer humano (en una cosmovisión que supere el mundo circunscrito de la ciencia y abra camino hacia los factores más profundos de la comprensión humana, entre los que sobresalen la religión, la filosofía, el arte y el amor). La comunidad refiere a un nosotros colectivo, compartido en forma más emotiva que racional, en una tonalidad bastante espontánea (donde los sentimientos suelen superar las determinaciones racionales y voluntarias). Por esto, resulta siempre dificultoso encontrar verdaderas pautas de orientación patriótica para determinar el justo sentido del quehacer societario.

Para lograr el pleno sentido de la existencia humana desde una concepción del mundo como la patriótica, la adecuada búsqueda de lo concreto supera las limitaciones de lo pragmático: los asuntos prácticos

dependen de las razones que fundamentan la escogencia de sus metas (cuya coherencia, sentido y determinación se precisan por opciones valorativas dadas desde afuera por elecciones del ser humano). Lo pragmático precisa cómo hacer las cosas. Pero no puede definir con exactitud qué es lo que se debe hacer. De aquí el serio problema del talante patriótico. El mundo pragmático (sobre el que gira la nación-estado) simplemente maneja el cómo de las cosas. Desconoce las respuestas más globales que sostienen el quehacer de esa empresa común de cada pueblo: ¿no es este el papel esencial de la patria en la realidad nacional? Como elemento motor de una comunidad humana, la realidad patriótica ofrece respuestas a las preguntas fundamentales de su pueblo en términos de la creación particular de su propio destino existencial.

La necesidad de interrelacionar las labores nacionales como las demandas patrióticas recuerda la justificación ofrecida por Rafael Angel Calderón Guardia al iniciar el Congreso Constitucional las discusiones del *Código de Trabajo*: "Vivimos en pleno siglo veinte, en una época en la que se concibe la palabra "Patria" como sinónimo de una gran realidad humana y no como una simple abstracción jurídica o como uno de tantos recursos de carácter retórico. Los hombres saben actualmente, por amarga experiencia de centenares de años, que no puede haber convivencia y armonía dentro del cauce jurídico clásico, pues hoy en día no nos podemos limitar a proclamar, en forma verbalista, la libertad, la igualdad y la fraternidad, sino que debemos evitar mediante la defensa efectiva de las clases desvalidas de la sociedad que esos principios se conviertan únicamente en patrimonio de los pocos que tienen potencia económica y el consiguiente poder de dominar... La verdadera democracia es aquella que tiene contenido económico, que brinda oportunidades a todos para levantarse con su propio esfuerzo y que contempla las necesidades de cada uno de acuerdo con su particular realidad. Así se explica que yo me resista a entender que hay Patria donde las iniquidades y excesivos privilegios convierten a unos hombres en enemigos mortales de otros hombres. La Patria tiene necesariamente que levantarse como un inmenso espíritu tutelar, sobre una plataforma de justicia cristiana." <sup>88</sup>

## **b. La patria como desafío existencial**

En lo patriótico, los seres humanos se cuestionan sobre el significado de su condición humana en circunstancias de un quehacer colectivo. Cada pueblo o persona precisa su vida en respuestas concretas ante sus potencialidades particulares: interpretación de los factores determinantes de la humana existencia en busca del propio destino. La patria no es efecto particular de factores circunstanciales: forma parte sustancial de la praxis humana, la que no tiene por finalidad hacer, sino hacer lo humano (hacerse haciendo). La dimensión espiritual orienta los derroteros existenciales del quehacer humano, personales y patrióticos, en función de ideales de vida. Pero este poder nunca es infinito. La materialidad impone siempre sus limitaciones: las posibilidades de los seres humanos en el mundo son condicionadas por estructuras, mecanismos, antecedentes y circunstancias.

En el quehacer patriótico, el ser humano interviene con la totalidad de su ser más plenario: desde su materialidad hasta su más profunda espiritualidad (su pensamiento, sus sentimientos, sus motivos y sus aspiraciones). Esta realidad recuerda la dicotomía señalada por Omar Dengo entre el territorio y el espíritu (fuerza ligada a la grandeza de cosas destinadas a permanecer). Con una orientación similar, Luis Barahona sostiene dos ejes centrales de la patria: la tierra donde se nace y el hombre real. Según el grado de importancia proporcional, hay que invertir los términos y decir *los seres humanos y la tierra* (y superar el trasfondo machista implicado en la palabra "hombre" al referirse al género humano).

Las personas deben enfrentar las vivencias, las potencialidades y los problemas de la patria: obtener mejores soluciones en la búsqueda personal y social de la realización plenaria de lo humano. La patria es un

---

<sup>88</sup> CALDERÓN GUARDIA Rafael Angel, *Discurso* en RODRÍGUEZ E.-TINOCO L.D., *El pensamiento contemporáneo costarricense*, San José, Ed. Costa Rica, 1980, pp.287-288.

profundo desafío existencial para cada ser humano: algo por hacer cuyo significado resulta siempre inquietante. A la patria le corresponde propiciar condiciones de intercambio donde los participantes puedan comprender, expresar y apoyar los ideales y aspiraciones más profundos de la conciencia humana. El sentido patriótico refiere a cuestionamientos fundamentales sobre la existencia humana: ¿con qué elementos, materiales y humanos se puede crear este destino? Luis Barahona precisa el problema de la realidad patriótica al señalar que, "precisamente, lo que nos hace falta es evidenciar los elementos constitutivos de nuestro ser, analizando el proceso de nuestro desarrollo histórico y de nuestra conducta individual y colectiva para alcanzar la edad viril del juicio reflexivo, la madurez de la razón y de la conciencia, sin las cuales no podremos forjar una personalidad robusta, ni un proyecto de vida para nuestros pueblos en consonancia con nuestra constitución íntima, con la tierra y con la Historia." <sup>89</sup>

¿No significa esto búsqueda de la propia identidad? La *identidad* (lo que permite ser uno mismo) es condición fundamental de lo patriótico: la necesidad existencial de cada individuo y grupo humano de aclararse su existencia en función de un marco social específico. La plena identidad, personal o patriótica, no consiste en repetir ritualmente el pasado, sino en la renovación continua de las potencialidades: no solo el punto de partida, sino, también y sobre todo, el punto de llegada definen el destino humano. Para crear patria en el sentido plenario de las palabras, se deben movilizar las acciones con sabiduría, inteligencia, imaginación y honradez, para obtener el mejoramiento de todos. Con el mayor rigor y claridad posibles, todas nuestras manifestaciones patrióticas deben definir la estructura ideal de nuestro ser, de nuestro mundo y de nuestra cultura: comprender mejor lo que hemos sido, lo que somos y lo que podemos llegar a ser. Esta identificación incluye factores, objetivos y subjetivos, de la *pertenencia* (calidad de formar parte de una determinada comunidad humana).

La falta de ideales y la carencia de voluntad para buscar el bien son causas primordiales de las deficiencias de nuestra tonalidad psíquica (dejarse llevar por la vida). Al prevalecer los intereses materiales del individuo, exentos de normas extrínsecas, nuestra conducta social y política, personal y comunitaria, se separa cada vez más de las demandas patrióticas: ¿no depende el desarrollo de nuestra patria de cambios profundos de nuestro talante? Pero, como señala Luis Barahona, "el cambio si ha de venir habrá de ser para darles mayor sentido humano a las relaciones morales con el prójimo, pues la mera simpatía y aprecio no pueden subsistir si nuestros actos buscan sólo el medro personal a espaldas del bien común." <sup>90</sup> La patria depende del desarrollo de un talante innovador de sus dimensiones al buscar, con energía y disciplina, la justicia social, la fraternidad y la solidaridad, en democracia y libertad.

El problema humano de la realidad patriótica consiste en sus dimensiones morales y culturales. El talante patriótico puede transformar los defectos de la idiosincrasia: el conformismo, el pesimismo, el fatalismo o cualquier otro de los vicios más generalizados en el costarricense pierden su ascendiente el día que nuestro talante patriótico reaccione con un deseo de superación constante. Todo pueblo tiene problemas por resolver y valores positivos que no deben ser destruidos (el mejor legado de las generaciones pasadas). Rafael Cardona enuncia el sentido de esta demanda de manera bastante radical: "Los sistemas patrióticos que tienden a producir exaltaciones por el pasado, no sirven para nada." <sup>91</sup> Sin crítica no hay progreso.

La consolidación del talante patriótico requiere desarrollar conciencia de los deberes y derechos en la promoción de la mejor convivencia posible bajo el cielo estrellado de la patria. La vivencia patriótica exige enfrentar los hechos con los ideales: aspiraciones que se proyectan hacia el futuro en busca de la propia afirmación como seres humanos. Las metas fundamentales de la realización patriótica generan una difícil relación entre exigencias éticas y requerimientos pragmáticos. Tal es el drama del auténtico talante patriótico:

---

<sup>89</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El ser hispanoamericano*, San José, EUNED, 2ª ed. ampliada, 1985, pp.10-11.

<sup>90</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Op cit.*, pp.135-136.

<sup>91</sup> CARDONA Rafael, *Iberoamericanismo positivo*, en FERRERO Luis, *Ensayistas costarricenses*, San José. A. Lehmann, 2ª ed., 1972, p.171.

en cada individuo se presentan conflictos de fidelidad entre polos de atracción social. La vivencia instrumental de lo pragmático determina una visión parcial de la realidad: sobrevaloración de resultados engañosos en asuntos relacionados con la patria (cuyas perspectivas son a largo plazo).

La patria debe encontrar modalidades y mecanismos expresivos adecuados a la profunda necesidad humana de conjugar el encuentro y la diferenciación de los seres humanos. El hilo conductor del quehacer patriótico estriba en una concepción global de la vida (con su ética y estética). La libertad, la democracia y la tolerancia son valores fundamentales de nuestra tradición costarricense. En este sentido, Luis Barahona destaca el aporte de la tolerancia como una verdadera virtud nacional (la que nos distingue de otros pueblos): "La tolerancia engendra el diálogo, el diálogo alimenta la democracia y la democracia es el instrumento político más eficaz para la realización de los ideales de justicia, igualdad, fraternidad y paz entre los hombres." <sup>92</sup> Pero ¿es la tolerancia realmente una base adecuada para la convivencia humana?, ¿no resulta con frecuencia demasiado fría y pasiva?

En el quehacer patriótico, hay que detectar la dinámica integral de los conflictos entre las iniciativas y las aspiraciones intrínsecas de las diversas personas: poner de relieve el flujo entre el papel particular de la gente común y la inspiración creadora del quehacer patriótico. El individualismo, el presentismo, la falta de voluntad, el materialismo, el conformismo, el hedonismo y la codicia empobrecen las reservas morales del pueblo costarricense, nublan sus valores, debilitan la voluntad y falsean el talante de nuestro pueblo. El quehacer cotidiano (carente con frecuencia de heroísmo y de aspiraciones e ideas superiores) apenas logra conservar la dinámica de la realidad patriótica. Por el contrario, cuando se acelera el ritmo vital, se desarrolla el ansia creadora y se buscan metas elevadas en lo material, en lo intelectual, en lo artístico y en lo moral, el alma de la patria ensancha una profunda zona espiritual, creadora de los valores más elevados. La fidelidad a la patria requiere depurar, con un pensamiento honesto, sus manifestaciones externas y exaltar su espíritu más íntimo, su más completa autenticidad existencial. Esto es una tarea fundamental del quehacer educativo con visión de futuro: para impulsar la patria, los sistemas educacionales deben adaptarse a las variantes de la naturaleza humana en cada nación, en cada región o en cada pequeña comunidad.

### **c. La patria como integración cultural**

Para crear patria hay que generar convivencia entre los pueblos y los seres humanos: ¿existe mejor solución de los problemas, personales y sociales? Una sana convivencia humana es condición indispensable para alcanzar un patriotismo orientado hacia el verdadero desarrollo de la comunidad y la paz con los vecinos. Las dimensiones humanas más auténticas (marginadas por los elementos dominantes del sistema establecido) demandan revisar nuestra convivencia: exigen cambios de mentalidad y comprensión integral de la patria como base de una manera particular de vivir.

En un cuestionamiento profundo sobre el sentido de la propia existencia, los valores espirituales del pueblo expresan su significado al entenderse a sí mismos como fundamento de su convivencia: idea expresada por Joaquín García Monge al sostener que la patria es un estado del alma, una unidad de cultura (cultura, no política o lingüística). La patria es una realidad cultural con lazos operativos muy diversos (materiales, de territorialidad; sociales, de convivencia organizativa; políticos de administración, soberanía y legalidad; económicos de producción y distribución de recursos).

La patria es la personalidad de un pueblo: punto de encuentro entre los hábitos, costumbres, conocimientos, experiencias y posesiones de un pasado y las demandas, proyectos, metas, aspiraciones y valores de un futuro. Al igual que la personalidad individual, la patria afronta el reto profundo de ser igual a sí

---

<sup>92</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Juventud y política*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud, y Deportes, 1972, p.16.

misma al través de sus vicisitudes y de las variaciones circunstanciales más diversas: "Los pueblos, como los individuos, -señala Luis Barahona- tienen modos especiales, propios, intransferibles de vivir y esos modos se agotan en cada vida, porque, hablando con rigor, vivir es actualizarse en el gesto, en el estilo peculiar."<sup>93</sup>

El concepto de patria sostiene el sentimiento de lo propio y el sentido de identidad humana de las distintas vivencias personales, regionales, grupales y nacionales: los seres humanos se sienten parte del mundo (en el que las vivencias de los otros los afectan de modos diversos). Los pueblos como los seres humanos necesitan echar raíces en el subsuelo común para mantenerse, en lo esencial, idénticos a sí mismos. Esto configura una unidad de destino que hace que cada pueblo tenga su valor peculiar: su propia razón de ser.

Como asunto cultural, la patria es manifestación esencial de la praxis humana. Su problemática fundamental se concreta en una inquietante búsqueda de autenticidad: desafío dinámico de enfrentar, con coherencia y valentía, el reto de alcanzar su identidad en fidelidad a los aportes y valores de su pasado (los que alimentan su presente existencial en un llamado a la superación constante). La patria -como la familia, la comunidad religiosa y muchas otras realidades comunitarias- satisface la profunda necesidad de encontrar contextos de identificación.

La relación cultural y afectiva con la patria es bastante compleja: el qué, por qué, para qué, cómo y adónde de la acción constituye lo central de la problemática cultural y patriótica de cada pueblo. Sus metas, intenciones, motivos, objetivos e interrogantes correlacionados dependen de una visión integral de la existencia. Esta cosmovisión orienta el rumbo y define las prioridades e importancia relativa de los asuntos. En el compromiso humano de hacer patria se expresa nobleza de sentimientos y honestidad de las acciones. Pero la patria está hecha de seres humanos de carne y hueso: realidad existencial concreta cuyas manifestaciones externas reflejan sus debates interiores. Toda comunidad es una complicada relación de seres humanos: sobre su cuna de tierra palpitan tanto los latidos y aspiraciones del corazón humano, como las presiones y absurdos de la concupiscencia y de la pasión de cada uno de sus habitantes.

La dinámica comunicativa define la orientación del quehacer patriótico: cultura es comunicación. Dada su trascendencia, la patria manifiesta -con auge y fuerza- una fluctuante dialéctica comunicativa entre mitos y valores, entre aspiraciones honestas y mentiras camufladas, entre manejos tendenciosos de los hechos y usos románticos de los ideales. La comunicación no solo expresa conceptos, sino también afectos; no solo indica hechos, sino también valores; no solo señala realidades, sino también posibilidades; no solo detecta causas, sino también motivos; no solo plantea necesidades, sino también justificaciones.

La comunicación se efectúa con signos: realidades materiales que sirven de vehículo a una significación que los sobrepasa. Por ejemplo, la bandera nacional (un simple pedazo de tela con colores dispuesto de cierta manera) expresa patria: las aspiraciones más profundas de todo un pueblo. Los signos sirven -al mismo tiempo- para comprender o equivocarse, para comunicar o mentir, para reflejar o aparentar. Para concretar su significado, requieren interpretación: tienen que ser entendidos, captados o leídos. Esto no es posible sin la existencia de un código de lectura: nada se comprende realmente si no es en contraposición con aquello de lo que se diferencia (de la afirmación y la negación se derivan la relación, la diferenciación, la sucesión y la implicación en los procesos comprensivos).

La integración de un pueblo es difícil de realizar. La cultura impone una complicada dialéctica entre el cambio y la permanencia, entre la posesión y la evolución, entre la reiteración y la renovación. En el prólogo del libro de José Abdulio Cordero sobre *El Ser de la Nacionalidad Costarricense*, Costantino Láscaris señala que nuestra marginación colonial propiciaba una manera determinada de organizar el estado costarricense. En Costa Rica, la identidad cultural del pueblo se desarrolló al mismo tiempo que su estructuración y consolidación como entidad nacional. Según la expresión de Láscaris, Costa Rica se integró

---

<sup>93</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Ideas, Ensayos y paisajes*, San José, Ed. Costa Rica, 1972, p.57.

como nación soberana antes de poseer la estructura específica de nación. Nuestra patria se funda en la realidad cultural propia de los ticos de ayer y de hoy (sin la cual no habría patria, ni sociedad costarricense). Cada patria manifiesta su originalidad y destino propios: "Fueron costarricenses típicos, hombres de mentalidad a la vez campesina e intelectual, los que fueron llevando adelante la empresa, que se desarrolló hasta ya entrado el siglo XX. También es relevante, ante el panorama general del continente a lo largo del siglo XIX, la característica costarricense de la íntima compenetración de la colectividad. El resultado ha sido una nación con conciencia y estructura de nación, en un continente donde una colosal parte de su población todavía no está integrada nacionalmente, o, si se prefiere, donde gran parte de sus naciones sólo lo son desde el punto de vista del Derecho Internacional, pero no como poblaciones con una empresa común." <sup>94</sup>

Nuestro carácter y talante patrióticos tienen un bello trasfondo: la originalidad del ser costarricense es interesante. Pero las serias deficiencias de nuestra patria (en sus aspectos personales, sociales y culturales) reflejan también el drama de la convivencia del mundo actual. Costa Rica no se escapa de la problemática del momento (cuyo desarrollo funcional y operativo engendra profundas contradicciones internas). Por incomprensión de la realidad profunda de la vida, personal y comunitaria, más allá de sus funciones utilitarias, el mundo actual está sobrecargado de injusticia y desinterés por las necesidades, los sentimientos y aspiraciones de los seres humanos ajenos a sus intereses políticos o económicos. La sobrevaloración de las posesiones, materiales o sociales, en el mundo actual desarticula la significación humana del concepto de patria. Por ausencia de una auténtica convivencia, de una real comunicación y de una adecuada comprensión, se descuida -en forma dramática e injustificada- necesidades humanas elementales de parte de la población.

Por la circunscripción parcializada a la ambición de poder, a la eficiencia en la producción y a la búsqueda de ganancias en el mercado, el mundo actual condiciona negativamente los ideales y las realizaciones humanas: se pierde el sentido del ser y el respeto de aquellos valores humanos que no se expresan en posesiones materiales. Pero estos valores sustanciales -tan fácilmente ignorados- son la condición elemental para una adecuada convivencia humana y patriótica. En el intercambio humano del quehacer patriótico, ni la obsesión de poseer, ni las diferencias del tener, deben marcar limitaciones significativas en la búsqueda de una comprensión, profunda y compartida, del sentido auténtico de la condición de "seres humanos" en todas las personas participantes. Solo una perspectiva humana más trascendental que la existente permite superar las deficiencias detectadas en el vertiginoso movimiento de nuestra interrelación humana.

La situación concreta de cada realidad patriótica establece la ubicación específica de su praxis: dialéctica profunda entre los fines patrióticos (propuestos o añorados) y los medios y condiciones operativas en lo político, lo económico, lo militar, lo social y lo cultural (ante cuyos determinantes objetivos no podemos evadirnos). La existencia de una población en un territorio particular con una serie de instituciones, costumbres y procedimientos (legales o procesales) establecidos, determina su pesadez, existencial y social: impone una especie de cuerpo a la cultura de una comunidad.

La patria se funda en una población en un territorio. Las características de su territorio son aspectos específicos en su acción, con alcances y limitaciones para consolidar sus aspiraciones humanas. La tierra llama a una convivencia coherente con sus posibilidades de humanización. La patria depende de la nación y la alimenta de sentido humano. Esto plantea un problema dialéctico entre el sentido y los medios operativos de una población en un territorio determinado. ¿No es este el dilema más profundo de su propia existencia? Su quehacer tiene como base una concepción del mundo y de la vida humana; pero esta debe tener los pies en la tierra.

---

<sup>94</sup> LÁSCARIS Constantino, Prólogo en CORDERO José Abdulio, *El ser de la nacionalidad costarricense*, San José, EUNED, 1980, p.10.

Más allá de sus manipulaciones políticas o económicas, el concepto de "desarrollo sostenible" (inspirado de preocupaciones ecologistas) puede orientar el futuro de la patria. Para algunas visiones falseadas, la naturaleza es una cosa que se utiliza. Pero el ser humano no puede programar la convivencia con la naturaleza en función de sus necesidades desconociendo su lógica interna de acción y subsistencia: la naturaleza es una realidad con la que se convive. La pureza de los pueblos se gesta en el contacto y compenetración con la naturaleza: el alejamiento respectivo insensibiliza a los seres humanos, embota sus relaciones íntimas con el bien y la belleza, destruye el equilibrio superior de sus facultades espirituales. No obstante, para hacer patria, es necesario abrir las puertas a una búsqueda más integral de convivencia humana, no solo con la naturaleza, sino también y sobre todo con otros seres humanos.

Como fundamento de la comunidad nacional, la patria tiene que enfrentar la dinámica propia de la disgregación personal, social y cultural del mundo actual (predominio de las dimensiones más societarias sobre las comunitarias). La patria está al servicio de la interrelación cultural, psicológica y espiritual de los seres humanos. Por eso, debe superar los defectos engendrados por el uso deshumanizado de la tecnología actual (en la que los seres humanos desempeñan tareas y obtienen productos, perdiendo sentido como realidades propias, subjetivas, espirituales). Si existiera un trasfondo valorativo y vivencial más sólido -con el desarrollo tecnológico actual- nuestro mundo podría ofrecer mejores perspectivas a la plena realización de lo humano. Ejercido en forma libre y justa, participativa y solidaria, dentro de una sociedad pluralista, con opción por los pobres y revaloración de la ética social, el trabajo productivo es esencial para el desarrollo y la paz. La eficiencia es un valor, no es el valor: la participación, la autenticidad y la solidaridad también lo son.

Esta crítica situación del mundo actual genera un conflicto existencial entre las exigencias objetivas de la funcionalidad (dentro de las cuales se integran las condiciones jurídicas de la nacionalidad) y las demandas más subjetivas de la pertenencia. La realización, personal y comunitaria, de la patria es un deber moral de cada persona y una exigencia política, nacional y mundial: fundamento de apoyo comunitario, de solidaridad, de respeto mutuo y de servicio a la vocación humana de cada uno de los habitantes, del país específico y del planeta total. La patria tiene que ofrecer una instancia de diálogo e intercambio, abiertos y no prejuiciados, en todas las dimensiones de búsqueda sincera de la plena realización humana. Desgraciadamente, las soluciones patrióticas propuestas no suelen enfrentar las causas reales del desequilibrio constatado (las que están en un trasfondo más profundo donde se debaten los valores, las aspiraciones, las cosmovisiones y los sentimientos propios de la identidad y solidaridad humanas).

Rejuvenecida con las riquezas espirituales y culturales del pueblo tico, nuestra patria puede enfrentar los dilemas y conflictos internos del mundo actual: ofrecer un ambiente de diálogo, abierto a la búsqueda de la autenticidad. Solo así se consolidan nuestros valores patrióticos y se superan nuestros problemas. La organización y el ambiente de nuestra *democracia a lo tico* (característica de nuestro pueblo, con sus sentimientos de tolerancia, independencia, libertad y desconcierto ante lo universal) refleja el aporte de nuestras vivencias pasadas. Pero la patria del tico requiere una democracia integral, con una adecuada formación moral, cultural y técnica, orientada a la promoción del sentido de responsabilidad personal y colectiva (cuya ausencia determina las deficiencias de nuestro talante patriótico actual).

La patria del tico debe surgir -como el fénix- de la síntesis de los valores de la patria del concho y de la patria del pachuco (y de la superación de los defectos que nos han marcado históricamente). La corrección de la patria del pachuco es nuestro desafío actual más evidente: ¿no engendra acaso serios conflictos en la convivencia humana? Al luchar por todos los medios a su alcance para conquistar la riqueza y el poder, su vida social -como un mezquino juego de intereses y ambiciones personales- imposibilita desarrollar las auténticas potencialidades de nuestra patria.

Luis Barahona pinta con realismo -según mi interpretación- el drama interno de la patria del pachuco cuando señala: "Algunos dicen que no somos mejores ni peores que nuestros abuelos, pero no cabe duda de que en algunos aspectos hemos desmejorado mucho. El grado verdaderamente alarmante de alcoholismo, el

auge de la prostitución en sus diversas formas, los atracos, los crímenes, los negocios turbios a todos los niveles, el incumplimiento de los deberes, el poco valor que damos a la palabra empeñada, la mentira fácil para salir de apuros, la poca exigencia que tenemos para cumplir con nuestros deberes y para demandarla de los servicios públicos, la indolencia con que vemos la desmoralización creciente y la falta de solidaridad social para acometer empresas de bien público o siquiera, para aliviar los males de nuestro prójimo, todo esto y mucho más que dejo de mencionar, dicen tanto a cualquier persona sensata, que no hace falta más que un poco de sentido común para darnos cuenta de que el hombre costarricense de hoy va camino a perder muchas de las virtudes heredadas." <sup>95</sup> Y Luis Barahona -por el momento en que vivió- no podía quizá percibir con precisión todos los efectos alienantes del narcotráfico, del lavado de dólares y de la venta de influencias.

El porvenir patriótico de nuestras naciones depende de cambios espirituales en torno a los conceptos sociales de pertenencia, de mando y de poder. Costa Rica tiene sus ventajas: ¿no son la democracia, la paz y la libertad, fundamentos de nuestra patria tica? ¡Bueno!, pero estos valores son un difícil desafío del futuro (no solo aportes del pasado). La realización del ideal patriótico requiere el aporte, la creatividad y la participación populares; la satisfacción de necesidades básicas, el reforzamiento y ampliación de la sociedad civil, la construcción y refuerzo de la identidad de las naciones, así como la urgencia de conformar esferas de organización social con bases democráticas, ligadas a una autoridad política competente. Sin autonomía no hay poder social, propio y protagónico, ni convergencia solidaria de las fuerzas comunitarias que aspiran a realizar los valores y objetivos de la patria.

La ética patriótica tiene dos dimensiones básicas: *la ética del patriota* y *la ética de la patria* (en la que se ubica el llamado político). Los problemas morales de las decisiones y procedimientos propios del quehacer patriótico son un aspecto de la ética de la patria: esta abarca todas las variadas manifestaciones y perspectivas de la realidad política global. El éxito de la moral patriótica no se puede separar de la moral del patriota: cuyo problema es ejercer la acción política, económica y social sin perder la decencia. La estrategia respectiva es una cuestión moral. Para hacer patria, todo patriota debe denunciar, frenar y sancionar la corrupción. Su primer deber es ser eficaz al buscar soluciones concertadas y propiciar, con eficiencia, técnicas actualizadas para superar la cultura de la corrupción, las deficiencias burocráticas y la falta de cultura patriótica. El ciudadano, el comerciante o el político, buenos y honestos, deben encontrar la estrategia adecuada para lograr su propósito sin saltarse las normas morales. La intriga, el oportunismo, la adulación, la ambición personal, el desenfrenado apetito de poder y sus ventajas materiales, la formación de camarillas, las componendas y arreglos, las posiciones hegemónicas, provocan debilitamiento moral, fomentan la corrupción, hacen perder credibilidad a los llamados patrióticos y desnaturalizan la correspondencia intrínseca entre principios morales y acción patriótica.

Para comprender el sentido plenario de la patria, un análisis cuidadoso de las vivencias concretas de cada pueblo debe penetrar en la intimidad de las aspiraciones, de las creencias y de los valores compartidos por su población (superando los hechos observables). Los valores morales debe imponerse sobre los útiles: lo espiritual sobre lo material. La vida del pueblo -como desafío existencial- cumple un papel fundamental en la interpretación de la patria y de sus proyecciones futuras: cuyos valores y logros positivos abren el mundo del futuro al sentido de lo patriótico.

#### **d. Dimensiones del patriotismo**

Como realidad cultural, el sentimiento patriótico penetra todas las dimensiones del quehacer social en un compromiso que demanda entrega a ideales de bien común (inspirados de los más nobles sentimientos

---

<sup>95</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *La patria esencial*, San José, Impr. LIL, 1980, p.55.



comunitarios y orientados en términos de proyectos y tareas, sólidamente pensados y ejecutados). "Necesitamos construir la patria - nos dice Luis Barahona Jiménez, uno de los costarricenses más preocupados por el sentido de lo patriótico- como quien ha llegado y no está todavía de paso hacia ella... La patria sólo se construye de abajo hacia arriba, desde la roca de sus fundamentos, pero éstos deben ser sólidos y deben procurar la defensa de todos sus moradores por igual... Porque la patria es una familia numerosa ligada siempre por lazos de sangre, por tradiciones respetables y, sobre todo, por un afán de perpetuidad." <sup>96</sup>

Las demandas del quehacer patriótico se expresan bajo formas de una acción responsable, llamada *patriotismo*: sentimiento que enfrenta, con seriedad y solvencia intelectuales y conductuales, los profundos desafíos del actuar social. La esencia de la patria es de tipo moral: no se trata de algo dado, sino de una realidad que se constituye, en su marcha histórica, con el devenir de los hechos humanos. Esto requiere sensatez y generosidad, prudencia y valentía, por parte de todos los conciudadanos. El patriotismo no acepta que la moral sea un factor perturbador del quehacer social, político o económico; ni que su ámbito apropiado sea el privado; ni que la participación política sea irremisiblemente mala. Permanecer en la vida privada para mantenerse moralmente limpio de las perversiones sociales es un peligroso autoengaño del sentimiento patriótico: el ser humano no puede amputarse a voluntad, ni la dimensión política, ni la moral de su ser.

Al ser la patria una participación integral en la comunidad, el único término adecuado para expresar su vivencia es el concepto de *amor* (expresión de una relación y apego globales). El conflicto dialéctico respectivo se evidencia en la pregunta sustancial sobre cuál debe ser el objeto y las modalidades de dicho amor: como señala el viejo proverbio, "Obras son amores y no buenas razones". Al ligar el afecto a los intereses mezquinos de una nación o a una simple palabra (aunque esta sea la respetada "patria"), dicha nominación se convierte fácilmente en una expresión mitológica: se reviste de usos rituales de símbolos (como la bandera o el himno nacional) y de cómodos subterfugios, mientras su realidad existencial vive dramáticamente contradicciones profundas.

El amor a la comunidad expresa la problematicidad esencial de la patria. El verdadero amor requiere formar un nosotros (primera persona plural) desde una integración existencial con los otros (segundas personas) en función de posibilidades objetivas (terceras personas). Pero en la realidad cotidiana del enunciado nacionalista, se capta y usa a los otros -integrantes de la propia comunidad, pero ajenos al círculo cerrado de los intereses particulares- como si fuesen cosas y no personas: eliminando las segundas personas (convirtiéndolas en terceras personas anodinas). Este procedimiento individualista se contrapone a la autenticidad patriótica. La patria requiere una dimensión interpersonal que permita integrar realmente los otros como personas (difícil exigencia de valores tales como la solidaridad, la fraternidad, la generosidad, etc.)

Para darle identidad y solidez a nuestro dinamismo, el talante patriótico debe propiciar la virtud y las facultades superiores que desarrollen la capacidad de imponerse a las contrariedades de la vida: destacar auténticos valores positivos de nuestra herencia patriótica, como el sentido de libertad, la tolerancia y la democracia (cuya promoción requiere superar seudovalores también tradicionales, como el individualismo y el afán de lucro). La patria exige un esfuerzo consciente, moral y cultural, de ser fiel a sus potencialidades. El sentido patriótico refleja el flujo dialéctico de la construcción moral, racional y afectiva, de la identidad popular. El paso inexorable del tiempo plantea nuevos retos que exigen respuestas renovadas (cimentadas en las tradiciones de nuestra propia historia). Esta demanda se expresa en Costa Rica en la promoción y construcción del desarrollo integral y plenario de todos sus habitantes. Para hacer patria es necesario estructurar los materiales preexistentes a la luz de arquetipos que respondan a las aspiraciones más profundas del ser humano: hacer a nuestra pequeña patria como los perfumes más finos, pequeña en su envase geográfico y en la cuantía de personas, pero grande en su contenido y dimensión humanos.

---

<sup>96</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Anatomía patriótica*, Ciudad Univ. Rodrigo Facio, 1970, pp.92-93.

La participación política se convierte en un imperativo de conciencia y en un compromiso ineludible del talante patriótico. Para desarrollar su autenticidad, se debe promover la solidaridad y la concertación nacional en áreas prioritarias. (Ojo: las prioridades en la praxis no son obligaciones estrictas, sino pautas de prudencia) El fortalecimiento del talante patriótico necesita un fuerte sacudimiento de la conciencia nacional para recuperar nuestra historia de democracia y libertad. El patriotismo muestra su valor concreto al defender a la patria amenazada en los momentos difíciles. Pero también genera problemas, en la vida cotidiana, por su complicidad inconsciente -en contra de las demandas de fraternidad y desarrollo humanos- al sostener, con su esfuerzo y entrega, las deficiencias del sistema establecido.

El patriotismo -o para enunciarlo en su verdadero trasfondo moral, la responsabilidad patriótica orientada hacia el mejor bienestar social- es mucho más que un enunciado de valores o la mítica adoración de los símbolos patrios. Responsabilizarse significa asumir e imputarse el compromiso efectivo ante las consecuencias de la propia conducta. Por eso, no hay responsabilidad patriótica sin un compromiso personal con los requerimientos precisos de la acción que construye la patria. Definir el patriotismo como un conjunto de fines e ideales prácticamente inaccesibles es pecar cándidamente de idealismo desubicado (el que no sirve más que para camuflar quizás la mala conciencia) o manipular descaradamente las conciencias (escondiendo, debajo de bellos ropajes conceptuales, intereses personales o grupales más inmediatos y menos nobles). Además, aunque se tuvieran metas claras y precisas, perfectamente coherentes con las demandas patrióticas, se fallaría en la responsabilidad por falta de habilidad si se planifican mal las acciones o se organizan mal los medios y recursos: deficiencia que compromete no solo la conducta moral de los patriotas, sino también la auténtica orientación patriótica.

Para Luis Barahona, "el patriotismo de la pequeña nación o de la grande, el amor a la comunidad a que se pertenece, puede presentar dos aspectos, según se le considere como una actitud pasiva, de adhesión cordial por el pasado y el presente de un pueblo o nación, de amor por su independencia política o de hostilidad por todo lo que pueda menoscabar la integridad del pueblo en que se nace y vive, o bien como una actitud eminentemente activa que busca siempre el mejoramiento, el desarrollo de las instituciones, de la educación, el bienestar económico de la comunidad, a pesar de las privaciones y sacrificios que impone todo género de altruismo." <sup>97</sup> La exaltación, sentimental y romántica, de los símbolos patrios favorece el patriotismo pasivo; la formación y actuación moral, política y humana -las que implican una acción decidida y coherente con sus principios- son las únicas que permiten alcanzar esa trascendental dimensión de un patriotismo activo. Hacer patria es forjar el sentimiento patrio en las nuevas generaciones que han de modelar el destino de cada país. El patriotismo se funda en la mística, el compromiso, la educación cívica, la enseñanza e incentivos para la actuación moral en lo social.

La realidad comunitaria del quehacer patriótico se consolida y se sostiene en las acciones particulares de algunos grandes hombres (los que funcionan como motores de su espíritu). Aparentemente, los gestores de la realidad patriótica son los grandes próceres políticos. Sin embargo, la conducción del quehacer patriótico, así como la asimilación de su mensaje, es una labor cultural y formativa en la que interviene un conjunto de líderes, personas o educadores sociales, quienes desde la acción o la cátedra sostienen el espíritu de cambio responsable en la historia patria. Un caso típico de la situación, ambigua y problemática, de la realidad patriótica es nuestro héroe nacional, Juan Santamaría: su hermoso gesto patriótico no formaría parte de nuestro acervo patrio si no fuera por la insistencia de nuestros maestros y políticos en recordar su hazaña. En este sentido, ¿quién hace realmente la patria? Los más auténticos beneméritos de la patria no son necesariamente aquellas personas que realizan en una circunstancia particular algunos grandes gestos, generosos o llamativos, auténticos o simulados, sino, por el contrario, individuos que han ido poco a poco con

---

<sup>97</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El ser hispanoamericano*, San José, EUNED, 2ª ed. ampliada, 1985, p.90.

decisión, entrega e inteligencia, impulsando obras inspiradas de grandes ideales y formando, al mismo tiempo, el espíritu del pueblo para que crea en ellas y las apoye como algo propio.

La patria puede ser enfocada desde dos perspectivas diferentes. En una dimensión más cualitativa, se insiste en los ámbitos de la acción patriótica. En otra dimensión más cuantitativa, se hace referencia al ámbito geográfico de su alcance. Hagamos algunas alusiones al respecto. En la lectura de nuestros autores nacionales, llama mucho la atención la tendencia a usar calificativos patrióticos para denotar sus aspiraciones. ¿No es Rodrigo Facio uno de los casos más llamativos? Al analizar la relación entre patria y economía, por ejemplo, concluye con una letanía de epítetos: "La misión más obligante de nuestros días es luchar porque en el paso hacia nuevas modalidades económicas y sociales, impuestas por la justa aspiración de difundir el bienestar y la cultura entre los miembros de la sociedad, la economía mantenga y acreciente sus vitalidad, y sean preservados y fortalecidos los valores humanos y éticos de la Costa Rica de ayer que, en tal aspecto, deberá ser la de hoy y de mañana, la Costa Rica de siempre. Lo cual significa preocuparse por lograr una combinación fértil y armónica de la Patria Docente, la Patria Jurídica y la Patria Social."<sup>98</sup>

Por su parte, Joaquín García Monge habla con frecuencia de una Patria Grande. Esta denominación recuerda lo enunciado por Ignacio Lepp al interpretar como patrias chicas ciertas regiones dentro de países relativamente grandes. Nosotros podríamos interpretar estos conceptos de dos maneras diferentes. Por un lado, podríamos considerar nuestras regiones particulares -la limonense, la guanacasteca, etc.- como patrias chicas. Pero también podríamos percibir nuestros países como patrias chicas dentro de la gran patria centroamericana o latinoamericana. En este sentido, se usarían los calificativos con respecto a la patria, no para designar sus aspectos internos, sino sus ámbitos de extensión. En esta perspectiva, lo más pertinente es quizá llamar *Patria* a la nacional, *Gran Patria* a la supranacional y *Pequeña Patria* a la que marca una sólida identificación regional intranacional.

Al señalar el predominio del Valle Central frente a subculturas regionales, Luis Barahona detecta el surgimiento de dos subculturas "marginales" en nuestra realidad nacional: la limonense y la guanacasteca. Este epíteto suscita, por sí mismo, un serio problema a nuestro patriotismo: ¿podemos hablar realmente de patria tica cuando se margina a una parte significativa de su población?; ¿no se está perdiendo y frustrando un conjunto de valores y vivencias de una riqueza insustituible? Esta preocupación se acrecienta cuando Luis Barahona señala que cada una de estas subculturas "no ha constituido la base de la cultura nacional, sino más bien se ha sobreañadido, a manera de matiz o de influencia, a la cultura de la meseta central."<sup>99</sup> La problemática de nuestra patria se asemeja así a los conflictos de la vida familiar en los que los más poderosos, sean los progenitores o los hermanos mayores, imponen sus reglas sin respetar adecuadamente la independencia y originalidad de los menores.

Pero ¿qué papel le corresponde en nuestra patria a esas importantes culturas, a esas pequeñas patrias, que han sido puestas al margen de su definición? ¿Hasta dónde su integración ha sido más jurídica y administrativa que cultural? ¿No se deben las deformaciones del pachuquismo a esa desintegración cultural? El espíritu de nuestra cultura central ¿no reflejan las frustraciones y resentimientos acumulados por las subculturas marginales? Me parece que este debe ser uno de los ámbitos más importantes de investigación antropológica de los costarricenses. A título de insinuación, ofrezco unas breves reflexiones personales, como un llamado al diálogo en esta seria temática.

¿Cuáles son las pequeñas patrias de los costarricenses? ¿Cuál es su ámbito específico? En términos territoriales, tres provincias imponen el peso de su originalidad existencial ante las características del Valle Central: Guanacaste, Limón y Puntarenas. No obstante, sus límites antropológicos difieren de los legales. Además, en cada una de ellas se requiere reconocer la originalidad y particularidades propias de las

---

<sup>98</sup> FACIO Rodrigo, San José, *Documentos universitarios*, Ed. Costa Rica, 1977, p.178.

<sup>99</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El gran incógnito*, San José, Ed. Costa Rica, 1975, p.9.

comunidades indígenas. Este espíritu se manifiesta en el esfuerzo reciente de dividir el país por regiones: la chorotega, la brunca, etc. Sin embargo, para que exista una pequeña patria, debe haber *conciencia de identidad*. Mi impresión es que los guanacastecos y los limonenses tienen más conciencia de la propia originalidad cultural que los puntarenenses (en cuyo caso tal vez hay mayor sentimiento de identidad entre la gente de la zona sur).

En mi esfuerzo personal por interpretar la conducta de los costarricenses, considero que existe una cultura dominante: la del Valle Central. Como un pulpo, esta extiende sus tentáculos y trata de abrazar -con mayor o menor éxito- el resto del país. Esta cultura define la patria del pachuco. Su característica central es la disgregación existencial entre la razón, el afecto y la corporalidad. Por esta razón se pierde el sentido del ser ante las presiones del tener y se genera la doble moralidad denunciada por algunos autores: "zafar el lomo" a las responsabilidades, recurrir al pretexto de "a mí no me toca" y autojustificarse con "el que no se aprovecha es un tonto". Para Pierre Thomas, "este fenómeno de 'doble moralidad' y de falta de ética no puede explicarse solo con base en la situación social y económica por la que atraviesa el país desde inicios de la presente década (y que muchos utilizan para justificarlas). En realidad, se enraiza en la propia idiosincrasia tica tal como todo lector de obras como las de Aquileo Echeverría, de Carmen Lyra y de Miguel Salguero, entre otros, puede comprobarlo. En efecto en ellas se hacen continuas referencias a conductas orientadas hacia el engaño, la estafa y la mofa de los 'incautos' vecinos"<sup>100</sup> No se puede negar que los errores humanos existen en todo tiempo: la diferencia entre el concho y el pachuco es una cuestión de énfasis. Además, los literatos -por efectos del atractivo de la fruta prohibida- destacan las conductas más extrañas o anormales de los seres humanos.

La contraposición más radical con el Valle Central la representan la cultura limonense y las culturas indígenas. En ambas se da mayor integración entre la razón, el afecto y las vivencias corporales. En este lazo profundo de las dimensiones humanas, los limonenses y los indígenas difieren por la dinámica de su propio carácter: los primeros son más extrovertidos, en tanto que los segundos son más introvertidos. Las culturas puntarenenses y guanacastecas -en sus diversas manifestaciones- me parece que se ubican en un nivel intermedio entre el Valle Central y estos dos polos señalados: parecen integrar mejor corporalidad y sensibilidad.

Los ticos debemos consolidar la autenticidad de nuestra propia patria, al integrar mejor las subculturas marginadas, respetando sus particularidades propias y aprovechando la riqueza de sus aportes: la riqueza integradora de las culturas marginadas es fuente de complementos existenciales para las debilidades y deficiencias de la visión pachuca que domina el Valle Central. Esta tarea es fundamental: solamente sobre bases sólidas en lo interno, nuestro sentimiento patriótico podría tener profundo sentido en la Gran Patria Centroamericana.

La unión centroamericana no es una cuestión societaria de resoluciones estatales, sino un asunto comunitario. En la creación de la gran patria, como en la consolidación de las pequeñas patrias, todos debemos poner nuestro grano de arena, con respeto a la autenticidad y originalidad de cada patria específica. Por eso, agregamos con Luis Barahona: "Centroamérica sufre hoy el pecado de haberse olvidado de sí misma. Hoy no tenemos una auténtica vida centroamericana porque hace mucho, quizá un siglo, que abandonamos nuestro ser para vivir de prestado... Ante tales desengaños sólo cabe un retorno a la sinceridad, un despojarnos de lo verdaderamente caduco y vano para renacer, para redescubrir, desde la atalaya vigilante de nuestras naos neocolombinas, la tierra firme de la fe en los destinos de Centroamérica, que es destino de unidad, de fraternidad y trascendencia. Esta unidad y fraternidad trascendentes deben ser para nosotros algo

---

<sup>100</sup> THOMAS CLAUDET Pierre, *La cultura del pobrecitico*, San José, Ed. Univ. de C.R., 1992, p.130.

más que la ilusión acariciada por aquéllos que la propugnan desde planos meramente temporales o políticos." <sup>101</sup>

Para algunos autores nacionales, la posibilidad de una Gran Patria Latinoamericana como una especie de congregación de hermanos -el sentimiento de hispanoamericanidad- responde al llamado de la sangre y del espíritu de nuestros pueblos: fuerza destinada a reunir en un solo haz las aspiraciones que se conjugan dispersas en nuestro modo de ser y de sentir. Como indica Luis Barahona, "la política ya no puede concebirse en Costa Rica, ni en ninguno de los países latinoamericanos, en términos nacionalistas, por la sencilla razón de que todos, absolutamente todos nuestros problemas, están vinculados a los problemas generales del continente y del mundo." <sup>102</sup>

La patria tica debe aportar su experiencia en una redefinición radical de la práctica y concepto de la integración latinoamericana. Ligada por comunidad de destino con los pueblos latinoamericanos, debe ayudar para que América Latina se reencuentre consigo misma y abran caminos a la esperanza, a la unidad y rescate de su soberanía. Esta tarea debe asumir los contenidos actuales del sentimiento latinoamericano a la luz de la historia, la cultura, la tradición y la realidad de nuestros pueblos para desarrollar un pensamiento nuevo y original, como síntesis de sus valores históricos: enarbolar la bandera de la autonomía del pensamiento, decisión y acción como condición esencial de su autenticidad. Se requiere una indispensable y urgente integración de pueblos que poseen un destino común y que, a pesar de sus diferencias, están identificados culturalmente: hay que defender, promover y profundizar la matriz cultural latinoamericana. Es urgente elaborar un proyecto histórico de desarrollo, civilización y cultura que responda a los valores auténticos y a los intereses de los latinoamericanos.

América Latina sufre el peso de la crisis mundial y de su historia de dominación. Esta crisis hunde sus raíces en factores estructurales: un crecimiento económico inestable y dependiente, sin desarrollo y con profundas deficiencias (al ampliar la brecha entre ricos y pobres, la incapacidad de empleo, la pobreza crítica y la marginalidad social). Una América Latina libre, justa y soberana, fundada en la unión de su pueblo, debe superar los antagonismos y contradicciones generadas por la intervención colonialista e imperialista padecida. Se deben promover y alentar mecanismos y sistemas que fortalezcan la defensa de nuestros materias primas, recursos naturales, fuentes de energía, etc.

Para ser viable, duradero y perdurable, todo esfuerzo de democratización creciente debe insertarse en un proyecto latinoamericano. Nuestra democracia debe fundamentarse en la democratización de América Latina: desarrollo centrado en el trabajo humano, que promueva las identidades culturales y elimine la incomunicación, la segregación y la explotación. La integración latinoamericana es un imperativo actual. Esta integración necesita apoyo nacional y popular para sustituir el aislamiento y desarrollar conciencia de la dimensión latinoamericana de los problemas y sus respectivas soluciones. Se requiere redimensionar las experiencias existentes. Se debe tener también una presencia activa y determinante en las luchas por la democratización de todo el mundo, en los enfrentamientos contra el racismo, el colonialismo y la discriminación, en las exigencias de justicia social internacional y en la concreción de la unión latinoamericana.

En el aporte de la patria tica en estos ámbitos, tiene un papel su experiencia democrática: para realizar la unidad económica, social, política y cultural, el pueblo organizado debe ser el sujeto real del poder latinoamericano. Pero ¿no se convierte con frecuencia nuestro llamado democrático en un recubrimiento de nuestra irresponsabilidad social? Para superar la ineficiencia ligada a nuestra dinámica democrática, se debe educar al pueblo para vivir en democracia. Pero ¿promovemos realmente los ticos la eficiencia más alta dentro de la democracia? En pocas palabras: ¿estamos realmente haciendo la patria latinoamericana?

---

<sup>101</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Ideas, ensayos y paisajes*, San José, Ed. Costa Rica, 1972, p.43.

<sup>102</sup> BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Las ideas políticas en Costa Rica*, San José, Ministerio de Educación Pública, 1977, p.220

## 6. ADVERTENCIA FINAL

*"En el mundo es muy raro encontrar una comunidad humana  
en la que haya, a la vez,  
libertad y convivencia.  
Las hay, pero escasean desgraciadamente.  
Costa Rica es una población  
cuya vida en común consiste en respetarse mutuamente.  
Y esto me gustó."*

CONSTANTINO LÁSCARIS,  
*El costarricense.*<sup>103</sup>

En La Patria del Tico se expresan algunos fundamentos antropológicos de nuestra realidad patriótica, cuyo sentido plenario sobrepasa necesariamente sus obligados substratos materiales. La tesis central de este libro es un análisis e interpretación de lo patriótico -desde una ética social- como un fenómeno cultural. El título escogido refleja una concepción precisa del quehacer patriótico: la patria no es una cosa, sino una realidad humana. La vivencia y captación de la patria requiere una comprensión vital, existencial y espiritual de los seres humanos implicados, orientada según su manera propia de ser (afectiva y mental).

En el enfoque asumido, el problema de nuestro patriotismo actual se deriva de las deformaciones de nuestro talante, suscitadas por los cambios, sociológicos y culturales, de la época del concho a la del pachuco. Esta tesis pretende ser una reflexión filosófica (la que demanda necesariamente su confrontación interdisciplinaria con los aportes de otros pensadores y disciplinas, entre los que juegan un papel esencial los historiadores y los otros científicos sociales).

Una adecuada comprensión de la patria es sumamente complicada ya que una captación conceptual es insuficiente. De hecho, cualquier comprensión existencial es más connotativa que denotativa: requiere integrar distintos sentimientos, emociones, motivos, experiencias, logros, frustraciones, aspiraciones y valores en función de la presencia sucesiva de circunstancias variables, en las que los hechos tergiversan la comprensión plenaria de su sentido concreto.

La patria, como la personalidad de un pueblo, es un yo comunitario que define un estilo particular de existencia colectiva. Por tal motivo, el quehacer patriótico implica una integración dinámica entre los diversos modos de ser, de hacer y comprender de sus integrantes. En la realidad, estas diferentes expresiones de lo patriótico se relacionan y contraponen siempre dialécticamente ya que se es por lo que se hace y se conoce; se hace para ser y comprender; y se comprende desde lo que se es y se hace.

Nuestro análisis resulta esperanzador. A pesar de todos sus problemas, el trasfondo esencial del carácter o idiosincrasia nacionales ofrece bases para una renovación del sentido de nuestra realidad patriótica. Esta aspiración, denominada la patria del tico, sostiene la importancia de las particularidades propias de nuestro pueblo en su sentido más criollo (restándole importancia al sustrato nacionalista). Y se expresa como un llamado a una renovación moral: a una redefinición de nuestro talante.

Una advertencia final con incidencias metodológicas. Desde una perspectiva dialéctica, la historia fluctúa siempre entre polos contrapuestos y necesarios de la realidad humana. Entre estos polos, se destaca la

---

<sup>103</sup> LÁSCARIS Constantino, *El costarricense*, San José, EDUCA, 1975, p.9.

contraposición entre individuo y sociedad, entre sociedades y comunidades, entre hombres y mujeres, entre jóvenes y viejos, etc. Pero las características concretas de estas confrontaciones son necesariamente impredecibles ya que dependen del flujo histórico de las concepciones, de los sentimientos, de las experiencias, de las aspiraciones, de la sensatez o del alocamiento humanos. No obstante, a pesar de su variabilidad, se pueden detectar líneas centrales en su acción. Por la necesidad humana de compensar los defectos detectados, las fluctuaciones dialécticas del quehacer social entre polos, personales o sociales, manifiestan siempre un tipo de serpenteo histórico (el que carga el peso, unas veces hacia un lado y las otras hacia el contrario).

La dialéctica histórica no explica nada; simplemente permite comprender la realidad. El error cometido por muchos intérpretes de la dialéctica histórica ha consistido en creer que su evolución se rige por mecanismos rígidos, cuando la realidad humana se maneja necesariamente por una fluctuación permanente: la dialéctica de la conciencia humana entre la razón y la imaginación, la lógica y la emoción, la mística y la comprensión. Por esto, el ser humano no capta ni maneja nunca la plenitud de posibilidades de la realidad patriótica; ni comprende la globalidad de razones o motivos para su interpretación valorativa. ¡Estoy bien consciente de los límites de mi esfuerzo!

Dentro de este espíritu, cabe señalar que la reflexión sobre la dinámica del mundo actual plantea serios interrogantes sobre la problemática de lo patriótico. La problemática general de nuestra patria se ubica en un trasfondo histórico preciso. Como reacción ante los excesos del individualismo del nacimiento de la época moderna, se suscitó una dinámica socializante. Pero esta degeneró en los vicios del estatismo, lo que está llevando actualmente hacia un retorno a posiciones cada vez más individualistas. Vaya problema: ¡el sentido de lo patriótico se alimenta de la savia comunitaria!

En el mismo sentido, la ciencia, la tecnología y el industrialismo modernos desarrollaron una reivindicación ante el peso dominante de la naturaleza sobre el destino humano. Mediante una concepción de la naturaleza como un campo energético, el hombre trató de dominarla (gracias a Dios, las mujeres conservaron una visión más integral y menos rígida de la convivencia con el mundo). De esto surgió un urbanismo y una producción industrial, generadores de problemas de polución, contaminación y deforestación. Ante sus absurdos, la conciencia humana comienza a replantearse un retorno a la naturaleza (presentado, según la expresión de moda, como un problema ecológico). Esta situación marca también el destino actual de nuestra patria.

Pero ¿qué pasa con la realidad comunitaria a la que pertenece la patria? El asunto es más complicado de lo que aparece. En efecto, la respuesta espontánea actual quiere olvidarse de los errores del estatismo, volviendo a posiciones más o menos individualistas. Pero la eliminación del estatismo no significa necesariamente la reducción de la socialización, algunas de cuyas manifestaciones más evidentes son la creación de grandes ciudades y de enormes complejos industriales, productivos, comunicativos, científicos y tecnológicos.

En ese mismo sentido, la contraposición dialéctica entre Estado e Individuo ha camuflado la problemática sustancial del conflicto dialéctico entre la vida comunitaria y la socialización. De ello surge la pregunta fundamental para la realidad patriótica: ¿No se ha hipertrofiado la socialización en detrimento de los factores comunitarios? El predominio histórico de lo societario sobre lo comunitario se manifiesta, en nuestra realidad nacional, en la primacía que asumen los temas relativos a la reforma del Estado frente al desarrollo y consolidación de la comunidad patriótica. Nuestros intelectuales parecen olvidar que la patria y la comunidad se construyen con un esfuerzo y decisión sumamente complicados, en la que ellos tienen un profundo desafío como formadores de opinión.

En estas condiciones, las familias se desintegran, las religiones pierden vigencia, las comunidades no encuentran ámbitos de acción apropiados. Por ausencia de un adecuado apoyo comunitario, el sentido patriótico se desorienta y la conducta individual de las personas se sumerge en el vandalismo, la drogadicción

y la pérdida de los valores morales: la patria se convierte en un mito. El desarrollo de la socialización en detrimento de la comunidad incide así en las necesidades societarias de fortalecer los sistemas de control, vigilancia, seguridad y aun de limitación de las actividades más espontáneas. Pero, de esta manera, no se construye patria.

Esta seria problemática social refleja la necesidad de un despertar del comunitarismo como medida para superar las deficiencias del individualismo, de la socialización y del estatismo. Pero el comunitarismo requiere promover honestamente la realidad patriótica. Desgraciadamente, hasta el momento, las escasas manifestaciones de una defensa del comunitarismo se han expresado en conductas carentes del sentido plenario del auténtico patriotismo: representan un conjunto de inquietudes más reactivas que constructivas. En lugar de ser una producción coherente, imaginativa y responsable de soluciones profundas ante los desafíos de la patria, las reivindicaciones racistas aparecidas en Europa, los fanatismos religiosos surgidos en Asia, así como algunas otras manifestaciones desequilibradas de la vida comunitaria, reflejan que la comunidad mundial está reemplazando cándidamente las ilusiones perdidas de encontrar la solución de los conflictos humanos en una mágica solución comunista, por medio de un comunitarismo incipiente que ha degenerado, por falta de solidez, en lamentables manifestaciones de un fanatismo absurdo.

Para cerrar este ensayo con un desafío a la reflexión de todos los lectores, no me queda más que recoger las palabras de Ricardo Jiménez Oreamuno:

*"Nosotros no tenemos más que una alternativa:  
o hacer patria de veras, culta,  
y cuando se dice culta, libre;  
en donde podamos vivir, con plenitud de vida;  
en donde podamos estar orgullosos de vivir,  
o entregar con nuestra bastardía,  
la encina de la patria a otra colmena humana,  
más industriosa, mejor ordenada,  
y con menos abejas que liben la miel que no labran."*<sup>104</sup>

---

<sup>104</sup> RICARDO JIMÉNEZ OREAMUNO: *Su pensamiento*, San José, Ed. Costa Rica, 1980, p.421.



## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ARIAS SÁNCHEZ Óscar, *El Camino de la Paz*, San José, Ed. Costa Rica, 1989.
- BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Glosas del Quijote*, San José, Imprenta Tormo, 1953.
- BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Las Ideas Políticas en Costa Rica*, San José, M.E.P., s.f.
- BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Anatomía Patriótica*, Ciudad Univ. Rodrigo Facio, 1970.
- BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Juventud y Política*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1972.
- BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *Ideas, Ensayos y Paisajes*, San José, Ed. Costa Rica, 1972.
- BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El Gran Incógnito*, San José, Ed. Costa Rica, 1975.
- BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *La Patria Esencial*, San José, Impr. LIL, 1980.
- BARAHONA JIMÉNEZ Luis, *El Ser Hispanoamericano*, San José, EUNED, 2ª ed. ampliada, 1985.
- BENAVIDES Enrique, *Nuestro Pensamiento Político*, San José, Ed. Costa Rica, 1976.
- BONILLA B. Abelardo, *Antología de la Literatura Costarricense*, San José, Studium, 1981.
- CARAZO ODIO Rodrigo, *Acción para la Historia*, San José, Imprenta Nacional, 1982.
- CARAZO ODIO Rodrigo, *Carazo, Tiempo y Marcha*, San José, EUNED, 1989.
- CERSÓSIMO Gaetano, *Los Estereotipos del Costarricense*, San José, Ed. Universidad de Costa Rica, 1978.
- CORDERO José Abdulio, *El Ser de la Nacionalidad Costarricense*, San José, EUNED, 1980.
- DEBRAVO Jorge, *Milagro Abierto*, San José, Ed. Costa Rica, 1969.
- DENGO María Eugenia, *Roberto Brenes Mesén*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974.
- FACIO Rodrigo, *Obras Históricas, Políticas y Poéticas*, San José, Ed. Costa Rica, 1982.
- FACIO Rodrigo, San José, *Documentos Universitarios*, Ed. Costa Rica, 1977.
- FERRERO Luis, *Ensayistas Costarricenses*, San José, A. Lehmann, 2ª ed., 1972.
- FERRERO Luis, *Pensando en García Monge*, San José, Ed. Costa Rica, 1988.
- GAMBOA Emma, *Omar Dengo*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1971.
- GARRÓN DE DORYAN Victoria, *Joaquín García Monge*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1971.
- GURVITCH Georges, *Dialéctica y Sociedad*, Madrid, Alianza Ed., 2ª edición, 1971.
- JIMÉNEZ OREAMUNO Ricardo, *Su Pensamiento*, San José, Ed. Costa Rica, 1980.
- LÁSCARIS Constantino, *El Costarricense*, San José, Educa, 1975.
- LEPP Ignace, *La Nueva Moral*, México-Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1964.
- MARTÍNEZ PELÁEZ, Severo, *La Patria del Criollo*, San José, Educa, 4ª ed., 1976.
- MOUNIER Emmanuel, *Manifiesto al Servicio del Personalismo*, Madrid, Taurus, 1965.
- NIEBUHR Reinhold, *El Hombre Moral en la Sociedad Inmoral*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1966.
- OBREGÓN Edgar, San José, *Miguel Obregón*, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974.
- PÉREZ Humberto, *Educación y Desarrollo*, San José, Ed. Costa Rica, 1971,
- RODRÍGUEZ E.-TINOCO L.D., *El Pensamiento Contemporáneo Costarricense*, San José, Ed. Costa Rica, 1980.
- SANCHO Mario, *Viajes y Lecturas*, San José, Ed. Costa Rica, 1972.
- THOMAS CLAUDET Pierre, *La Cultura del Pobrecitico*, San José, Ed. Univ. de C.R., 1992.
- TOLSTOI, *Tolstoi's Writings on Civil Disobedience and non-violence*, The New American Library, Nueva York, 1968.